

Weird Review

Número 6 | Abril 2026

REVISTA DE GÉNERO FANTÁSTICO
Ciencia ficción, fantasía, weird fiction, terror y cuento fantástico.

ISSN L 2953-3031

ARTÍCULOS:

Yoselin Goncalves
Ameth Valencia
Eloy Marquez
María Clara Bonifatti Menacho
Ferreol Von Schreiber Beckenbauer

ILUSTRACIONES/ FOTOGRAFÍAS:

Johana Casanova
Clara Carlón
María Adelaida Cárdenas
Patricia Martínez (Pati Caro)
Lidia Gabriela Abelenda Rodríguez
Alejandra Musalem
Ashely Nicole García
Ivan Estrada Pérez (Erotic Hallow)

TEXTOS:

Eihir
Karina Piriz
Felipe Jara
Francisco Muñiz
Paco Fernández
Héctor Pineda
Oteo Fearless
Anthony Camero
Angelo Chacón Sequeira
Carlos Enrique Saldívar
Majo Domínguez
Paloma Richi
Anahí Flores
Zuleyka Alonso Coye
Tito Herbonnière
Ehrior Sanabria
Alejandra Musalem
Fernando Cortés
Olga C. Morett
Elizabeth Prieto Pérez
Penélope Gamboas
Carlos Mendoza Vélez
Melanie Isabel Taylor Herrera



Revista Weird Review N° 6

Cuarto número: abril 2026

ISSN: L 2953-3031

Consejo editorial:

Yoselin Goncalves

Leyles Rubio León

Ameth Valencia

Portada: Johana Casanova

www.revistaweirdreview.com

Email: info@revistaweirdreview.com

Sobre Derechos de Terceros: En la revista WEIRD REVIEW se respetan los Derechos de Autor y la Propiedad Intelectual. Todos los autores tienen el derecho de sus obras. De igual forma se prohíbe la publicación de material protegido por derechos de copyright.

WEIRD REVIEW es una publicación gratuita. Queda prohibida la reproducción total o parcial de su contenido sin expreso deseo de sus autores, de los responsables de la revista o, en su defecto, sin citar la fuente original. Las imágenes utilizadas en los contenidos no pretenden infringir la propiedad de sus autores, solo ilustrar el contenido de los artículos.

Índice

3. Nota de la editora
4. Ilustración/fotografía – Johana Casanova
5. Exhibiciones del pasado - Melanie Isabel Taylor Herrera
8. Ídolos - Francisco Muñiz
12. Ilustración/fotografía - Patricia Martínez (Pati Caro)
13. Space coyotes - Carlos Mendoza Vélez
15. El sátiro - Anthony Camero
19. Eres lo que comes - Angelo Chacón Sequeira
21. Ilustración/fotografía - Clara Carlón
22. Charcos - Majo Domínguez
25. Aquí en Darién - Paloma Richi
28. Ilustración/fotografía - Lidia Gabriela Abelenda Rodríguez
29. Bajo el cielo de Atherra - Zuleyka Alonso Coye
31. Anfibias - Anahí Flores
35. Ĕtakiitayä - Tito Herbonnière
40. Dormidos - Ehrrior Sanabria
42. Ilustración/fotografía - Alejandra Musalem
43. El tiempo en una tormenta - Fernando cortés
46. Un minuto - Olga C. Morett
48. Las fiestas de Yulno - Elizabeth Prieto Pérez
51. Ilustración/fotografías - María Adelaida Cárdenas
52. La esfera - Penélope Gamboa
56. Orden de prioridades - Paco Fernández
57. El sonido de afuera - Felipe Jara
61. Ilustración/fotografía - Ashely Nicole García
62. El talingo - Héctor Pineda
63. La soledad precisa - Oteo Fearless
65. Moneda de sangre – Eihir
70. Crimen no crimen - Carlos Enrique Saldívar
71. La virgen diabólica - Karina Piriz
73. Ilustración/fotografía - Iván Estrada Pérez (Erotic Hollow)
74. Del silencio del desierto al murmullo de los pueblo - Eloy Márquez
78. La primera confrontación del monstruo en #drcl: un análisis de escena - María Clara Bonifatti Menacho
82. Reseña y análisis de la película Pecadores (Sinners) 2025 - Ferreol Von Schreiber Beckenbauer
84. Las mujeres de Sinán: entre deseo, misterio y construcción simbólica - Yoselin Goncalves y Ameth Valencia.

Nota de la **EDITORORA**

Se escribe para comprender el mundo o a uno mismo. No para buscar una explicación, sino para encontrar las grietas. Y justo ahí aparece lo extraño, como una consecuencia al intentar decir aquello que no encaja en el lenguaje.

Quizás por eso resulta tan complicado explicar por qué escribimos situaciones tan extrañas, textos que han sido tachados como “inferiores” por cierta crítica debido a que no entran en la categoría de “lo que es” la literatura latinoamericana. Sin embargo, también es precisamente por eso que estas historias terminan entrando en una categoría más profunda. Si revisamos nuestra historia, en las crónicas de la conquista, lo mágico y lo raro han estado siempre presente.

Creo que Wayne C. Booth en *La retórica de la ficción* (1961) apunta a algo esencial cuando plantea que no importa cuáles sean nuestras ideas sobre la forma natural de contar una historia, el artificio está inequívocamente presente siempre que el autor nos cuenta lo que nadie podría conocer en la vida real. Desde esa perspectiva, la ficción construye mundos no tan ajenos a nuestra propia realidad.

En este número 6 de la revista incluye una selección de relatos, ilustraciones, fotografías y artículos que invitan a explorar y a encontrarse con lo extraño desde todos los lugares.

Yoselin Goncalves



Johana Casanova

Colombia

Es un collage que reflexiona sobre la conciencia del peso, aquello que reconocemos como carga y que, sin notarlo, permitimos habitar en nosotros. La obra propone una mirada contemplativa frente a los obstáculos, entendiendo que no todo lo que agobia debe ser asumido como propio.

Por medio de una poética visual que sugiere tensión y equilibrio, la pieza nos invita a cuestionar qué decidimos dejar entrar en nuestra materia interior. Somos aprendices del peso, pero también de lo liviano. El horizonte no está cerrado, se abre cuando comprendemos que el peso no siempre viene impuesto desde el cielo o la tierra, sino que muchas veces lo determina nuestra decisión.

EXHIBICIONES DEL PASADO

POR: MELANIE ISABEL TAYLOR HERRERA

PANAMÁ

La fila da la vuelta a la esquina, extendiéndose hasta el parque. Mujeres y hombres tienen caras inexpresivas y a nadie parece incomodarle el hecho de que la entrada al museo se hace a cuentagotas. A veces alguien pregunta la hora. Las pocas conversaciones que se escuchan se limitan a comentar el tiempo o los últimos reportes sobre el nivel del mar. A la entrada, junto con el programa, se les entrega una pastillita azul. Acostumbrados a tomar la receta estatal de píldoras, se la tragan sin mayores aspavientos. Es precisamente en ese momento en que los guardias se hacen guiños y se pegan codazos, señalando a quienes les parecen más interesantes ya que el cambio ocurre en un abrir y cerrar de ojos. Las caras inexpresivas dan paso a caras de disgusto, de aburrimiento, de placer, de alegría, de tristeza e incluso de desorientación. Por eso se tiene a mano personal médico, por si acaso a alguien le da por gritar y desmayarse, que ya ha ocurrido. Las emociones, en casos de personas con sensibilidad y temperamentos extremos, no hallan suficiente salida en las labores sublimatorias y desprovistas del control farmacológico terminan por desbordarse. Sin embargo, esas son las excepciones y casi todos entran sonrientes a la primera exhibición. La exhibición se titula *Familia cenando* y muestra a una familia de cuatro miembros, los padres, un niño y una niña sentados a la mesa. La madre sirve los platos, el padre ayuda al más pequeño con la compota y la niña cuenta cómo le ha ido en el colegio. Es un ambiente lleno de energía y calidez y al público le

gusta mucho. Se escuchan muchos aaas y ooos y no falta quien recuerde en voz alta que la escena es similar a una que aparece en el libro de Historia de quinto grado. Y es que en efecto los del museo han armado la escena siguiendo los lineamientos de dicho libro de texto. Nadie tiene memoria de un ritual semejante así que todos leen con detenimiento las explicaciones: *En esta etapa de la humanidad se dejaba la formación del individuo a las ineficientes prácticas familiares por lo que el azar jugaba un rol predominante. Productos de una genética no regulada y víctimas de familias disfuncionales, no ha de extrañarnos los altos índices de criminalidad y conductas antisociales generalizadas en ese período histórico. Este era el ritual de la cena donde se interactuaba verbal y no verbalmente.* Hay quienes se fijan en la comida que consiste en puré de papas y bistecs chorreando aceite. Otros comentan los vestidos y los más detallistas intentan leer la interacción no verbal haciendo sus propias interpretaciones. Cuando el padre cuenta un chiste, el público se suma a las risas de la madre y los hijos y la sala se llena de todo tipo de risas, desde las pequeñas e inaudibles hasta verdaderas carcajadas producto de la falta de inhibidores. El público, como mansas ovejas, continúa su recorrido hacia la segunda exhibición: el partido de fútbol.

En esta segunda exhibición, el estado ha considerado conveniente no hacer una representación en vivo, sino que se utilizan enormes pantallas con viejos filmes deportivos. Pronto los asistentes empiezan a tomar partido por

alguno de los equipos. Discretamente se apostan guardias de seguridad en las esquinas por si alguien se sale del tiesto. En cuestión de minutos el enardecimiento del público del museo rivaliza con el del público que aparece en las pantallas. Se oyen gritos, cánticos, hay quienes imitan las patadas de los jugadores y se dan leves empujones y roces entre los simpatizantes de equipos contrarios. El gol final, escogencia genial del departamento de control social, causa una algarabía inmensa. No falta el imprudente que salta, grita, corre por la sala y no quiere continuar a la exhibición siguiente, sino quedarse en ésta. Ahí los guardias entran en escena retirando al sujeto e inyectándole una dosis de inhibidores más alta de lo usual.

La tercera sala alberga el ritual religioso. Combinando simbolismos de las antiguas religiones, el departamento de control social ha creado un ritual sincrético de increíble atractivo. Los cantos que se escuchan por los altoparlantes conmueven al más estoico. Es una mezcla de las armonías de los coros africanos y las voces femeninas de los maoríes. Luego, un carismático predicador irrumpe en medio del público subiendo por un mecanismo oculto debajo de la sala. Da la impresión que aparece de la nada envuelto en humo, lo que causa gran impacto en la audiencia. Hay quienes se arrodillan. El predicador les habla de la vida y la muerte, de la tragedia del hombre y de la promesa de un futuro mejor. Su voz hipnótica permite que el mensaje llegue directo al corazón de los hombres y mujeres reunidos en torno a su persona. El llanto sobrecoge a la mayoría ahora arrepentida de muchas acciones y pensamientos. La esperanza también los embarga. Se termina la sesión con un canto muy pegajoso, un antiguo comercial de televisión que ya esta generación no recuerda. A estas alturas el público se siente exhausto, pues han pasado de no experimentar ninguna emoción intensa a experimentarlas todas en menos de dos horas. Por eso el personal del museo los espera atentos en la sala de descanso proporcionándoles agua para hidratarlos un poco.

Agua a la que se ha añadido previamente un poco de inhibidor para ir bajando los ánimos algo caldeados y prepararlos para la última de las exhibiciones, la cual es opcional y no recomendada para aquellos que sufren de enfermedades cardíacas. En realidad, nadie debe sufrir de dichas enfermedades, pero siempre existen aquellos que evaden el control genético para luego quejarse de los resultados de su propia experimentación. Afortunadamente estos casos son cada vez más raros, pues la población ha comprendido el alcance económico de la falta de regulación del ADN.

La última y cuarta exhibición es un quirófano construido en grandes dimensiones para que todos los participantes puedan estar cómodamente sentados. En el escenario hay una camilla con todos los aditamentos que en el pasado se utilizaban en una sala de partos. Están los estribos de metal donde las mujeres debían subir los pies al abrir las piernas. También las diferentes tijeras y bisturíes, el hilo quirúrgico, las gasas, las sustancias desinfectantes, las ventosas para aquellos bebés que debían ser succionados. Un monitor y un ventilador completan la utilería. El personal lo constituye un obstetra, una enfermera y un neonatólogo. Mientras el personal dispone del equipo, el público lee el panfletito informativo donde se detalla el costo al erario de dejar la maternidad a las bondades de la naturaleza, que si bien funcionaba en un cierto porcentaje de casos, cuando no funcionaba traía consecuencias calamitosas como intervenciones quirúrgicas, bebés con problemas a largo plazo, madres y padres exhaustos y por ende poco eficientes en su trabajo, terapias interminables y secuelas psicológicas y educativas. El público, nada familiarizado con los partos, entra en estado de shock cuando aparece en escena la parturienta. Corriendo con las piernas abiertas y la bata a medio amarrar se sube a la camilla con ayuda de la enfermera. Los gemidos son desgarradores y el reguero de sangre, abundante. Las pantallas muestran un acercamiento del área del parto para

horror de la audiencia. Se ven hombres agarrándose unos de otros, mujeres chillando, gente que tiembla, babea y se tapa los ojos. Y eso que tienen algo de inhibidor adentro—suelen comentar los guardias. Cuando aparece la cabecita del bebé, hay quienes se ponen de pie. El recién nacido sale llorando a todo pulmón. Se escuchan suspiros de alivio en el público. Algunas mujeres sienten un impulso interior muy fuerte que las lleva a ir hacia el escenario para tomar al recién nacido en brazos. Los guardias las retiran rápidamente hacia el área de salida donde además del inhibidor es necesario en algunos casos sedarlas, tal es el instinto maternal de algunas.

A la salida de la última exhibición, hay manifestaciones de amistad entre los asistentes. Hablan de encontrarse algún otro día para comentar lo que han visto. Algunas mujeres meditan que si ellas son capaces de llevar un feto porque el estado es el encargado de la reproducción. De forma imperceptible se ha creado un compañerismo, un verdadero afecto y las caras lucen sumamente animadas. Los guardias empiezan a repartir las pastillas amarillas. Si al principio nadie había protestado por las pastillas azules, ahora sí hay quienes se niegan de plano a tomar las pastillas amarillas. El equipo de control de multitudes entra en acción repartiendo inyecciones a diestra y siniestra.

Otra vez bajo el efecto de los inhibidores, el público sale con la misma cara inexpresiva de aquellos que forman la fila para entrar. Las conversaciones sobre encontrarse para tomar algo o para comer juntos terminan por olvidarse, los cuestionamientos sobre las acciones del estado también. Cada quien se dirige a su destino sin mayor dilación.

ÍDOLOS

POR: FRANCISCO MUÑIZ

MÉXICO

En lo que yo me fijo es en los pies. Siempre. Porque es lo que solemos besar, respondí a la hermana Mor; por eso deberían estar bonitos, ¿no? La hermana me vio con ternura y mostró una enorme sonrisa sin dientes. Eso es en parte, muchacha... ¿Me recuerdas cómo te llamas? Carmela. Bueno, eso es en parte, Carmela. Mira, cierra los ojos. Tomó mi mano y la colocó sobre una pierna. ¿Sientes eso; sientes? O, bueno, más bien: ¿qué sientes? Vello, respondí, insegura; rasposo, pensando que mi respuesta debía ser otra. ¿Qué más, qué más?, insistió ella con agradable dulzura. ¿Cómo sientes la piel; te gusta?

Dudé tanto que la hermana me empujó con suavidad hacia otra mesa. Sin abrir los ojos, ¿eh?, reiteró, y volvió a posar mi mano sobre otro cuerpo, ahora sobre lo que me pareció ser un brazo, porque de haber sido una pierna habría sido extremadamente delgada. Otra vez: ¿qué sientes? Seguí dudando, ahora ya con la sensación de que la hermana se podría empezar a desesperar. Pero todo lo contrario: tienes que sentir *más allá*, muchacha, Carmela. Tienes que *sentir*; evaluar. Acaricia esta piel y *entiende*, *intuye* cómo se siente. ¿Te parece honesta?, por ejemplo. ¿Honesta?, pensé, y probablemente mi rostro sugirió la pregunta, porque la hermana me contestó: sí, Carmelita; honesta, ¿te parece honesta? Sé que apenas hoy estás empezando, pero ten muy presente que lo que nosotras hacemos, en general, es desamarrar al alma del cuerpo; liberarla, pues, y retirarles la suciedad. Pero no podemos hacer esto, no podemos purificar, ningún cuerpo que no haya sido honesto

durante su vida, ¿de acuerdo? Nosotras no tenemos esa autorización.

Mientras escuchaba a la hermana Mor acaricié extensamente el brazo que tenía delante: exploré la mano, el hombro, la axila. Ahorita te pido que toques, así, con los ojos cerrados, porque sé que a estos ya los bañaron, dijo la hermana, riendo. Aunque a veces también es muy útil olerlos, así, tal como nos los traen, para saber si vale la pena prepararlos por completo.

¿Y qué pasa si alguno no vale la pena?, pregunté y abrí los ojos. La manera en que noté que la hermana Mor me veía me hizo sentir que en cualquier momento se acercaría a acariciarme, a tocarme la mejilla. Uy, tosió, y pasó su lengua oscura por sus labios, y se dejó todo el contorno de la boca humedecido con una saliva que brillaba de forma muy curiosa cuando el perfil de la mujer era iluminado con la escasa luz que entraba en la habitación. No te preocupes por ellos, son muchos. Existe mucho cuerpo malo, lo sabes muy bien, pero a nosotras no nos toca lidiar con ellos. A nosotras únicamente nos incumbe tratar con los buenos, con los que valen la pena. Ya hemos sufrido demasiado.

La hermana caminó gravemente encorvada hacia una esquina del lugar. Qué es este lugar, me pregunté, y de inmediato sentí la confianza para repetir la pregunta en voz alta. Hasta donde tengo entendido, respondió la hermana, hace mucho, cuando este era todavía un pueblo vivo, esto era un almacén de pintura y cosas parecidas; de material de construcción, vaya, porque el templo necesitó muchísimas reparaciones en aquel entonces. ¿Por los bombardeos?, agregué, porque la

hermana me había empezado a generar confianza. Ven, ayúdame, por favor, dijo antes de responderme. Me acerqué a la esquina y señalé dos botes plateados. Haciendo un gran esfuerzo los levanté del suelo y los llevé a otra de las mesas que la hermana me indicó con dos dedos. Después la vi caminar hacia mí, y a causa del juego de luz y sombra del almacén, más la especie de túnica negra que llevaba puesta y su joroba, pensé con cierta vergüenza que la anciana podía parecer un camello. ¿Qué me habías preguntado?, inquirió mientras colocaba a un lado de los botes varios cepillos desgastados, de distintos tamaños. Antes de que pudiera responderle, agregó: ¡ah!, sí; bueno, por los bombardeos y por otras cosas. El mundo y sus guerras, pero también los temblores y las tormentas y demás desastres; todas las advertencias que no terminamos de entender.

La hermana abrió uno de los botes y un potente olor me atacó la cara. ¡Qué es eso!, grité, tapándome la nariz; ¿es gasolina? La anciana rio y me entregó un cepillo. Es lo que usamos para purificar los cuerpos, para evitar que la mugre les vuelva a entrar, explicó. Nuestra labor consiste en recibir los cuerpos bañados con agua y jabón corrientes y sellarlos definitivamente para que su alma, que ya va nadando hacia arriba, no se sienta tentada a regresar a su envase, a su obsesión material. La hermana tomó un cepillo y con un gesto de la mano y de la cara me dijo *venme*. La vi sumergir el cepillo, solo un poco, dijo, en la sustancia viscosísima de hedor ardiente, y entonces así vamos untando, explicó, todo el cuerpo, hasta que no haya ni un solo espacio de piel expuesta. Vamos, hazlo, agregó; en poco tiempo te vas a acostumbrar al olor.

Mientras embadurnaba una de las piernas, procurando no mancharme la falda, escuché a la hermana Mor recordar a mi madre. La conocí hace algunos años, dijo, sin perder la concentración; un día que vino a entregar unos cuerpos. Me dijo que ella era la hermana encargada de coordinar la limpieza, y le agradecí porque hacía tiempo que no nos mandaban ni una sola carne deshonesta. Porque antes pasaba mucho, muchísimo, enfatizó; nos llegaban cuerpos bañados y aparentemente listos para la purificación, pero resultaba que habían sido malos, muy malos. Absolutamente perversos. la hermana

tosió y continuó: sé de hermanas en otros pueblos que se equivocaron así de grave, y todas fueron fatales, porque ya clavados en su lugar, esos cuerpos malos se siguen pudriendo por dentro, porque la maldad los hace inmunes a la purificación, y entonces, si no nos damos cuenta pronto, el templo empieza a llenarse de insectos y carroña y toda clase de alimañas, que vienen y se comen las paredes y la madera de todo. Las hermanas mayores de aquellos grupos tuvieron que ordenar el abandono por eso, por los errores de criterio, de intuición, durante la limpieza. Aquí no hemos llegado a tal calamidad —la hermana se tocó la frente y lanzó una mirada agradecida al techo—, pero en tres ocasiones, tres de nuestras hermanas se sacrificaron tratando de contener a esas embajadoras de la destrucción. Dos de ellas ya murieron y la otra es la hermana Merina; sí la conoces, ¿verdad? Sí, asentí, la he visitado en su casa; pensé que estaba así por la edad.

No, no, no, negó la hermana Mor, sacudiendo la cabeza y abriendo mucho sus ojos empañados por las cataratas. Gracias a ella seguimos aquí. Si no ya habríamos tenido que mudarnos ve tú a saber dónde. Y por eso es que todas estamos también muy agradecidas con tu madre, en gloria descanse —ojos hacia el techo—, porque también gracias a ella hemos evitado quién sabe cuántas tragedias. Por eso nosotras tenemos que mantener los sentidos muy bien alineados con nuestra alma. Tenemos que saber tocar los cuerpos, sentirlos de verdad. Y, como te decía antes, a veces tan solo con olerlos, aunque ya los hayan bañado, podemos saber si tenemos un cuerpo que no merece ser purificado. Ahorita no tengo uno para enseñarte, pero estoy segura de que, si en algún momento nos llega alguno, lo vas a saber distinguir. Por lo regular, el pelo, la boca y las axilas son los mejores indicadores de su verdadera naturaleza. A los cuerpos deshonestos cualquiera de estas partes les huele fétido, a maldad, a carne podrida. En vida es bastante difícil que ellos mismos lo noten, pero la mucha o poca maldad que contengan, se les concentra allí.

Al cuerpo en el que estábamos trabajando ya le habíamos untado los pies, las piernas, el sexo y la mitad del torso. Escuchar a la hermana Mor me había ayudado a olvidar el picor en la nariz, y pensé en que me estaba pareciendo satisfactorio embadurnar ese cuerpo que no conocía pero que estaba limpiando con tanto amor, como si fuera familiar mío. Supongo que algo notó la hermana en mi expresión, porque rio brevemente y dijo que durante el proceso a ella le servía tratar de imaginar la vida del cuerpo en turno. Pienso en su nombre, por ejemplo; este tiene cara de Cobal, dijo con una sonrisa. También pienso en si habría tenido familia o no: en su caso, tal vez murió en algún asalto. Porque fue un cuerpo triste, mira, y le señaló los ojos. Se le nota en las cejas: mira cómo las tiene más arqueadas hacia abajo en los extremos. A los cuerpos deshonestos, añadió, la maldad, por el contrario, se las afila.

En fin, ya que estamos seguras de que vamos a purificarlos, me gusta pensar en ellos con amor y con respeto, puntualizó. Así el proceso se vuelve más agradable, tanto para el cuerpo como para mí, y estoy segura de que eso igualmente ayuda a su alma durante el ascenso. Ya que estábamos observando su rostro, empezamos a purificarle la cabeza, saltándonos el pecho y los brazos. Yo creo que tú vas a ser igual de buena que tu mamá, dijo con suavidad; se te nota en las manos, en los ojos, y me dijeron que también tienes excelente olfato, que ya desarrollaste una intuición maravillosa. Me sonrojé y sonreí con timidez. Continué purificando hacia el cuello y dije: no sé por qué yo tenía la idea de que lo más importante eran los pies. A fin de cuentas, es lo que nos queda más cerca ya que están en su lugar. Bueno, sí, contestó la hermana; pero, como ya te expliqué, también hay que fijarnos en la piel en general, en la cara, en las cejas, como te decía; porque el cuerpo siempre siempre indica la salud del alma. Pero... Dudé antes de plantear la pregunta. ¿Pero entonces qué pasa con los que están enfermos; sus almas siempre están dañadas? Bueno, no necesariamente; en esos casos hay que evaluar la causa de su enfermedad. Me ha tocado trabajar con cuerpos infestados de enfermedad, pero que, por ejemplo, tenían las manos sanas y luminosas, porque

su espíritu era noble. Entonces hay que saber identificar esas señales, y con la práctica podrás hacerlo.

Acabamos de purificar todo el frente del cuerpo, y entonces la hermana hizo sonar una pequeña campana que guardaba en el bolsillo de su túnica. A los pocos segundos entraron otras tres hermanas, altas y fornidas. Se acercaron al cuerpo y lo voltearon con facilidad sobre la misma mesa. Muchas gracias, hermanas, dijo la hermana Mor, y cuando las tres estaban por salir del almacén, una de ellas, que tenía un lunar redondo, grande y hermoso del lado izquierdo de la boca, preguntó a la hermana Mor si yo era la hija de la hermana Mina. Se nota de inmediato, ¿verdad?, respondió la hermana Mor junto con un sonido entre risa y tos. La hermana del lunar me sonrió y dijo: gracias por estar aquí con nosotras; y enseguida dio media vuelta y salió. Vamos a terminarle la parte de atrás y por hoy ya te puedes ir, Carmela, ¿te parece? Asentí pensando en que me habría gustado purificar otro cuerpo ese mismo día, pero la pausa me hizo notar que en realidad me sentía mareada, seguramente a causa de la sustancia de purificación.

Terminamos más rápido la parte trasera y la hermana Mor volvió a hacer sonar la campana. Las tres hermanas entraron de nuevo, y en esta ocasión noté el grandísimo tamaño de sus manos. Acomodaron el cuerpo boca arriba y observé que ya había empezado a adquirir un tono ligeramente azulado. Las tres hermanas voltearon hacia mí, me sonrieron y salieron del almacén. Bueno, dijo la hermana Mor, ven, vamos a lavarnos las manos para que puedas irte. Dio media vuelta y la seguí hacia la esquina donde estaba el lavamanos, fijándome en su joroba. Ella lavó las suyas primero, y mientras era mi turno me dijo que el cuerpo que acabábamos de purificar se quedaría reposando en el almacén toda la noche, y que al día siguiente las tres hermanas nos harían favor de clavarlo muy temprano para que por ahí de las seis de la mañana ya pudiéramos ir a visitarlo. Si quieres pasas a verlo primero y ya después te vienes para acá, agregó con una sonrisa que me hizo sentir que podía ser mi abuela. Mañana vamos

a trabajar todos estos cuerpos, dijo, y señaló las otras siete u ocho mesas que había en el almacén; así que descansa.

Salí del lugar y sentí un gran alivio al recibir el golpe de aire fresco. Ya estaba oscureciendo, pero antes de irme a casa decidí cruzar el jardín y el pasillo de la fuente para entrar a la sala de presentación. Vi salir a una hermana y comprobé que la puerta todavía estaba abierta. Entré y empecé a recorrer la nave principal desde la pared de la derecha. La sala siempre me había parecido pequeña, pero resultaba sorprendente notar que era más bien una ilusión óptica, porque en mi recorrido conté veinte cruces en total: veinte cuerpos purificados. Y de ninguna manera estaban encimados; todo lo contrario, cada uno colgaba cómodamente a casi metro y medio del piso, y todos tenían su propio y amplio reclinatorio para que tres de nosotras, al mismo tiempo, pudiéramos besarles los pies y pedir por ellos y perdonarlos. Hasta que llegué al altar mayor me percaté de que el espacio central, el más amplio y luminoso, estaba libre. Los bellísimos vitrales de colores que había detrás refulgían gracias a la luz del sol que aún golpeaba desde afuera y a la de los numerosos candelabros que ya también iluminaban todo el salón por dentro. Aquí estará mañana el cuerpo que trabajamos hoy, pensé, primero a manera de pregunta y después como afirmación. Terminé de recorrer la nave y le besé los pies al último ídolo, que estaba junto a la puerta. Te perdono, pensé con satisfacción; los perdono a todos.

Cuando llegué a casa, mi hermana ya tenía preparada la cena. ¿Cómo estuvo?, me preguntó con emoción mientras revolvía lentamente la sopa que tenía preparada en una olla sobre la estufa. Ella se había puesto más contenta que yo cuando días atrás me habían avisado que yo ya estaba lista para ir a ayudar al templo. Muy bien, contesté con una sonrisa ligera, y al sentarme en una silla del comedor me percaté de lo cansada que estaba. ¿A ti, cómo estás?, agregué. El rostro de mi hermana se entristeció de inmediato. Pues muy preocupada, la verdad, respondió; estuve todo el día en el mercado y todas estaban diciendo que otra vez va a empeo-

rar, ahora tal vez hasta por dos o tres semanas. ¿Empeorar qué?, le pregunté mientras me quitaba los zapatos; ¿los bombardeos? Pues me dijeron que todo: bombardeos, asaltos, todo tipo de agresiones. Tranquila, hermana, respondí, tratando de pensar si el cuerpo que había purificado hoy habría participado en todo eso de haber seguido con vida; aquí estamos seguras, no nos va a pasar nada.

Mi hermana sonrió, aunque sus ojos estaban tristes, y se volteó hacia la olla para servir dos platos. De pronto escuchamos un estallido que pareció lejano pero que hizo cimbrar el suelo bajo nuestros pies. Las dos nos volteamos a ver. Mi hermana se acercó a mí, puso los platos sobre la mesa, se sentó a mi lado y nos tomamos de las manos. Todo va a estar bien, insistí viéndola a los ojos, justo antes de que se escuchara otro estallido y una alarma de guerra tenue. Vamos a estar muy bien, pensé, pero mañana en el templo seguramente tendremos mucho trabajo.



Patricia Martínez (Pati Caro)
Venezuela

SPACE COYOTES

POR: CARLOS MENDOZA VÉLEZ

COLOMBIA

Agustín llegó al Centro Lunar de Lanzamiento a finales de marzo, hace más de dos años. Es su segundo intento por llegar a Marte. La primera vez, fue devuelto por el Servicio Marciano de Fronteras – Semafront. No tiene para intentarlo una vez más, en ésta, se gastó todo. Aun así, tuvo que valerse de alguna que otra artimaña para ocupar nuevamente un asiento en el trasbordador. Algo malo, porque recién fueron lanzados al espacio comenzó el desastre.

Solo en el módulo donde se encuentra hay más de tres mil migrantes enfermos. La mayoría, así como él, sin medios para subsistir durante la travesía. Sobreviven gracias a la caridad de otros migrantes y de sus arrieros, de quienes se lucran comerciando con su carne. Una vez iniciado un brote de fiebre estelar, cualquier intento por mantener viva la carga es un aporte a fondos perdidos. Aun así los Space Coyote hacen el gasto con tal de mantener en alto la moral. Al fin y al cabo, los migrantes valen más vivos que muertos.

Ahora, Agustín está tendido en su silla, reclinada al máximo, cocinándose en su propia fiebre. Repite una y otra vez la misma frase sin sentido, a veces inconclusa por algunos silencios extraviados. Una enfermera brasilera lo revisa, un Space Coyote le ayuda. Recibe las indicaciones de la mujer en portugués y se dirige al extremo del módulo. Al rato, regresa con una ración nutricional y algunos medicamentos, que entrega entre andanadas de palabras en dialecto eslavo. No saben cómo, pero se logran entender. Luego, le dejan y saltan al siguiente enfermo y al siguiente, a un ritmo frenético, inacabable, innecesario, con el

conocimiento de que ese módulo está perdido, pero haciendo todo lo posible por paliar la situación.

La vez anterior Agustín logró desembarcar en Fobos. Bajo la promesa de ser enviado a Marte, la Semafront lo llevó a un refugio para migrantes en Limtoc, en el Estado de Stickney. Fue ubicado en un cúmulo de cápsulas de escape improvisadas como moradas. Permaneció en ese lugar unos meses, con poca comida y agua, sin pertrechos y sin atención médica. La temperatura fluctuaba entre extremos, despojándole, además, de la poca tranquilidad que le podrían brindar algunas horas de sueño. Lo único que medía el tiempo era la llegada rutinaria de cientos de migrantes que, así como él, lograban desembarcar en Fobos y eran retenidos en Limtoc con la misma promesa.

Un día cualquiera, los agentes del Semafront llevaron a los más de diez mil migrantes del campamento a una plataforma espacial y los obligaron a tomar un transbordador de carga. Fueron llevados al Centro Marciano de Lanzamiento en Deimos y embarcados de regreso a la Luna. Un viaje duro para Agustín, no solo por ver sus sueños frustrados, sino por presenciar de primera mano la muerte de cientos por fiebre estelar. Al menos, no se contagió, o eso creía. Además, en su viaje de regreso, uno de los módulos del transbordador se desprendió. Veinte mil personas salieron de curso con destino a ninguna parte. Para este entonces ya deben estar muertos.

Agustín tiene veintiocho años, lo que no es fácil deducir de su apariencia demacrada. Salió de su país hace más de tres años, con siete vecinos del pueblo, cuando el ejército llegó a la zona a reclutar

gente. Lo hicieron rodeando la costa del Mar Mediterráneo. Luego, cruzaron a Marruecos y atravesaron Sahara Occidental, hasta llegar a Nuadibú, en el Atlántico. Un dron de carga los llevó hasta Macapá, en Brasil, donde contactaron al primer Coyote, con quien cruzaron la amazonía. Durante el camino fueron estafados y robados. En cada frontera, las autoridades locales los amenazaban con la deportación. Amenazas que no se concretaron gracias a la intermediación de su cada vez más escaso capital. Atravesaron Ecuador con un segundo Coyote y lograron ingresar en el elevador espacial. Ya en la estación orbital, se encontraron con un Space Coyote y abordaron una nave que los llevó a la Luna.

De la Luna partieron a Marte en un transbordador interplanetario, cada uno en su pequeño asiento asignado. Asientos en grupos de cinco divididos por estrechos pasillos que completan filas de a veinte. Delante y detrás otras tantas filas, en grupos de a diez, también divididas por estrechos pasillos. Encima o debajo más plataformas hasta completar diez niveles de altura. Veinte mil pasajeros hacinados en cada módulo. En cada extremo, un baño y un dispensador de raciones nutricionales y medicinas básicas a cambio de unos cuantos billetes. Dos millones de pasajeros en los cien módulos lineales que dan forma al vehículo en el cual se transportaban.

Visto a la distancia, parecía más un parásito intestinal en movimiento que una nave surcando el espacio sideral.

EL SÁTIRO

POR: ANTHONY CAMERO

PANAMÁ

Cuando la noticia llegó a la capital, no hubo periodista, reportero, o cronista que no viajara a Coclé para poder comprobar el milagro —aún no decidía cuál sustantivo era más propicio proponerle al editor, pero eso era solamente porque no tenía frente a mí al niño—, o aberración

Había llegado cerca de las siete de la mañana. Hacía un clima gélido. En el camino, había pinos conforme más subía la carretera, y a las orillas, solo había vacío. Supe que era el lugar correcto porque ya no podían subir más autos; la calle estaba embotada, y había cada vez más gente continuando el camino a pie. Había gente con micrófonos, cámaras al hombro, fotógrafos con sus cámaras réflex. Yo solo llevaba la mía y el teléfono.

Por un momento me sentí irascible. Qué idiota habría de verme viajando desde tan lejos para ver algo, que —en su momento pensé— no era más que una estafa. Sin embargo, mi ira habría de cambiarse por ansias al momento de escuchar el bullicio, que era una mezcla que no se decidía si ser puramente de voces o de obturaciones de la cámara. Tras de todo, silbaba el viento tierno, y gracias a él fue que llegó a mí la primera voz.

—Es real —dijo alguien cerca.

—¿Qué cosa? —pregunté yo.

—El niño.

En aquel momento, una sensación escabrosa recorrió rápidamente toda mi columna, aunque quise convencerme de que todo no habría sido más que una confusión, un efecto nocebo producto de la exaltación y las ansias de tener a la criatura en

frente y convencerse de que era, ciertamente, real.

Atribuí mi nerviosismo al mismo efecto que atacó la mente de aquel otro, mezclado con el ruido y la cegadora luz blanca que se reflejaba sobre las nubes grises. Sin embargo, cuando pude por fin yo divisar a la criatura, aun a unos doce metros de distancia, comprendí la exaltación, el deseo inalienable de apretar el obturador, de empezar a filmar y de hablar por los micrófonos.

El niño tenía la piel morena y estaba desnudo, en un estado completo de tranquilidad perturbadora, sin sentir frío, a pesar de tener el tren superior descubierto, debido al pelambre denso de las patas que se doblaban tres veces, como lo hacían las posteriores de las cabras, y un hombre lo estaba arrullando en su regazo.

Estaba completamente desconcertado. Si aquello era una artimaña preparada y no un milagro —ahora sí me había decidido por el adjetivo correcto —, era una muy bien preparada, capaz de engañar al ojo más escéptico.

«Dios mío —pensé—, Dios mío: ¿cómo ha podido suceder esto?». Me avergüenza mucho reconocerlo, pero me dejé llevar por la curiosidad, y pese a que ya había hecho mi trabajo —llegar, fotografiar e irme—, había algo magnético en aquel lugar; la misteriosa niebla, el silencio, o simplemente la imagen del sátiro bebé. ¿Cómo rechazar la invitación de aquello a descubrir el misterio? Bajé por la calle y volví al auto a orillarlo, y me quedé ahí a esperar hasta que cayera la noche y la gente se fuera.

Apenas se vació la calle, avancé nuevamente al lugar, y grité desde la calle hasta que alguien saliera. Abrió la señora Kimeira, la esposa del hombre que sostenía a la criatura.

—Ya no estamos recibiendo noticieros —me dijo, con cara de molestia, desde la puerta de la casa mientras se cubría el vientre con la bata.

—No soy de ningún noticiero, señora —le mentí— Tampoco soy periodista.

—Entonces ¿qué quiere?

—Conversar, solo eso.

—Entonces mejor váyase, porque aquí no tenemos ánimos de conversar.

Su acento era muy marcado. Constantemente suprimía las erres y las ese; de vez en cuando alguna vocal.

—¡Por favor, señora! —le grité mientras se daba vuelta— He viajado desde muy lejos. No tomaré fotos, no grabaré. Vengo desarmado. Solo quiero conversar; soy cronista, un investigador...

Y en aquel momento se dio nuevamente la vuelta, y sin abandonar el gesto de desagrado, me dijo que quien conversaría de la criatura sería su esposo. Acepté. No me importaba quién me hablara de ello. Yo solo quería saber de la criatura.

Al entrar, vi al señor Humberto Peñaloza, sujetando a la criatura en brazos, parado casi en una esquina de la casa, tan cerca que un poco más y su cuerpo hubiese encajado perfectamente en el ángulo recto. Me sorprendió de sobremanera el gran parecido que guardaban la señora Kimeira y don Humberto, las pestañas, los labios, los canales que hacían las arrugas de su frente.

Tras eso, mi mirada curiosa recorrió todo: era una casa modesta, no había mucho, más que lo necesario. Los niños veían televisión; una niña, de cerca de trece años, en silla de ruedas con la cabeza recargada en el hombro izquierdo y las manos agarrotadas, teniendo el dominio solo de sus ojos; un niño de no más de diez años, y uno pequeño, de apenas uno o dos años, con un marcado estrabismo. —Humberto, buscan... —dijo la señora. Y el hombre se dio vuelta, con los ojos embebidos en una belleza inigualable, postrados sobre la criatura.

No se acercó ni un poco. Los niños me voltearon a ver— quiere hablar contigo.

Sin apartar los ojos del niño-animal, me extendió una mano y se presentó: Humberto Peñaloza Santana, para servirle. Le faltaba uno de sus caninos, y en su lugar tenía una pieza de oro. Ahí tuve a Humberto tan cerca como a la criatura. Noté que le había cubierto las patas con una sábana, y le había puesto una camiseta, que no alcanzaba a cubrir lo terrible de las pezuñas que existían al acabar sus brazos. Lo único humano de aquella criatura era apenas la cabeza y el tronco. Tal vez también tenga los trescientos cuarenta grados de visión que tienen las cabras.

—Dígame, entonces ¿para qué le sirvo? —dijo con la misma supresión de letras y vocales que su esposa.

Interrumpió mi embeleso. Estaba tan abstraído en mis pensamientos que no pude siquiera pensar cuál sería la pregunta propicia para aquel momento, así que repetí la mentira que le dije a su mujer.

—... y quisiera saber, ¿cómo? ¿cómo ha podido nacer algo como e...?

—¿Cómo él? —me interrumpió.

—Sí. Como él.

—Igual que como nacemos todos, pero su concepción... es que ha sido como un milagro. Lo encontramos junto a la cabra, en el patio. Es, como puede ver, algo inigualable.

Seguía turbado por la imagen que había frente a mí. Una segunda concepción mesiánica, del reino animalia, esta vez de un cuadrúpedo dando a luz a un ser que no se decidía a qué especie pertenecer.

—Siéntese, que parece que se va a desmayar —me dijo.

Hice lo propio por cortesía, y en efecto, sentí la pesadumbre en mi cuerpo. Miré a mi alrededor, a la modestia de la casa, y no vi ya a la señora Kimeira, ni a los niños. Me preguntó si quería algo de tomar, le dije que solo agua, y fue a buscarla dejando al niño en un catre. Yo, en su ausencia, me acerqué para observar al niño en todo su esplendor. Me olvidé de la cámara de mi teléfono, y en aquel momento sobre la Tierra, solo existíamos ese niño

y yo. Observé nuevamente el cabello negro, lacio, que crecía en su cabeza. Me imaginaba sus pupilas horizontales tras la ternura de sus párpados, y me fijé en las orejas de borrego que le crecían en los temporales; más abajo, los brazos que acababan en unas pezuñas firmes y perfectamente rosadas como la carne, y sus piernas con tantos dobleces y cubiertas de pelo. Y viéndolo, me sentí como Viktor contemplando a su creación viva, o como Jerónimo recorriendo el mosquitero para ver al último de los Azcoitia. Quise tomar a la criatura entre mis manos y aplastarle el cuello; librar al mundo de tan grande aberración y que todo volviera al cauce de la cotidianidad, tras convertirme en el infanticida de Korsi.

De pronto, mientras plantado me resistía a la naturaleza violenta de mis deseos, escuché tras de mí.

—Es hermoso ¿no lo cree? —oí decir a Humberto. El asco entonces se apoderó de mí. Solo pude pedirle disculpas antes de irme, y agradecerle por el recibimiento, porque algo dentro de mí se revolvió. Me dijo que esperaba volver a verme pronto, y yo lo último que quería era poner un pie en esa casa nuevamente. Sin embargo, al salir, estaba la señora con la niña en la silla de ruedas.

—¿Ya se va? ¿Pudo encontrar lo que quería?

—No, pero ha sido suficiente —le dije, y aceleré el paso.

Avancé y el auto estaba esperándome, y ahí, a poco más de cinco metros de la puerta del coche, sentí un jalón por el brazo. Era la señora.

—¿Sabe de dónde vino eso? —me preguntó con molestia.

—Lo encontraron en el patio, ya lo sé.

—No. No lo encontramos en el patio. Yo lo recibí en mis brazos —y se notó un tremendo disgusto en su cara.

—¿Usted vio a la cabra parirlo?

—La cabra no parió nada —dijo, mientras se le salía una lágrima que pronto habría de convertirse en llanto—, la cabra no lo parió... lo parió la niña... mi niña...

La mujer cayó de rodillas frente a mí hecha un solo llanto, y tras de ella, observé a la criatura, con sus manitos agarrotadas en puños flexionados hacia el exterior del tronco y la cabeza recargada en el hombro. Un ácido más fuerte que el clorhídrico de pronto comenzó a quemarme la boca del estómago, y la sensación de angustia me saturó todas las sinapsis.

Admito al lector que el asco que sentí me pudo más que la curiosidad. Dejé a la mujer de rodillas y corrí al coche, pero la mujer, por desgracia, se arrastró hasta mis tobillos pidiéndome que hiciera algo. ¿Qué podía hacer yo ante semejante situación? ¿rogar a Dios? ¿Interceder por ellas? ¿matar al monstruo y a su madre? Fuera lo que fuera, todo aquello estaba fuera de mi poder, pero la niña estaba petrificada en su silla de ruedas, como un objeto tribal, en lugar de una criatura viva.

Me compadecí y me quedé, sabiendo perfectamente que no había nada en mis manos, para, al menos, consolar a la mujer. Estuve junto a ella un rato en el portal. Don Humberto estaba perfectamente hipnotizado por la aterradora belleza de la criatura. Estoy completamente seguro de que él no se enteró, aunque la mujer hubiese perdido la voz implorándome por piedad, de nada. Luego se acercaron los otros niños, y pude comprender que, pese al aspecto normal del niño del medio, era sordomudo. Qué irónico me fue pensar que el bebé-sátiro era ahí, entre todo, la criatura más completa, y extrañamente perfecta, entre todos ellos.

Pasé la noche durmiendo en casa de la familia, en el sofá. Apenas estaba entrando madrugada cuando me desperté sobresaltado por una sensación extraña de ser observado, tras un sueño ligero a causa del sonido de los grillos.

La noche estaba oscura. Terriblemente. En mi vida había visto una noche tan profunda, y aún así, tenía la claridad de que fui observado al menos durante una parte de la madrugada. Me venía, como una alucinación perfectamente lúcida, la imagen de algo o alguien parado en los ángulos re-

ctos de la sala donde estaba durmiendo. El único brillo que me permitía ubicarme era una luz casi negra que entraba por la ventana y me dejaba ver donde estaba la televisión.

Entonces, como si los efectos de los espasmos que sacudían el sofisticado mecanismo de mi mente se traspusieran al mundo terrenal que habitaba, escuché un leve golpe de madera contra la pared. Me senté en el borde del sofá, y volví a escucharlo. Era un sonido leve, apenas perceptible.

Cuando por tercera vez hubo penetrado la reverberación en mi tímpano, me incorporé del todo, y mientras mis pupilas se dilataban y empezaba a acostumbrarme a la oscuridad, pude por fin divisar, vagamente, las siluetas de las cosas: el borde del sofá, los marcos de las puertas, las perillas...

Avanzaba descalzo, de puntillas, procurando rescatar hasta el sonido más débil. Aquello sonaba periódicamente. Era un golpe de madera dura, en seco, contra una pared igual de dura y sólida. Aquel ruido me guiaba, como los ignis fatuus, a mi destino. Casi que cada paso mío era un golpe seco en la pared, y así continué, hasta que terminé parado sujetando el latón de la perilla del cuarto de los niños.

La abrí despacio, y un rayo ligerísimo de esa luz negra que alumbraba la sala, me reveló la imagen inquieta y terrible del monstruo, a contraluz de la ventana, con cornamentas ramificadas, y el sonido de cadenas, tumbado, serpenteando antinatural y violentamente de forma vertical sobre la criaturita mayor de la familia. No puede imaginarse el lector el terror y la repulsión que me invadió. Quedé petrificado ante semejante aparición, igualmente oscura y profunda como la noche exterior, sobre la niña.

De pronto, el movimiento se detuvo. El sonido cesó, y el demonio volvió su rostro negro y oscuro hacia mí, y pude ver, en su sonrisa, el brillo de un colmillo dorado. Entonces se abalanzó sobre mí, y escuché el metal de la hebilla sacudirse. Intentó ahorcarme, y me enterraba sus garras en la piel del cuello. Yo no tenía nada cómo defenderme salvo las mentras gritaba de dolor hasta caer en el letargo de

un desmayo.

La señora Kimeira entró al cuarto, y encendió la luz. Las ramas del guandú golpeaban la ventana y hacían un sonido inquietamente estridente; bajo el dintel, observó el rostro pétreo de su hija cubierto de lágrimas y vio cómo, con los ojos explotados, descansaba inconsciente, en el suelo junto a mí, el demonio.

Al amanecer, llegó la policía a la casa. La mujer estaba devastada, y no dejó de llorarlo, ni siquiera cuando vio cómo lo subían esposado a la patrulla. El bebé falleció esa misma mañana, sin que su padre pudiera verlo.

Había vuelto a visitar a la mujer y a los niños durante unos meses. Luego dejé de hacerlo. La última vez, al llegar, encontré, postrada y consumida del todo por una de las esquinas de la casa, a Kimeira Peñaloza Santana, sosteniendo rígidamente en sus brazos a un bebé envuelto, de pies a cabeza, en una sabanilla.

-

ERES LO QUE COMES

POR: ANGELO CHACÓN SEQUEIRA

COSTA RICA

*«Yo soy de mi amado, y mi amado es mío;
él apacienta entre los lirios.»
Cantar de los Cantares 6:3*

¿Cómo pudimos terminar así, querido Josef? Ay..., fuimos unos tontos. Nos dejamos llevar por los estímulos, por la pasión, por la lujuria. ¿Pero acaso había alguien más que se atreviera a entregarse completamente al otro? Ah..., no lo había. Solo estábamos tú y yo en el mundo. Nadie más poseía ese amor dentro de sí, esa fuerza de voluntad.

Mi querido Josef, para nuestra desgracia, el almuerzo ni siquiera tenía buen sabor. La carne estaba demasiado fresca. ¿Qué fue de tus dotes culinarios? Fue un desperdicio para todo lo que sucedió después, para tu muerte.

Los medicamentos te habían mantenido adormilado y sin dolor, pero ya no surtían efecto. Te arrastré por los pasillos, dejando una estela roja y fétida en el suelo. Ahora es de color café. Esas manchas sanguinolentas no se quieren quitar.

Tuve que llevarte a la bañera. Tu hemorragia manaba como una fuente. Te quejabas, soltabas esos gritos terribles, hasta que te coloqué un trapo en la boca para que lo mordieras y te inyecté un somnífero. Pasé toda la tarde contigo, hasta que te marchaste con la Dama Huesuda. Tu respiración cesó. No hubo ningún latido en tu pecho hercúleo.

«¿Qué demonios hago ahora?», me pregunté. Pero antes de poder moverme siquiera, sollocé como un niño y recordé cómo te conocí. Tú ya no lo recuerdas..., es porque estás muerto y bastante frío:

Pasé largo tiempo buscando a alguien para amar, alguien que me amara. Un hombre con la fuerza de voluntad, con un corazón tan vasto y tan dulce que

se dejara devorar, o quisiera devorarme en el más grande acto de amor y comunión. ¡Somos lo que comemos! Yo quiero ser parte de mi amado y que él sea parte de mí.

Algunos jóvenes aceptaron mis propuestas, pero al final se arrepintieron; decían no ser capaces de cometer esa «atrocidad». ¡Mentirosos!

Pero te conocí, mi amado Josef.

Me invitaste a tu casa; me cocinaste un platillo delicioso, una auténtica ambrosía. Pasamos el día abrazados, conversando, sin otro objeto mayor; pero queríamos comernos, por eso nos habíamos conocido.

Te pregunté si aceptabas mi propuesta de antropofagia y te negaste. De todos modos, había sido una velada increíble.

Me acompañaste a la estación. Ya estaba a punto de subir al tren cuando te vi corriendo, atravesando la multitud. Llegaste a mí y dijiste: «Acepto. ¿Cuándo nos veremos?»

Yo te respondí que llevaríamos todo con calma, pues en el amor los apuros son malignos.

Y pasó el tiempo. Nos hicimos amantes, dulces amantes, mi querido Josef.

Y llegó el día indicado.

Algunos celebran bodas en la iglesia para reforzar su unión; tú y yo seríamos parte del otro. Pero no querías que yo me amputara: siendo ambos hombres, uno de los dos debía proveer la satisfacción natural de este miembro que nos ha dado Dios. Decidiste ser tú el almuerzo. Lujurioso, amado almuerzo.

Te preparé. Te inyecté para que estuvieras adormilado pero consciente, te drogué para que no sintieras dolor; te acomodé en la mesa que serviría de tabla de picar, y te di unos besos lujuriosos y unas ardientes caricias para que nuestro almuerzo estuviera más erguido.

Te pedí que cerraras los ojos y no te movieras.

Dejando caer el cuchillo de carnicero con toda mi fuerza, corté nuestra pieza amada.

Sangraste.

Te vendé.

Estabas somnoliento, pero me ayudaste a cocinar. Eras un gran cocinero.

Servimos el almuerzo en la bella vajilla de plata que heredé de mis padres. Almorzamos. Pero la comida no estaba tan apetitosa. La carne muy fresca no tiene buen sabor.

[...]Yacías muerto en la tina, pálido, bañado en sangre. ¿Qué podía hacer yo? Hacer que vivieras a través de mí. Solo eso. Lo que tú anhelabas y me habías pedido.

Te trocé en la tina.

Ahora estás en mi congelador.

No habrá desperdicio.

Te amo, Josef. Me pediste esto y yo cumplí. Ahora vives en mi cuerpo.

Clara Carlón ¿Qué redes de protección se tejen en la oscuridad?

Argentina Hay algo inevitable en ser visto como presa pero, también, hay potencias que se agitan al interior de la manada.



CHARCOS

POR: MAJO DOMINGUEZ

MÉXICO

La lluvia ya estaba menguando y Beatriz miraba constantemente por la ventana, desesperada por salir. Los días de lluvia eran sus favoritos, ya que en su colonia siempre se formaban charcos tanto en las calles como en las aceras y nada le gustaba más que chapotear en ellos, saltar y ver el agua salpicar a todos lados. Y si lo hacía justo cuando alguien pasaba junto a ella, mejor aún. No podía negar que le causaba cierta satisfacción escuchar los gruñidos y protestas de los pobres incautos a los que lograba sorprender al salpicar sus ropas cuando se sentían seguros de salir tras la lluvia. En especial cuando se trataba del señor Martínez, su vecino.

Él era de los que se quejaban por todo y casi siempre sus quejas se centraban en todo lo que ella hacía y hasta lo que no. Que si hacía mucho ruido cuando corría por la casa, que si molestaba mucho a su gato, que si le subía demasiado el volumen a la televisión y las paredes eran delgadas, que si le revisaba el correo y le abría los paquetes que dejaban en su puerta. Esto último no era verdad, pero eso no impedía que su madre la regañara y la castigara cada vez que el vecino volvía

Comenzó un día de lluvia, justo después de que la acusara de volcar sus bolsas de basura antes de que pasaran a recogerlas. Miró por la ventana a la espera de verlo salir camino a la tienda, como hacía todas las tardes para ir por un paquete de cigarrillos.

Como la lluvia se había detenido, no llevaba paraguas ni impermeable, mientras que ella ya se había preparado para su salida usual en busca

de charcos. Salió de la casa justo cuando él ya pasaba frente a la suya y corrió para alcanzarlo cuando estaba por llegar el primer charco. Le hizo creer que sólo quería pasarlo de largo, pero en cuanto estuvo delante de él, se detuvo de golpe, dándole oportunidad de comprender lo que haría justo antes de saltar en el charco con sus enormes botas de goma. El salpicón mojó por completo las perneras de su pantalón y Beatriz continuó su ritual con el resto de los charcos, dejando al señor Martínez atrás con su disgusto. Disfrutó tanto su pequeño acto de revancha que desde entonces se volvió más furtiva a la hora de hacer sus travesuras; si antes no era de forma voluntaria, ahora hasta lo planeaba y no había nadie más a quien culpar que a aquel vecino gruñón.

Y el día anterior la había acusado de robarse un paquete suyo, así que la cosa ya había escalado. Su madre la había castigado por dos semanas, y su respuesta tendría que ser proporcional. Ya le había echado el ojo al enorme charco que se había formado en el boquete que había dejado en la escharpa una maquinaria pesada, en el que, si saltaba con todas sus fuerzas, podría darle un buen chapuzón. Sonrió al imaginárselo todo mojado, echando humo por los oídos y lanzando improperios. Aunque, desde luego, se había vuelto más cuidadoso. Ya no salía cuando ella estaba en la calle y menos cuando había charcos como en ese momento, así que Beatriz no tenía más remedio que esperar, por más que los charcos la llamaran. Temía que el hombre prefiriera no correr riesgos en días de lluvia y que hubiera tomado precauciones como comprar varias cajetillas de

cigarros para no tener que salir y encontrársela en la calle. ¡Sería muy mala suerte! Pero ¿cómo podía siquiera estar segura? ¿Se arriesgaba a esperar hasta que fuera demasiado tarde para salir a chapotear o se quedaba sin su venganza personal?

Finalmente lo vio salir con su celular en la mano y pendiente de éste mientras caminaba por la acera. Los ojos de Beatriz se encendieron y sintió el fuego de la competitividad en su pecho. Corrió enseguida hacia la calle, con la emoción de la carrera impulsándola, e intentó no hacer mucho ruido al abrir la puerta para no ponerlo sobre aviso, pero estaba tan inmerso en su celular que no parecía prestarle atención a nada más. Y eso le pareció perfecto, porque debía apresurarse y seguramente haría algo de ruido si quería rebasarlo y llegar al charco antes que él. Las botas de goma no eran de mucha ayuda y tampoco el enorme impermeable que le obligaban a usar, de modo que era imposible acercársele en completo silencio.

El señor Martínez, sin inmutarse, caminó con paso firme hacia el charco al que Beatriz tanto deseaba llegar a tiempo, así que se apresuró. No podía permitirse un fracaso estando tan cerca; de ser necesario se lanzaría hacia el charco y seguro con su peso provocaría una ola que lo bañaría de pies a cabeza. Corrió todo lo rápido que las aparatosas botas le permitían, pero el mojado piso la hizo resbalar y caer sentada, dándose tremendo golpe.

El quejido llamó por fin la atención del señor Martínez y levantó la mirada del celular para mirar sobre su hombro, pero no se detuvo. Al contrario, al ver que se trataba de ella, se formó incluso una sonrisa de satisfacción en su rostro, claramente disfrutando que los roles se hubieran invertido. Y como si quisiera echarle más sal a la herida, dirigió sus pasos directo al charco, decidido a hacer su triunfo más significativo.

Fue entonces que algo ocurrió.

En el instante en que el pie del señor Martínez tocó el agua, un tentáculo emergió del charco y se enredó en su tobillo. Él bajó la vista y más tardó en reaccionar que el tentáculo en arrastrarlo al charco con un movimiento tan violento que su cuerpo dio un doblez pronunciado acompañado de unos

chasquidos al azotar en el suelo y el celular salió volando hasta caer a los pies de una aterrada Beatriz, que veía desarrollarse la escena, petrificada en el suelo e incrédula ante lo que presenciaba.

Los ojos inyectados de sangre del señor Martínez se clavaron en los de ella en una súplica silenciosa; su cuerpo maltrecho se deslizó sin más oposición por la acera y mientras la mitad inferior ya estaba sumergida en el charco, movió la boca en un último intento por sacar la voz, pero lo único que surgió de ella fue un sonido agudo que asemejaba el de un globo desinflándose. Surgieron entonces dos tentáculos más que envolvieron sus hombros y arrastraron el resto del cuerpo hacia el fondo del charco, desapareciendo sin dejar rastro.

Beatriz se quedó inmóvil por varios segundos más, con el corazón desbocado. El agua del charco estaba en completa quietud, como si ahí no hubiera pasado nada. Sólo el celular a los pies de la niña quedaba como prueba de lo ocurrido, y en su pantalla se veía un formulario a medio llenar de una queja al servicio de mensajería por unos paquetes no recibidos.

Cuando Beatriz consiguió recuperar la movilidad y vio la pantalla del celular, lo recogió de paso al ponerse de pie y lo lanzó al charco antes de echarse a correr de regreso a su casa, manteniéndose lejos de cualquier pequeño charco que hubiera en el camino, sobre todo tratándose de los mismos puntos de esa misma mañana.

Ni siquiera le había interesado lo que había en el paquete, simplemente buscaba la forma de desquitarse del vecino tras acusarla injustamente de ladrona con su madre, así que se levantó muy temprano esa mañana y por la ventana vio que había una caja en la puerta del señor Martínez. Se había escabullido en su jardín como sólo ella sabía y se puso a examinar la caja, intentando adivinar lo que había dentro de acuerdo con su peso y el ruido que hacía al moverla. El remitente de la Universidad de Miskatonik no significaba nada para ella, y cuando la caja resbaló de sus manos y cayó por los escalones, abriéndose un hueco en una esquina, derramó una sustancia viscosa que no

tardó en ser absorbida por la tierra. Beatriz supo que ya no podría devolverla a su lugar y fingir que no había pasado nada, y lo único que se le ocurrió fue recoger la caja y llevársela por ahí para deshacerse de ella, derramando el resto de su contenido por la acera.

Recordaba haber vertido casi toda la sustancia en el boquete antes de arrojar la caja por la primera alcantarilla que encontró. Y ahora eso había vuelto peligrosos los charcos, el perfecto castigo para su mal comportamiento, quitarle la única diversión que le quedaba... Pero mientras miraba por la ventana, desde la seguridad de su casa, la adrenalina del momento fue disminuyendo y una nueva certeza fue asentándose en su interior: el conocimiento era poder y ser la poseedora del secreto de los charcos le daba incluso una ventaja aún mayor.

Por ejemplo, había un niño muy molesto en la calle del frente que solía disputarle la pertenencia de los charcos de la colonia y en ese momento lo vio salir ataviado con su impermeable amarillo, listo para ponerse a chapotear en todos los que se encontrara. Si quería advertirle del peligro, lo único que tenía que hacer era abrir la ventana y gritarle, pero eso seguramente surtiría el efecto opuesto tan sólo para llevarle la contraria. La única forma de evitarle el mismo destino funesto que su vecino era salir ella misma y detenerlo, o en el peor de los casos, alejarse de la ventana para no tener que presenciar una escena tan grotesca.

Con la calma de vuelta en su pecho, Beatriz se quedó parada en la ventana y sin decir palabra, se puso a mirar.

ACÁ EN DARIÉN

POR: PALOMA RICHI

ARGENTINA

Por fin bajamos ese morro. Atravesamos la arbolada extensa, levantamos nuestras botas lo justo para no rozar el toloache. Entre las medias gruesas y la piel de los tobillos, la capa de transpiración que sentimos condensarse sofocó los poros, nos hizo más lentos. Al llegar al suelo noble me tumbé. Pero no bien levanté la cabeza, Cecilia ya estaba ahí, lista para llevarnos a la casa y conocer a la bebé.

Anita cumple un año y hace meses intento anticipar mis gestos para hoy. Que mi sonrisa no amaine, que en mis ojos permanezca el brillo, que el tono de voz sea dulce al decir: ¡qué hermosa!, ah, Cecilia, ¡es idéntica a vos! El camino para llegar sigue siendo húmedo, un hilo de tierra entre motas. Él no habla desde que nos subimos al avión, así que ensayo preguntas con Cecilia para pasar el rato.

Las últimas vacaciones con él fueron en Mar Tardío, casas bajas con una belleza sencilla, calles empedradas y árboles secos. Salí, caminé, conocí ese lugar que aparecía como algo nuevo en mis días, volví al hotel con jabones de higo y pan caliente. Dijo no eso no. Dije, ¿eso qué? Y me levantó en el aire, la bolsa colgaba todavía entre mis dedos, tiró hacia arriba y al costado, mi mano cedió y tropecé pero la cama me sostuvo y él, deslizó el riel de la ventana y dejó caer el olor a higo sobre los autos estacionados, el golpe se escuchó amable, corto.

Cecilia se mudó a un pueblo chico selvático en Darién cuando nació la bebé. Una propiedad

sostenida por columnas pesadas de concreto; las paredes, de doble vidrio, están casi a la altura del dosel. Subimos una escalera larga y la mesa está lista y todos comen alrededor, hay tíos y abuelos, los únicos amigos de la familia somos nosotros. Llegó el tercer cordón, dice ella.

—¿Anita? —pregunto.

—Ay casi —dice Gustavo agachándose y rápido levantando los ojos —casi aplasto el mordillo de la gorda —Y se vuelve a sentar. Se lo ve cansado, sus manos sobre la parte baja de la cintura le sostienen el cuerpo. Es el marido de Cecilia desde hace más de diez años.

—Todavía duerme —avisa Cecilia y no deja de ayudarme con la campera, da un tirón final para destrabarla y la cuelga, algunas gotas caen de los cierres plásticos. El living es un cuadrado grande con una salamandra que seca la humedad que viene de afuera. La vegetación alta puede verse desde cada una de las ventanas. Más atrás, si saltamos esas hojas, el pasto se presenta raso y así recorre kilómetros hasta llegar al minimercado, que es un punto de encuentro para gente del pueblo, la mayoría trabajadores de la fábrica de café.

Él se acomoda en la silla, osa dar un saludo general. Saludo general, dice, miente con la sonrisa, se hace el fresco. Avanzo entre los comensales, beso a beso, toco hombros, ¿cómo estás?, digo, ¿lloverá? Termino y me desplomo en la silla junto a él, satisfecha de exponer quién es el mejor de la pareja. La sopa caliente me devuelve el

me devuelve el aire, me deshincha los pómulos, me da raciociño. Un cucharón aparece por detrás para rellenar los platos, giro y es cuando la veo. El cuadro cuelga de un sostén trenzado en hilo oscuro, la bebé posa sobre un tapiz que ilustrado marca la edad al momento de la foto: dos meses. Tiene ojos oscuros que resaltan por la piel blanca, casi traslúcida. A mi izquierda Gustavo exhibe sobre el mantel las cucharas de hierro que encontró durante la mañana. Es recolector de metales, un oficio que según acaba de decir le hace realmente feliz. Sus manos son anchísimas en contraste al resto del cuerpo, las venas aparecen como picos de montaña que se disuelven a la altura de la muñeca. Las observo y solo espero que no sea capaz de alzar a la bebé, que debe ser frágil, ligera, musgosa.

—¿Desde acá se escucha si despierta? —digo.

—Nadie se levante que traigo el plato principal —dijo Cecilia, con la voz cada vez más excitada, porque cocina en poco tiempo pero lo hace con técnica, sabe usar los colores de los ingredientes para que resalten con el gusto ácido, seco y directo que se pega en el paladar superior.

El segundo plato hizo que la abuela agache la cabeza para darle paso a una bandeja cerámica, entre su nuca y la cortina pude verla. La bebé vestida de marinera, la mano estirada sobre un número grande que marca sus tres meses. El pelo parece crespo, nada parecido al de Cecilia, en la pera lleva una rajadura tenue. Solo puedo mirarla. La abuela, recuerdo haberla visto alguna vez, está enojada, tiene la postura fija al centro de la mesa, me esquiva, le busco los ojos. Gustavo interrumpe y reparte cubiertos, quiere que usemos los que recolectó. Los recibo feliz, inquieta, curiosa. Sé que mi marido nunca se metería en la boca cubiertos encontrados en la selva. Pero los agarra, y recorro sus movimientos, quiero ver si su lengua toca el material o no. Y no. Abre la boca y caza la carne jugosa que Cecilia supo hacer a punto, saca con los dientes el trozo para empujarlo hacia atrás, directo a la garganta.

Semanas atrás él se enganchó con un periodista internacional que escribe sobre los efectos del calentamiento en la tierra, luego, a los pocos días,

comenzó a decir que en casa ya no estamos a salvo. Que el aire únicamente es apto en la cocina, que al atravesar la puerta corremos riesgo, que no podemos acumular demasiados minutos al día fuera. El martes pasado cenamos juntos y eso estuvo bien, uno sentado frente al otro, cortó dos tipos de queso, acercó un vino; allí recordé los días que recién nos conocíamos, él amasaba tortillas de grasa y hervía cordero en leche durante horas para desmenuzar la carne. Pero esa noche después de cenar, dijo: “te tengo que pedir un favor”.

—Que hoy no duermas dentro, andá a lo de Susana, o al garage, donde quieras. Parece que no pero es por tu bien, ando queriendo medir el aire de la habitación con una sola persona respirando a ver qué tal el consumo. También podés ir a lo de tu hermana.

S alí sin responderle, busqué en internet sobre la contaminación del aire en nuestro barrio, decidí que al día siguiente investigaría mejor. Me acosté en el asiento trasero, un viento fuerte me volaba la remera del pijama. Abrí la ventana casi por completo, a través de la reja vi a los árboles moverse, pensé en que nada es más limpio que estar fuera, incluso dentro de este auto viejo. También miré hacia la casa, su figura aparecía de a ratos, lo que las ventanas dejaban ver, ese caminar rápido de nuestra habitación al living y al revés. Ensayo contener la respiración, pensé. Los resultados fueron claros, a la mañana me despertó cuando abrió la puerta delantera del auto. El olor a lavandina de su ropa me destapó la nariz. Claros quiere decir: el cuarto todavía es el lugar más pulcro de la casa. Y con pulcro quiso decir: aún así, con la contaminación propia de una ciudad, dormir ahí no está mal, el oxígeno que se entrecruza de ventana a ventana ayuda. Salgo apurada del auto a tomar agua y mi ropa ya no está donde siempre, liberó los armarios para calcular un algo de la masa del espacio. Esperé que el desgano por ordenar se diluya con las horas, subí el volumen de la radio y me informé sobre lo que pasa en el mundo.

El techo de Cecilia es tan bajo que las rajaduras proyectan sombras que alcanzan las paredes del comedor. Un shot de fe se presenta: él amaneciendo acá por el resto de su vida. Prender la

computadora en la mañana y llamar a sus clientes. Llenarse de nylon, cubrirse el pelo, evitar la mugre, el polen que vuela en forma de polvo.

—Y vos querido, ¿cómo va ese laburo?, vení servite —dijo Gustavo estirando la botella de Pisco hacia mi marido.

—Ahí va, soy el único de la casa que trabaja y gana plata así que that's all —dice y acaricia mi jean.

—¡No lo escuches, nena! Pintar es un trabajo, Matías. Por ejemplo yo, lo que encuentro, mis expediciones, lavar las piezas, secarlas y después lustrarlas, ponerlas en venta, para Cecilia no debe tener glamour pero lo haré por siempre, Matías.

—No importa el glamour, lo que necesitamos es más plata. Si no ganás plata vendiendo cuadros porque no emocionan o qué se yo qué, ofrecé cortar el pasto, hacé changa, lo que quieras —siguió él. Ahora se distrae para mirar al resto de la familia que se va, nos saludan balanceando las muñecas de un lado a otro, abren la puerta grande de hierro, el abuelo de la bebé con un gesto rápido engancha su cabeza bajo la capucha, y descienden.

Desde la cocina avanza un olor ácido y tostado. Cecilia emplata una torta mientras saca de la heladera la mamadera para aclimatarla a la temperatura del ambiente, que todavía es frío. Las manos, tan orgánicas a su cuerpo, con el aire, con la música que hace un rato eligió Gustavo, hace que sea hermoso verla. Verla es, pienso y cambio mis medias, que se empiezan a humedecer de nuevo, relajante para el cuerpo. En nuestros años de colegio a Cecilia le decían que llevaba rasgos superexóticos y eso la alegraba y después la entristecía, cuando quien lo gritaba luego no aceptaba una cita con ella. A los diecinueve pegó un estirón tardío, sus piernas casi donde mi cabeza, los brazos finos y atléticos, al pelo lo llevaba corto y negro azulado. Ahora Cecilia infla un chicle entre sus labios para hacerlo explotar frente a mí.

Gustavo abre la puerta principal y avisa que hay lluvia, más de la que se ve por las ventanas. Es que las hojas están quietas, no vibran con el agua, pero el barro va cambiando de forma con cada rama, que cae y se clava, en el Darién.

Acompaña la noticia con un baile en forma de cruz, hacia adelante y se persigna, hacia atrás y pega un salto. Cecilia ríe de lejos, su risa tan alta y clara nos envuelve, hace que mi marido deje la revista y deambule alrededor de la mesa, se compone, pasa la yema de un dedo por las repisas. Después, tal vez recuerda su cama limpia, pies sobre el piso abrasado, la posibilidad de controlar lo que ingresa a su sistema respiratorio.

Avanzo a la habitación chica, el pasillo termina y comienza una alfombra estilo francés. Abro la puerta y veo a la bebé quieta, su cabeza hacia arriba, pero la piel, no es traslúcida, es rosácea, los ojos abiertos y helados, los pies cortos con las uñas que asoman. Estoy cansada y Anita no mueve ni una esquina de su piel. Me siento a la altura de los regatones, lo más próximo que me permite la madera que la cerca. Ella es rosa, el olor es a propóleo y el rosáceo la hace parecer más chica que en las fotos. Su ropa está detenida, dura o estática, suspendida, el espacio sin llenar. Una migraña desciende hasta mis piernas. Su olor hace que me voltee, me opaca la vista. Como puedo me incorporo, las manos contra la pared ayudan a volver al living. Voy a Cecilia y le digo, tenemos, tenemos que vaciar la habitación de Anita para que mi marido duerma allí esta noche, y como puedo giro el hombro y señalo hacia atrás, y lo miro a él y pienso te quedás acá, en el Darién.

Lidia Gabriela Abelenda Rodríguez Cuba Cualquiera puede sentirse tentado, incluso aquel que se considere el más puro. El ángel tiene sentimientos contradictorios: rechazo hacia el objeto, demostrados con su postura y expresión facial; pero a su vez quiere ceder ante el deseo y dejar que este entre en él, pues sutilmente le abre la puerta al globo rojo. Un ángel, un ser puro, no debe ser tentado, y este lo sabe. El peso de su conciencia lo corrompe y corta en pedazos, y aún así, su mano cortada sujeta al globo rojo para no dejar ir a la tentación. Incluso si gira la cabeza hacia un lado, su mirada se mantiene sostenida en su deseo.



BAJO EL CIELO DE ATHERRA

POR: ZULEYKA ALONSO COYE

PANAMÁ

Atherra es la ciudad donde humanos y animales comparten oficios, costumbres y leyes. Aunque adoptaron la conformidad humana, los animales nunca renunciaron del todo a su instinto; por eso, entre los habitantes aún se percibe un leve aroma salvaje. Los medios de transporte son el lugar más concurrido por ambas especies. Fue justo allí donde comenzó a fraguarse el caos.

Así titularon los periódicos locales lo acontecido: ¡Hurto masivo de celulares!

Un grupo organizado de animales perturba a diario a los pasajeros de la Ruta Rumba Vivos, en su mayoría estudiantes universitarios. Las ovejas, que fingen ser pasajeras distraídas, entorpecen el paso; mientras tanto, los monos, con su agilidad habitual, trepan los techos haciendo piruetas y lanzando cáscaras de plátano para generar confusión. En medio del alboroto, se enredan entre las piernas de las víctimas, dando paso a que el astuto zorro los despoje de celulares, relojes y carteras a diestra y siniestra. En cuestión de segundos transfieren los objetos sustraídos dejando a sus víctimas confundidas e incomunicados en la parada.

“Nos tienen de congos y exigimos mayor patrullaje de lobos en la ruta”, fueron algunas de las declaraciones de los estudiantes afectados. Por su parte, el comandante general de lobos recordó que cada denuncia será atendida de manera oportuna, con el fin de mantener la convivencia.

—Ey, ¿qué te pasó, bro?

—Me acaban de robar el cel. No tenía ni una semana. Grité “¡me robaron!”... y a nadie le importó.

—A mí me pasó hace tres días. Yo, dizque dándole paso a una oveja toda vieja, por cortesía... y después vi que ella también estaba en la vuelta.

—La que venía en este bus tenía un pañuelo azul en la cabeza. Cuando acordé, ya tenía a los monos jalándome la pierna... pero el celular se lo llevó ese que va corriendo hacia el puente.

—Yo te presto el cel para que llames a tu casa. Estamos a la orden, hermano. Soy Diego.

—Gracias Bro, Yo soy David.

—¿Y ese que viene quién es?

—Man, acabo de ver lo que te pasó. Soy Manuel. A mí me robaron ayer. No eran los mismos, pero operan igualito: en manada. Mira, yo puse la denuncia y te aconsejo que lo hagas, a ver si así se acaba la fiesta.

Eso sí, prepárate: tienes que girar en la rotonda tres o cinco veces hasta subir la colina, presentar la cédula, precisar la hora exacta del robo, llevar fotos de alguna cámara de vigilancia (si es que existe alguna que funcione) y, mejor aún, testigos que certifiquen el momento exacto en que dejaste de ser dueño de lo tuyo. También te pedirán las especificaciones del aparato, la factura, la garantía y, si puedes, hasta el recuerdo de cuando lo compraste.

Después de todo eso, solo queda esperar que te llamen. Así que, lo más urgente es conseguir otro celular.

Con el paso de las semanas y sin certeza de castigo, los estudiantes se unieron para cuidarse entre ellos. La tensión se percibía a diario, hasta que, cansados de los abusos, organizaron una revuelta liderada por Diego, David y Manuel.

—¿Y si convertimos esto en Mario Kart? —dijo Diego, mirando hacia el fondo del bus.

—Si ellos juegan sucio, sacamos cascaritas de plátano —añadió David con una sonrisa.

—¡Y que se los lleve Donkey Kong!...Voy a enviar la idea al chat del grupo —finalizó Manuel, olvidando si era una broma o el fin de la prudencia.

Al día siguiente, humanos y bestias se enfrentaron dentro del bus. Las muchachas iban disfrazadas de ovejas para infiltrarse entre las verdaderas; los estudiantes lanzaban cáscaras de guineo a los monos, que caían enfurecidos. El chofer conducía al mejor estilo de videojuego, esquivando las cáscaras que volaban. Otro par, disfrazado de lobos, acorraló a los zorros para obligarlos a devolver lo robado. Los pasajeros alertaron a las autoridades y, un par de paradas antes del puente, ambos grupos fueron detenidos.

Esta vez la prensa narró: ¡Se formó! Estudiantes ya no creen en ovejas...

Según la versión de los universitarios, solo buscaban justicia; sin embargo, la situación se les salió de las manos cuando decidieron arreglar cuentas en plena ruta. Los defensores de los animales no tardaron en pronunciarse y acusaron a los jóvenes de quebrantar la armonía ancestral y sagrada de la ciudad.

Tras evaluar las acusaciones, el tribunal resolvió liberar a los animales y condenar a los estudiantes a trabajos comunitarios, además de imponerles multas que oscilan entre cien y cuatrocientos dólares. Por su parte, moradores de la comunidad solicitaron habilitar una ruta exclusiva para universitarios, «con el propósito de que no sigan alterando la paz de Atherra».

Los líderes de la revuelta, Diego, David y Manuel, se reunieron con los directivos de sus respectivas universidades para aclarar los hechos y solicitar apoyo, ya que, a su manera, habían terminado perjudicados. Días después, en medio del desgaste, la impotencia y el rechazo colectivo, gran parte de la población estudiantil enfermó. La entidad de salud, que aún investigaba si se trataba de influenza o del virus del mono, ordenó que ningún estudiante saliera de casa. Para evitar alarmas, los directores universitarios enviaron el comunicado exclusivamente a lo interno de cada institución.

Aquella mañana, la Ruta Rumba Vivos partió sin ellos; solo viajaban los animales junto a quienes los defendían. Al no encontrar a sus víctimas, comenzaron a discutir entre sí hasta que terminaron agrediendo y atacando a todos. En medio del caos, el conductor declaró que su seguro no contemplaba lesiones por motines multiespecie; miró al cielo, activó el modo de manejo automático y decidió saltar. El autobús siguió su curso en solitario, cruzó el puente y nunca llegó al otro lado. ¡Insólito: autobús desaparece con todo y pasajeros!, titulaba el periódico, dejando a todos desconcertados.

Ante este hecho sin precedentes, las autoridades continúan investigando; sin embargo, no hay pistas que seguir. Algunos moradores aseguran escuchar el rugido de un motor, acompañado de voces y aullidos. La extraña desaparición excluye de responsabilidad a los estudiantes, pues, por razones que la universidad declaró confidenciales, ninguno salió ese día.

Mientras tanto, Diego, David y Manuel comentaban en el grupo: «De la que nos salvamos, por fin».

ANFIBIAS

POR: ANAHÍ FLORES

ARGENTINA

No te preocupes, la sensación de ahogo, pasa. Si dejaras de forcejear tanto, te agitarías menos.

No sé vos pero yo desde que llegué al spa, vi que algo raro había. Para empezar, me perdí en la explicación de la recepcionista. Me llevó al vestuario y, mientras me señalaba dónde podía cambiarme y dejar mis cosas, empezó con que primero me diera una ducha, después fuera al hidromasaje, luego otra ducha. Ahí arrancó con lo del orden correcto de los saunas como si fuera la clave de una caja fuerte: tantos minutos en el finlandés, tantos en el baño turco, ducha obligatoria entre uno y otro y mencionó unas cuatro variantes más de sauna. El último era, como ya sabés, la puerta de metal por la que acabás de pasar. Dijo que era importante dejar éste para el final. Que sólo fuera si me había sentido bien en los otros, que la temperatura era muy alta. Incluso que tal vez sería mejor que lo saltara. También dijo que para el masaje ella iría a buscarme, que calculara una hora hasta entonces. Y podía pedir un licuado cuando quisiera. Hablaba mirando el suelo y sin pausas, sólo me miró al decir lo del licuado, como si hubiera querido advertirme algo. Eso, y el hecho de que llevaba una chalina ajustada al cuello en pleno verano, debería haberme llamado la atención, pero lo dejé pasar. Le pregunté, me acuerdo, si había algún cartel ayuda memoria con toda esa información de la que ya me había olvidado. Se rió y se fue, meneando la cabeza.

Ya eran las cinco y mis amigas no llegaban. Salí del vestuario decidida a empezar sola.

La recepcionista tenía la chalina desatada y se abanicaba. Al verme, se la acomodó como si la hubiera sorprendido desnuda. Me pareció ver una piel suelta y rosa que le salía del cuello y que escondió con rapidez bajo la tela. Le pedí que, cuando aparecieran mis amigas, les avisara que las encontraría en el hidromasaje. Me fui segura de que sería alguna cicatriz o mancha que la avergonzaba.

Gran desilusión al entrar a la sala del hidromasaje. Habrás notado que en las fotos del site se lo ve tamaño pileta olímpica, pero no pasa de una bañadera. Me metí. Desde el agua, vi la fila de puertas de los saunas, que concluían en nuestra puerta.

Al rato, el agua se fue llenando de otras señoras tan gordas como yo era, como vos sos ahora. Perdón si te estoy agarrando demasiado fuerte. No puedo permitir que te vayas. Sí, mejor no te nuevas más.

Me dio repulsión. Imaginé la grasa disolviéndose entre las burbujas calientes. Imaginé que alguna hacía pipí. Si bien eran tan inmensas como yo, en mi interior siempre me sentí esbelta. De alguna forma la que soy hoy estaba dentro de mí en aquella época. Las cosas no ocurren por azar, acordate de lo que te digo. Me dio asco y bronca pensar que habían contaminado el agua con ellas mismas. Me fui de la bañadera, aunque antes les dejé un breve, inocente pipí de despedida en el agua.

Miré todas las puertas de los saunas. Deben ser unas seis ¿no? Ya había decidido que iría directo a la última puerta, la que prometía un sauna más fuerte. La recepcionista, que iba y venía por el spa, se había dado cuenta y no me sacaba los ojos de encima. Eso también debería haberme alertado. ¿Por qué esa obsesión con el orden correcto de los saunas? ¿No te lo preguntaste? Una de las gordas del hidromasaje le pidió un licuado y no le quedó otra que ir a buscárselo al bar. Pero antes de irse me miró y, en un intento por disuadirme, me señaló la puerta del primer sauna. Aproveché que no me vigilaba nadie y me metí en la última puerta.

Al entrar al sauna me deslumbró lo inmenso que es el ambiente acá adentro ¿a vos no? Si el hidromasaje es minúsculo, acá el techo es tan alto que se pierde en el vapor. Ideal para una fiesta, pensé. Hacia los costados se ven las paredes, pero me era imposible calcular dónde quedaba el fondo. Caminé despacio, casi nadando en el vapor. A los pocos metros vi un grupo de mujeres, donde estamos nosotras ahora. Pensé, me acuerdo, que éste sería el fondo del sauna. Pero no: acá estamos más o menos en la mitad. A esa altura ya tenía mareo y estaba bañada en sudor. Tal vez la recepcionista tuviera razón al insistir en que comenzara con un sauna más suave. Intenté recordar cuántos minutos me había dicho que podía quedarme en éste. ¿Tres, cinco? Las mujeres se dividían en dos grupos: las gordas y en bikini, que parecían tan mareadas como yo en ese momento, y otras más ágiles, sobre todo ágiles y delgadas. Y desnudas. Con tanto vapor, no pude verles el cuello. Si lo hubiera visto, hubiera dado media vuelta en ese instante. Pero la sensación de alarma llegó tarde. De pronto me dije que tenía que apartarme de ahí, pensé que al menos debería acercarme a la puerta por si mis amigas entraban. Vos te parecés a una de ellas, ¿te lo dije? Pensé todo eso, pero estaba demasiado lenta y cuando empecé a planear dar un paso hacia atrás, dos manos me agarraron de los rollos de la cintura. Quedé de espaldas a mi captora. Era Marina, pero yo qué sabía. En ese momento no la conocía ni se presentó. A propósito, mi nombre es Constanza.

Podés llamarme Connie.

Marina es de pulso firme y yo casi no tenía más fuerzas para mantenerme en pie. No había nada que pudiera hacer, estaba presa. Me puse a mirar la escena de las mujeres como quien mira un show: las gordas entregaron unos vasos con licuado a las desnudas, y luego se fueron lo más rápido que pudieron. Al intentar correr dentro del sauna, se tropezaron y resbalaron entre sí, como chanchos enmantecados, y formaron una montaña de señoras. Muchos pies y manos salían de la montaña y parecían banderitas agitándose al viento. La escena era cómica y yo, olvidada de mi situación precaria, me reí con el grupo de las mujeres desnudas.

Marina fue directo al grano. Me preguntó dónde estaban mis amigas. Dijo que sólo ellas podrían salvarme tras el pago del rescate en licuados. Que las esperaríamos y que, hasta entonces, iba a quedarme de rehén. Pero en el fondo, pienso que Marina sabía que yo estaba sola.

Podría haberme asustado. Podría haber reclamado o pedido más explicaciones, pero estaba cómoda en sus manos húmedas. Me sentía segura y hasta feliz de no tener obligaciones: ella había dejado claro que yo era una rehén. Pasamos la tarde viendo otros grupos de mujeres gordas que entraban, hablando alto y a las carcajadas, hasta darse cuenta de que una de ellas, por lo general la más distraída o débil, era capturada. Entonces venía un instante de pánico general, algunos gritos agudos. Enseguida se les explicaba la situación y allá se iban todas a buscar los licuados con la recepcionista. Volvían a los pocos minutos, entregaban los vasos llenos, a veces se derramaba alguno, y se iban corriendo con la rehén recién liberada que, por lo general, se largaba a llorar. Las lágrimas se confundían con las gotas de sudor. La mayoría de las veces tropezaban y todas nos reíamos mientras las amigas de Marina y la propia Marina se tomaban los licuados. Debe haber sido hacia las ocho de la noche, cuando era claro que nadie vendría por mí y que ya estaba en estado de deshidratación, que Marina me dio un licuado de durazno y banana. Me lo bajé en pocos segundos mientras ella me miraba como quien mira a un niño que recién empieza a comer solo. Dijo que tenía que aprender a dosificar el líquido y por

primera vez aflojó la presión de sus manos en mi cintura. Y por primera vez, también, me di vuelta, y vi esas branquias rosadas que le salen del cuello. Eran iguales a las que la recepcionista oculta con la chalina. Sigue usando la chalina ¿no? No tuve fuerzas para decir nada y ella, a pesar de que vio mi gesto de espanto, no se dio por aludida. Me llevó hacia el fondo, al lugar que llamamos “dormitorio”, aunque las demás mujeres, todas con branquias, no veían con buenos ojos mi adopción. Y las entiendo, acá el lugar no sobra. Sé que en un rato, cuando nos pasemos del tiempo pautado para retener una rehén, van a empezar a criticarme. Igual, quedate tranquila que estás lejos del momento irreversible. El cuerpo empieza a mutar sólo si sobrevivís a la primera noche aquí.

Los primeros días me comía las paredes. No es para que te asustes, pero no es simple pasar de lo sólido a lo líquido. Una busca lo sólido hasta en el propio cuerpo. Y lo digo literalmente: ni bien me despertaba me alejaba del grupo para chuparme el dedo o mordisquearme el antebrazo. Era mi desayuno. La sal de la piel y la carne en mi boca suplantaban la ansiedad por lo sólido. Igual, más rápido de lo que hubiera pensado, mi estómago se adaptó y hoy no aceptaría otra cosa que no fuera estos licuados. Los disfruto como antes un plato de ñoquis.

Algunos dientes se me aflojaron por falta de uso. Marina me dijo que en unos meses más se me caerán, ella misma ya no tiene muelas y la semana pasada perdió dos colmillos. Todas las pioneras están desdentadas, el cuerpo precisa ahorrar energía.

En aquellos primeros días, pensaba que mis amigas vendrían, que se pondrían contentas de verme y de rescatarme, que traerían un cargamento de licuados. No sé cuándo me olvidé de sus nombres.

Tuve, también, una fantasía. Todas tienen alguna en el período de transición. Imaginaba que descubriría algún pasadizo que comunicaba el fondo de nuestro sauna con el de hombres donde, estaba segura, habría una situación similar. Yo sería la descubridora y mostraría un mundo lleno de hombres desnudos a estas mujeres solitarias. Ellas me lo agradecerían por siempre y, tal vez, me deja-

rían ir. La fantasía se terminó cuando perdí el interés en irme.

Acá la noción del tiempo se altera. ¿Hace cuánto dirías que entraste? ¿Diez minutos, quince? Ese es el tiempo que una rehén pasa con nosotras, el suficiente para desesperarse, sentirse mareada, darse cuenta de que no es un mal sueño. Lo que te está pasando a vos ahora. Después de la primera noche acá, una aprende a contar el tiempo por los hechos: cuando dejé de pasar hambre, cuando ya no me ahogaba, cuando empecé a moverme como una anfibia, cuando el bikini me quedó enorme. Los breteles se me caían, la parte de abajo se me resbalaba. Pensé que con el calor y la humedad la lycra se habría estirado. Hice varios nudos en las tiritas, al principio estos ajustes sirvieron pero llegó un punto en que la tela era puro nudos y con cualquier movimiento, se desataban. Hasta que un día Marina, con una dulzura que le desconocía, me desvistió. Y como una madre que sabe que está por asomar el primer diente de su bebé, me pasó la yema de sus dedos por los hombros y el cuello donde unos puntitos como granos de quinoa hidratados, brillaban. Mis primeras escamas.

A partir de entonces, este vapor que debe estar agobiándote, se volvió como aire para mí. Me acostumbré a salir de caza, como lo llamamos entre nosotras, desde la mañana hasta la noche. Vivo con unos cinco licuados al día. Los fines de semana consigo capturar hasta unos diez. Podrían ser más, pero la recepcionista, que no es más que una de nosotras que desistió de esta vida, nos boicotea. Tal vez notaste que usa demasiado maquillaje: es para taparse las escamas. No sé mucho más de esa historia, las pioneras se niegan a contar qué pasó.

Mis sentidos se afinaron, escucho a través de las paredes del sauna. A vos te escuchamos desde que entraste al spa, te oíamos cuando charlabas en el hidromasaje. Y, no te pongas mal, pero acabo de escuchar a tus amigas. Se están yendo. Creen que desapareciste sin saludar, lo cual en cierto modo es verdad, y están ofendidas. Pero volviendo a vos, tenés una voz potente que a todas nos sobresaltó. Es que aquí hablamos poco y bajo: no podemos arriesgarnos a que nos descubran. Igual, el propio ambiente te vuelve introspectiva. Por la noche, y hasta que abre el spa por la mañana, guardamos est-

ricto silencio. Pero hacía días que tenía ganas de una charla como ésta. Cuando te vi entrar, supe que podría conversar con vos. Tenés algo que me resulta familiar. Tal vez eso que te comenté, que te parecés tanto a una de aquellas amigas. Si al menos recordara el nombre.



"Anfibias" es un cuento que forma parte del libro *Criaturas*. Buenos Aires, Alto Pogo, 2018.

ËTAKIITAYÄ

POR: TITO HERBONNIÈRE

VENEZUELA

Yarima miró hacia abajo, suspiró y decidió descansar. El viento frío zarandeaba su larga cabellera negra. La altura que ya había conquistado le regalaba una vista inigualable que seguía maravillándola después de tantos ascensos al cerro Aullador. Los caminos llanos, las pequeñas colinas, los bosquecillos de grandes árboles y más cercana e inmensa que las otras cumbres sagradas, la Amay, guardiana de toda aquella tierra, de su aldea, los animales y su gente.

Tomó un poco de agua y retomó la escalada. Andaba descalza, como su padre, su abuelo y todos los Jökori que habían recorrido aquella tierra de sabanas y mesetas. Pisaba firme, sin temor a las piedras y depresiones del camino. Una gavielana guerrera volaba cerca, su gavielana. No quería observarla, pero su sombra la arropaba de tanto en tanto, y sus pensamientos la abordaban sin cesar. Misaishum, misaishum, susurraba la Gavielana. «Aquí estoy, aquí estoy», respondía Yarima con una ráfaga de pensamiento llena de un tedio que no lograba suavizar. Su compañía se le antojaba pesada. Estaba llegando a la mitad del cerro e intuía que pronto encontraría lo que buscaba.

—¡Ayúdame, viento! —dijo de repente—, alivia el cansancio con tu frescura, y sopla suave, para que no me hagas volar como a las hojas del mango y la guayaba.

La gavielana envió un toque amable a su mente, algo parecido a un buen deseo. Le fastidió. No la dejaba sola nunca. Lograba esconder mucho de lo que no quería que el ave viera en su mente, pero no lograba bloquear lo que aquella le transmitía. Era muy amable, siempre, y eso le molestaba, hacía to-

do más difícil.

No lograba entender ni aceptar que le hubiese tocado como compañera aquella criatura. No era cualquier animal, eso estaba claro. Su gran tamaño y su fuerza abrumaba a cualquiera. Se había unido a ella en varias ocasiones y había logrado sentir el poderío del ave, al tiempo que observaba la tierra, los valles, ríos y cerros, como nunca antes lo había hecho. La gavielana guerrera era la reina de los cielos, el animal consentido de las Damas aladas. Pero nunca se sintió identificada con las aves. Ella era más de gatos, de fauces y no de picos, de pelos, no de plumas. Le daban asco las plumas. Cada vez que la gavielana se acercaba a ella para rozarla con su cuerpo, recordaba a todos los pollos que le había tocado desplumar antes de meterlos al caldo hirviendo. Asco. Ese pensamiento se le escapó sin que lo pudiera disimular y la gavielana soltó un chillido lastimero.

Su familia era de gatos. Su papá tenía a Piasán, el jaguar negro como la noche y de ojos amarillos. Su hermana mayor tenía una pequeña gata nublada, casi invisible de lo veloz que era; y su hermano tenía a su gato montañero, siempre preparado para asechar entre el monte y atacar. Ella siempre había soñado con un gato montañero. Un jaguar era muy grande y difícil de convencer. Pero si su hermano había podido con un gato, ella también.

¡Cuánto deseaba un gato! Sobre todo, desde que su hermano consiguió el suyo. Sin embargo, cuando llegó el día de convertirse en una Ëtakiitayä, cuando por fin tuvo las lunas llenas suficientes y pudo salir en búsqueda de su animal compañero, ningún gato apareció por el camino, y

cuando sondeó las zonas por las que caminó junto a su padre, tampoco encontró la mente de ninguno. Casi desde el inicio de la jornada, comenzó a sentir breves toques mentales que venían de las alturas. Eran como susurros que sin esfuerzo se colaban en su mente y la iluminaban. Esos toques le provocaban sonreír, le hacían sentir poderosa, libre y más feliz; pero se empeñó en ignorarlos, pues ningún gato volaba. La búsqueda debía continuar. Se llenó de terror cuando la mente de una rata risueña le coqueteó. Le daba ganas de llorar nada más pensar en las burlas de sus amigos Aké y Minchá, ambos compañeros de sendos monos de cuatro brazos, al mirarla a ella con una rata escuálida. «Imposible, eso nunca», había pensado, y su pensamiento fue como un grito que hirió a la rata. Cuando el día escogido para su Búsqueda casi llegaba al ocaso, su padre comentó que quizás habría que esperar, que tal vez no era su momento. Entonces, tuvo miedo. Llegaría a la aldea sin ningún Compañero. Le había jurado a Minchá y a Aké, que encontraría un gato más grande que el de su hermano. No podía regresar sin nada. Entonces, desesperada, decidió escrutar los cielos, y sí, ahí estaban, los toques, los susurros luminosos que la habían buscado durante toda la jornada, y finalmente correspondió, alzó sus pensamientos para rozar a la criatura que se escondía sobre las nubes. Pronto divisó un pequeño punto en el cielo, y rápido, más de lo que creía posible, el punto creció y se transformó en un ave inmensa. Así se había unido a su gavielana. El ave le abrió por completo su mente, y ella hizo lo mismo, aunque cuidando de no mostrarle su profundo deseo, de ocultar la imagen del gato de su hermano, con la que muchas veces se recreaba.

Arriba, más arriba. Al parecer, el viento no había escuchado su deseo, porque parecía que se había concentrado allí, en la mitad del Aullador, empujándola y colándose por los agujeros del cerro, provocando los aullidos que lo caracterizaban. Sus pantorrillas estaban tensas, sudaba. Recordó a su madre, siempre cantando con su Azulejos revoloteando en torno a ella, entusiasmada por la llegada de la gavielana guerrera

Se la pasaba diciendo que ya eran dos voladoras en la familia. Yarima escupió. «Claro», dijo con voz queda, «mamá no es de gatos. Pero yo sí, soy hija de mi padre».

Se detuvo. Decidió que seguiría volando desde allí. No se consideraba débil, pero temía que la subida la dejara sin las fuerzas necesarias para conquistar a su gato. Se sentó a la sombra de una hendidura, tan profunda y angosta como para que una Jökori la tomara como asiento y resguardo. Miró nuevamente a la sabana, a la Amay, y detrás de ella, mucho más lejanas, las otras cumbres sagradas, inmensas, inalcanzables, con sus cimas planas en donde habitaban las Damas aladas. Entonces sonrió.

Se recostó en la pared de la hendidura y miró a su gavielana. Pensó que quizás esa sería la última vez que volara, y sintió algo de tristeza. Aunque pronto desechó el pensamiento pues recordó al gato de su hermano. Sonrió y dio un toque mental a la gavielana. El ave le abrió su mente de inmediato, y la dejó entrar.

Yarima, ahora en el cuerpo de su gavielana, dio un rodeo en el aire y se buscó en la hendidura del Aullador. Se observó, parecía que dormía. Siempre resultaba espeluznante ver el propio cuerpo. Se prometió a sí misma no descuidarse para evitar que su presa la encontrara antes que ella a él.

Voló alrededor del Aullador, pero no vio nada. Decidió darle algo de participación a la gavielana y le pidió que buscara.

–Busquemos un gato –trató que su pensamiento pareciera casual.

–Comer, descanso...–los pensamientos del ave la irritaron.

–¿No puedes esperar? Esto es importante. Debemos encontrar un gato.

–Gato comer...

–No, no, no. No nos comeremos al gato.

–Abajo...

De repente la gavielana se lanzó en picada. Yarima sintió el hambre del ave y se turbó, pero logró serenarse. Cayeron como un rayo sobre un pequeño conejo y de nuevo remontaron el vuelo. El conejo intentó librarse, pero las gruesas garras

eran invencibles. Murió pronto.

El ave escogió una palma de moriche para posarse. Con el fuerte pico rasgó la piel y comió.

–Cansancio...

– ¡Sigamos...! ¡Por favor, Misaishum!

–Descanso...

– ¡A volar! –Esta vez fue una orden. Yarima tomó posesión total de la mente. Estaba molesta e impaciente, pero al sentir el viento se animó. Se sentía cómoda al utilizar el cuerpo de la enorme ave. Aprendió a dominarlo poco a poco, con mucho esfuerzo mental y la paciente guía de la misma gaviñana, que le enseñó a mover las alas para poder danzar por los cielos. Voló hacia el Aullador. Pronto encontraría a su gato.

Con su forma cónica y sus paredes de roca ribeteadas de las mismas hierbas que pintaban a la sabana en sus faldas, el Aullador, se alzaba sin romper la armonía del panorama. Se acercó a la cara en la que estaba su cuerpo inerte. No le gustaba perderse de vista durante mucho tiempo.

Pensó en lo pequeña que era. Aún no alcanzaba el tamaño de su hermano, pero estaba segura de que sería más alta que él, tanto como su hermana mayor. Los rayos de la Gran Luz caían rociando su piel morena. La túnica rojiza que su mamá le había regalado bailaba con el mismo desorden que su cabellera al ritmo del viento que parecía haber aumentado su fuerza desde que se había ausentado. Su cuerpo se movía de un lado a otro, pero estaba a salvo.

De pronto se sintió inquieta; no, el ave se sintió inquieta. Yarima se molestó por la intromisión. Concéntrate. La gaviñana empujó el pensamiento, y Yarima se maravilló pues no sabía que su compañera pudiera expresar cosas así. Peligro. Ese pensamiento hubiese podido ser un grito. La gaviñana ya no dormía. Peligro. ¿Qué pasaba? No lograba distinguir nada. Veía mucho y cerca, pero no lograba concentrarse para ver lo que la gaviñana había captado. El ave entonces se lanzó en picada y por fin Yarima lo vio. Aterrizaron a unos 20 pasos de donde estaba su cuerpo, sobre el lomo pardo de un gato montañero. Este se sacudió y casi se desbarranca. Ellas se alejaron con aletos rápidos

y desesperados, evitando un zarpazo lanzado por el felino que, aferrado a la dura pared del Aullador, gruñía mostrando la hilera de colmillos.

Yarima se sintió feliz, y esto confundió a la gaviñana. Yarima quería reír; el ave, solo atacar. De algún modo le supo recordar a Yarima que su pequeño cuerpo estaba a merced del felino. Cuando se enfocaron en el gato, este fijaba su atención en el cuerpo de la niña. Volvieron a atacar, solo para distraerlo. Yarima se aseguró que las zarpas de la gaviñana no volvieran a herir al gato. Solo quería despistarle, alejarlo de su cuerpo. Atacaron una y otra vez, hasta que el gato se centró en ellas. Ya no quería comerse a la pequeña Jökori dormida, quería acabar con el ave fastidiosa. Cuando Yarima estuvo segura de eso, entonces abandonó la mente de su compañera.

La gaviñana se turbó por el repentino abandono, perdió la fuerza de sus alas, por un momento y casi se estrella.

En el cerro, Yarima, contemplaba al gato que cacareaba, soltaba bufidos y esperaba un nuevo ataque de la gaviñana. Tomó el arco y una flecha para evitar cualquier eventualidad no deseada. Se arrodilló y se concentró para encontrar una apertura en la mente del gato.

–Misaishum, ¿qué pasa? –la gaviñana volaba en círculos cerca del gato, lo vigilaba, mientras buscaba la mente de Yarima. Ella decidió ignorarla. «¡Afuera!», fue lo único que pensó, «¡Aléjate!»

La gaviñana no se conformó e insistió, hurgando en busca de una respuesta o una caricia. Yarima no le respondió. No quería nada más con ella. Debía irse. Ser una gaviñana libre. Ya no sería su Misaishum. Supo que la gaviñana percibió esas ideas porque el chillido del ave fue desgarrador.

No había tiempo para pensar en ella. El gato, su gato estaba ahí, poderoso, ágil, y por los momentos, distraído. Era la ocasión perfecta.

Siguió buscando la mente anhelada. Tenía miedo, pero estaba decidida. Ya era tarde para desistir. Ya pensaría en lo que diría a las ancianas del pueblo, a su madre pajarita y a su padre jaguar de mirada amarilla. Sabía que este la comprendería. Rozó la

mente del felino: caótica, llena de ira, miedo y hambre. ¡Aléjate, aléjate! El pensamiento la empujó. Era un sitio amplio, que clamaba libertad en todos sus rincones. «Permíteme», le susurró, «Misaishum, comparte tu agilidad y tu fuerza». ¡No! La respuesta no solo fue pensada; el gruñido del gato fue terrible. Yarima se aterró, pero intentó una vez más, y una vez más el gato la rechazó.

–«Misaishum, lo lamento» –susurró, y entonces violentó la mente del gato. Movida por su deseo, por la obsesión que gobernaba sus más íntimos pensamientos, rasguñó, dio puñetazos mentales, porrazos imaginados sobre puertas metafóricas y sagradas. Captó la incomodidad del animal, su lucha, su rabia, su dolor. Ella no estaba mejor. Se sentía sucia, mala, pero siguió adelante. Se aferró, y apreció un atisbo de la fuerza del gato, de su elasticidad y su ira. Escuchó el chillido de la Gavilana que seguía muy cerca. La ignoró. Sintió los músculos de las patas peludas, y pensó en que con ellas podría alcanzar las estrellas con un salto. Terminó de entrar, y el gato perdió dominio de sí. El sacrilegio estaba consumado. Sería difícil ganarse su confianza, pero qué más daba. Si el gato le negaba su cariño, peor para él. Ahora que había entrado, ya nunca se le olvidaría cómo pasar. Ahora sí se sentía una Ētakiitayä plena, feliz. Se echó para tratar de tranquilizar al nuevo cuerpo. Había miedo en el recinto, oculto entre la ira. Sintió la herida del lomo. Intentó serenarse y serenar al recinto. Logró dar caricias aquí y allá. Tras relajarse un poco, se maravilló pues se dio cuenta de la canción que cantaba la sabana a las orejas del gato. Escuchaba trinos lejanos y pasitos de bichos en las inmediaciones. La gavilana volaba cerca, pero ella ya no importaba. El viento cantaba distinto. Olió agua que corría en algún rincón oculto del aullador, a la hierba cercana y distante, y algo más, un pequeño cuerpo dormido en la distancia. Lo miró, se miró. Sintió fascinación por su olor y sus miembros tersos. Se relamió, su saliva se derramaba. El hambre era atroz. Escuchó aleteos y buscó, pero no encontró nada. De nuevo se enfocó en la criatura que dormía. «Comer».

Flexionó las poderosas patas.

Pero de súbito, un dolor intenso se le aferró en la garganta. Furiosos punzones se le clavaron en un costado, y luego tras un breve atisbo de plumas, la visión se volvió opaca. Al principio no entendió lo que ocurría, y cuando lo hizo ya era tarde.

Pánico, desesperación, tristeza, pensó el gato. «Pánico, desesperación, tristeza», pensó ella.. Lanzó arañazos, y quiso gruñir, pero el aire comenzaba a escasear, quiso girar y contratacar, pero no supo cómo, y el dolor aumentaba. El ave era muy grande y con su gran pico comenzó a desgarrar piel, orejas, ojos.

«¡Afuera, ya!» «¡Damas aladas, por favor!» Salió, saltó en la hendidura del Aullador, lejos de la gavilana y el gato, y casi se desbarranca. Estaba angustiada, a salvo, pero sin poder escapar de la agonía experimentada. Lloró, se agazapó y posó la frente en la roca. Escuchó un aleteo, y desesperada se alejó hasta tocar la pared, queriendo hundirse más. La gavilana la observaba. La sangre goteaba de su pico y sus garras. Yarima temblaba. Miró hacia donde yacía el gato montés. Se fijó de nuevo en el ave, y sus ojos seguían fijos en ella. Misaishum, a salvo, el pensamiento del ave fue una caricia que la invitaba a tranquilizarse. Pero ella siguió llorando.

El ave dio saltos para acercarse, pero Yarima se lo impidió con un grito. Luego, cuando el ave quiso insistir, la amenazó con su arco.

–Vete, gavilana, vete.

–Misaishum, a salvo, conmigo.

–No, vete, no te quiero.– Volvió a amenazar con el arco. Pero entonces, algo le impidió tensar más al arma, y dejó caer la flecha.

–Misaishum, a salvo, conmigo, siempre.

La gavilana se acercó con un salto y Yarima, que sintió asco al imaginar el roce de las plumas, pensó en volver a preparar la flecha, pero no pudo ni levantar el arco.

–No arma, misaishum. Tú y yo. Yo tuya, tú mía. Ningún gato cerca.

Los temblores de Yarima se acentuaron y lloró con más intensidad, pues los pensamientos del ave entraban bruscamente y destrozaban cualquier mu-

ralla que ella intentaba levantar.

La joven ětakiitayā supo entonces que no podría levantar su mano contra el ave; que la gavielana, su gavielana, hablaba en serio, y que nunca dejaría que otro gato se acercara.

DORMIDOS

POR: EHRIOR SANABRIA

ESPAÑA

La primera vez que se vieron fue un domingo al mediodía. Ella tenía el típico desayuno de pan con aguacate, huevo y salmón, el típico café filtrado con toda la parafernalia. Todo intacto, la laptop cerrada, la boca abierta.

Eso es lo que él recordaría si le preguntáramos. También nos hablaría de que ella estaba recostada sobre el respaldo de una silla con los brazos cruzados, recordaría la capucha del hoodie rosa cubriendo su cabello y los dos mechones rubios aterrizando sobre sus hombros.

La contempló y vio que al lado de ella había un puesto vacío, se sentó en él. Le dio un par de sorbos al café, se quemó los labios, la miró a los ojos. Ella sintió su mirada y alzó sus ojos para verlo. Si le preguntáramos a ella omitiría toda esta primera parte y se centraría en la acción que vino a continuación, que hizo por impulso, por necesidad. Movi6 la laptop y el desayuno hasta la parte más alejada de la mesa. Se reclinó sobre el espacio conquistado, con su brazo izquierdo como almohada. Extendió el derecho hacia él. Él, dejó el café y posó su cabeza sobre la mesa, mirándola a ella. Se agarraron de las manos unos instantes. Ella se durmió, él también.

Los despertó una camarera. Estamos cerrando, disculpen, les dijo. Habían pasado cerca de tres horas y nadie se atrevió a interrumpirles. Se pudieron sorprender por tanta amabilidad, pero no lo hicieron. Debían asimilar lo que acababan de experimentar, de sentir, de soñar. No habían dormido tan bien en toda su vida como durante aquellas horas. Sintieron cierto placer, cierta

liberación, como si hubieran sanado algo, como si hubieran descansado un año. Se sentían ligeros, efímeros, etéreos.

Volvieron a esa misma cafetería dos veces más hasta que, a la tercera ocasión, les impidieron la entrada. Les dijeron que por qué no se iban a dormir a sus casas. Tenían razón, pensaron ambos. Fue entonces cuando evolucionaron, así como evolucionó su intimidad y sus propios sueños.

Dormían juntos dos veces a la semana. Todos los miércoles de 6 a 9pm, dormían en la casa de él. Los domingos de 10am a 4pm, en la casa de ella. Cada vez se sentían mejor, más vivos, más ligeros, más presentes, más cuerdos, incluso.

Dormían juntos, envueltos en sus brazos, despojados, frágiles. Él en el lado derecho, ella en el izquierdo. Repetían el esquema desde el día que se conocieron. Ella dormía con un panti de hilo, le buscaba con el culito hasta que se acomodaba contra él. Él la abrazaba por detrás, con su brazo derecho cubriendo su cuerpo hasta agarrarle la mano. Las dos cabezas se solidificaban, convertidas en una escultura de mármol cincelada a mano. El aroma de ella lo respiraba él. Sus piernas, entrecruzadas, formaban un solo cuerpo adherido a una sola piel. Ella se dormía al instante, él tardaba un poco más, a veces tenía que acomodar alguna erección furtiva. Se sincronizaban sus cuerpos, sus respiraciones, sus pulsaciones. Luego se levantaban reconectados. No intercambiaban ninguna palabra, se vestían, se marchaban.

Él solía soñar con la casa de playa de sus abuelos, mientras le observaban, tranquilos a él y a su her-

mano bañándose en la orilla. Siempre era esa escena, siempre felices. En el sueño, el mar no se tragaba a su hermano; en el sueño, él no se quedaba paralizado; en el sueño sus abuelos no corrían desesperados; en el sueño él no era un puto cobarde. En el sueño, nada se rompía. Ese instante, previo al desastre, le permitía vivir en paz.

Ella soñaba que era un pedazo de pepperoni de una pizza gigante y que escapaba corriendo. Soñaba que plantaba tantos árboles en su casa que se convertía en bosque. Soñaba que la rubia de *Slave of Love*, de Brian Ferry, era ella y que Brian Ferry, en realidad, era el príncipe Carlos. Eran sueños inconexos, liberadores, divertidos.

Estaban plétóricos. Nunca tan hermosos, tan finos, tan resplandecientes. A él le había dejado su novia el último mes porque nunca entendió lo que hacían, nunca se creyó que solo durmieran, que no hubiese sexo, que no existiera deseo. Cuando le exigió explicaciones, él no fue capaz de mencionarle ni siquiera su nombre. No sabía nada de ella salvo que necesitaba dormir a su lado.

Ella estaba comenzando a salir con un tipo que le fascinaba, pero él tampoco entendía nada de aquella dinámica. Dormimos, le dijo ella, dormimos y soñamos. Tampoco pudo brindarle muchos detalles más allá de una mera descripción genérica, insuficiente para convencerle o, incluso, para dibujar un retrato robot.

Él ha logrado conducir sus sueños a otras esferas más allá de la playa. Sueña que su jefe es despedido y que el cuarto de lactancia de la empresa le conduce a un minimarket con botellas de alcohol barato. También sueña que su equipo de la NFL le saca del público en medio de un partido, termina fallando la jugada clave y tiene que huir del estadio. A veces se despierta riendo, otras sobresaltado, pero en ese sueño no logra tener éxito.

Ella también se ha expandido hacia otros territorios. Ahora sueña una y otra vez que la entrevistan en la CNN por un proyecto que ha impulsado, todo sale bien hasta el instante antes de despedirse, cuando aparece en plató un piedrero que comienza a desnudarse mientras grita

proclamas políticas. Los guardias de seguridad se lanzan a por él con violencia logrando opacar la entrevista.

Han aumentado la frecuencia y ahora, él y ella duermen cinco días juntos. Se organizan cuando tienen que viajar por algún compromiso personal o de trabajo. No pueden alejarse más de una semana. Es el tiempo que han notado que funcionan sin dormir a la par.

Ella ha comenzado a soñar que está en la playa. En los últimos sueños se ha dado cuenta de que los señores que gritan desesperados y descompuestos mencionan el nombre de un muchacho, pero no alcanza a descifrarlo todavía. En cada sueño se acerca más a la orilla, se acerca más a él, quiere entender quién es ese tipo, por qué está congelado. Él también ha comenzado a mutar hacia otros sueños. Ha soñado que es un pedazo de pepperoni y que se escapa de un pizzero cocainómano que destroza la cocina entera persiguiéndoles. En el último sueño, otro pedazo de pepperoni le agarra de la mano y le salva.

No conocen sus nombres, ni quiénes son, pero no pueden dejar de dormir juntos, de soñar a la vez.

Alejandra Musalem Pinto para explorar los espacios intermedios entre lo visible y lo invisible, entre la experiencia consciente y las imágenes que habitan en la profundidad psíquica. Mi trabajo surge de la necesidad de dar forma a lo que no puede ser dicho, de traducir en materia pictórica los estados emocionales y simbólicos que persisten en la memoria y el inconsciente.



EL TIEMPO EN UNA TORMENTA

POR: FERNANDO CORTÉS

PANAMÁ

El cielo se entenebreció, la brisa fría corría a través de la pradera y una pertinaz llovizna flotaba en el aire. La figura de un hombre joven entraba por las puertas de un viejo granero, con la intención de refugiarse de la tormenta que se avecinaba. Se formó un pequeño charco de agua a sus pies por lo empapada que estaba su ropa, a pesar de lo débil que era la lluvia. El granero estaba abandonado, una puerta estaba caída y la otra a duras penas se sostenía, había paja ennegrecida y húmeda por todas partes, herramientas y utensilios del campo fueron abandonados a merced de las alimañas que convivían en el olvido y la madera apolillada.

Rai (como muchos le decían) tenía diecisiete años, era padre de dos niños y con otro en camino. Trabajaba en una de las fincas del área y lo habían enviado a buscar un paquete cuando lo sorprendió la lluvia. Hallándose solo decidió quitarse la empapada camisa, dejando al descubierto su delgado torso. Una extraña cicatriz le marcaba la espalda azotada por el sol. Una marca de nacimiento. A pesar de su delgadez era fuerte y eficiente, a causa del trabajo pesado desde temprana edad. Colgó la camisa a un clavo de una hilera que sobresalían de la pared, junto a una guadaña.

Recostado al marco de la puerta, Rai observaba como la llovizna se convirtió en un fuerte aguacero. La brisa fría golpeaba su torso, pero no le incomodaba. Su cuerpo no solía enfriarse con facilidad. El trayecto a pie también le ayudó a conservar el calor. El destino de la encomienda no era particularmente lejano, pero su aversión a los

caballos (sobre todo a los negros) le jugaba en contra. Había logrado recorrer distancias largas en corto tiempo, con tal de no subirse a un caballo. Un sueño lo atormentaba de niño con frecuencia, en donde una figura oscura montada sobre un caballo esquelético lo perseguía sobre un mar de arena.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando escuchó un fuerte ruido a sus espaldas. El granero era de dos pisos, pero una sola entrada. Estaba desarmado así que tomó la guadaña y se acercó al fondo del granero donde la oscuridad reinaba. Rodeaba el lugar por donde caía el agua con fuerza, debido a un agujero en el techo, cuando oyó algo parecido a un aleteo frenético y abundante. Levantó la mirada y miles de mariposas negras comenzaron a bajar del agujero en el techo, y al llegar al suelo caían muertas. Rai se arrodilló para tomar una y esta se hizo polvo en sus dedos. Sus sentidos comenzaron a tensarse. La tormenta, el ruido, las mariposas negras, sentía que algo no estaba bien.

Un grito de muerte resonó en el granero, giró con rapidez hacia la puerta cuando vio que de entre el heno se asomaba el brazo de alguien y debajo de este se había formado un charco de sangre. El sudor frío recorría su espalda mientras sus extraños ojos color violeta se dilataban. Se acercó con la guadaña en mano, levantando la mirada a ratos en busca del agresor al tiempo que le hacía saber a la víctima que se dirigía a auxiliarlo, pero al llegar, el brazo y la sangre desaparecieron, así como las mariposas y la tormenta. Rai tiró la

la guadaña, tomó su camisa y salió corriendo de ese lugar tan rápido como pudo. Sin siquiera permitirse un último vistazo.

Rai regresó a la finca sin aliento, con el corazón en la mano y la mente confundida. Cuando recuperó las fuerzas, contó a todos los que había sucedido. Muchos no le creyeron, interpretando el hecho como visiones a causa del sol de la mañana, un arduo esfuerzo y un desayuno muy ligero, sumado al hecho de su negativa a montar caballos. Los pocos que dieron crédito a sus palabras no pudieron dar fe ya que no fueron capaces de dar con el granero. Rai decidió dejar su trabajo en la finca y comenzar a labrar la tierra donde vivía. Su esposa murió tras el parto de su cuarto hijo. Un año después se casó de nuevo.

Fueron necesarios un par de años para que viera el fruto de su esfuerzo. La tierra fue compasiva con Rai y él fue capaz de sustentarse por medio de ella. A falta de caballo, tomó un buey manso y ligero, el cual utilizaba como medio de transporte. Sus nueve hijos (todos varones) crecían en fuerza y gallardía, y le ayudaban a cultivar la tierra. Atrás habían quedado los años en los que se quedaba hasta altas horas de la noche, con la excusa de trabajar en sus tierras, sin poder admitir que los sueños de la figura oscura sobre el caballo habían vuelto.

Una tarde cabalgaba a lomos de su buey en busca de unos ladrones que le estaban robando la cosecha. Le avisaron que los vieron huir hacia el sur, donde el arroyo se unía con el río. En medio de la búsqueda los sorprendió una tormenta. Era tan violenta, que sin entender cómo, Rai se separó de sus hijos. A pesar de la tempestad, Rai sentía que su ropa y su piel seguían secas. Cabalgó con paso lento a lomos de su buey hasta que dio con un granero abandonado. Nunca fue capaz de olvidarlo. Dudó por un momento si debía entrar, pero el temporal era desfavorable y los rayos arremetían con mayor frecuencia.

Estando dentro del granero todo parecía muy familiar, como si el tiempo se hubiese detenido esos diecisiete años. En el suelo había una guadaña, Rai la tomó luego de convencerse a sí

mismo que todo era parte de su imaginación. Que no era posible pasar por diferentes episodios de tiempo en un lugar por el que el mismo no pasa. Se forzó a guardar la calma y a entender que era necesario que se quedara unas horas en ese lugar hasta que pasara la lluvia. Se sentó sobre un banquillo con la guadaña en su regazo mientras era testigo de la voracidad del vendaval. De repente fue sorprendido por una manada de lobos grises que pasó a toda velocidad frente al granero. Espantado se incorporó de inmediato y trató de verlos con más detenimiento, pero los habían perdido de vista, sólo pudo escuchar el aullido lúgubre y aturdidor de una numerosa manada.

Sus sentidos se volvieron a tensar, era como si estuviera sucediendo de nuevo. Un ruido a sus espaldas llamó su atención, en medio de la paja algo se estaba moviendo, o quizás alguien. Con guadaña en mano se dirigió hacia el bulto cuando de este emergía una carcajada queda y pesarosa. Rai creyó que se trataba de uno de los ladrones y levantando la guadaña acertó con fuerza contra la paca. Un grito de muerte resonó en el granero al tiempo que alguien se desplomaba y dejaba ver una cabeza cubierta de una pelusa blanca. De entre el heno se asomó un brazo y se formaba un charco de sangre a su alrededor. Rai levantó la mirada al percibir que alguien corría desde el fondo del granero gritando que iba en su ayuda, pero nunca apareció. Rai miró al suelo en busca de su víctima y también había desaparecido, al igual que el aullido de los lobos y la tormenta. Con el miedo insertado en lo profundo de su mente, subió a lomos de su buey y cabalgó tan rápido como este pudo. Miró hacia el granero y seguía ahí, envuelto en un aura lúgubre y pesada. Sin darse cuenta estaba cabalgando con la guadaña en su mano, la cual soltó de inmediato.

Al llegar a su casa no fue capaz de articular palabra. Se sentía vulnerable, temeroso, desconfiaba de todo el mundo y creía que perdería la cordura. Su familia tuvo reacciones diversas, pero al notarlo tan perturbado, decidieron dejarlo descansar unas semanas en cama.

Los primeros días no era capaz de conciliar el sueño y cuando este lo vencía no era capaz de dormir más de dos horas. La figura oscura que cabalgaba sobre un caballo esquelético había vuelto a sus sueños. En una de esas noches el mar de arena había llegado a un fin, pero estaba cercado por un gran muro de cristal. Sus familiares lo visitaron e incluso enviaron curanderos y religiosos para confortar su alma perturbada.

Los años pasaron y su estado mejoró. Sus hijos habían formado familias y se encargaban de los cultivos y del ganado. Los sueños de Rai eran más tranquilos y era capaz de conciliar el sueño con relativa facilidad. La vida lo trataba con gentileza, pero el tiempo le pasó factura. Todas esas noches sin sueño y los primeros años de trabajo arduo hicieron que su cuerpo envejeciera con rapidez. A sus cincuenta y un años debía sostenerse con un bastón, le fallaban vista y oído, una joroba se montaba en su espalda y la memoria lo traicionaba. Su abundante cabello negro y lacio se convirtió en una pelusa blanca que adornaba su cabeza, y sus extraños ojos de color violeta adquirieron mayor profundidad y brillo.

Una noche de luna nueva, de esas en las que abunda el calor previo a un aguacero, Rai trataba de conciliar el sueño sin mucho éxito. En la madrugada abrió los ojos y encontró que en el marco de la ventana reposaba una lechuza. El animal ululaba con tanta dulzura que parecía un susurro que repetía inevitable. Rai se levantó de la cama sin miedos ni negaciones, tomó su bastón y esperó que el animal reaccionara. La lechuza volteó su cabeza con rapidez y con sus nueve ojos azules lo miró con mucho detenimiento. Sin emitir sonido alzó el vuelo, dirigiéndose al sur. Rai salió de la casa y lo siguió de buena gana, con una sonrisa en los labios, bailando en medio de la pradera y tarareando canciones que la misma lechuza parecía acompañar con su canto.

El ruido de una tormenta retumbaba en todas direcciones. Al poner tanta atención al animal, Rai cayó al suelo y perdió su bastón. Tanteando en el suelo sujetó un palo y se apoyó en él para erguirse,

percatándose al instante de que se trataba de una guadaña...la guadaña ¿Cómo es que te ha tomado tres veces el mismo hombre y aún no entiende nada? Dijo Rai a la herramienta como si lo hiciera a una vieja amiga. Levantó la mirada en busca de la lechuza y se encontró con un granero. Un suspiro atravesó sus pulmones mientras admiraba el granero tan escurridizo pensó al tiempo que emprendía la marcha y se adentraba en las fauces del edificio.

Una brisa fría se metía dentro de sus huesos hasta hacerlo tiritar. Sin pensarlo demasiado, colgó la guadaña en clavo de una hilera que sobresalían de la pared y se hizo un lugar entre la paja. La lechuza ululaba con ternura repitiendo la palabra sin que a Rai le perturbara. Adormilado recordó las travesuras de sus hijos, las mujeres que había amado y las caras de sus nietos, y no tuvo otra reacción que sonreír hasta que su alegría se manifestara en una carcajada. Todo parecía un sueño hasta que sintió en la espalda la hoja filosa de la guadaña. Un grito de muerte se le escapó de los labios desplomándose sobre el suelo mientras el charco de sangre se formaba a su alrededor. Escuchó el grito de alguien que venía en su auxilio y nunca llegó. La tormenta se desató con fuerza mientras en su mente se juntaban el aleteo, el aullido y el ulular en una melodía fúnebre que pacificaba su alma.

UN MINUTO

POR: OLGA C. MORETT

VENEZUELA

Allí, en plena avenida Bolívar, aparece una jirafa. Yo voy montado en un Malibú comido por el óxido rumbo al Hospital Universitario, donde mi madre agoniza desde hace un mes. Un animal de patas y cuello larguísimos, recortado de un safari, puesto en pleno corazón de la ciudad. El tiempo gotea. De pronto, los transeúntes se detienen entre el pánico y el asombro, sus pasos se fijan al pavimento y un peso vital los amarra a los hechos. Las madres afianzan el agarre de sus crías por puro instinto de protección. Los hombres aguerridos buscan sus armas para salir a defendernos. Los conductores aprietan, con ambas manos, el volante y pisan el freno hasta que casi lo quiebran. Se escuchan algunos impactos en el parachoques de los que no reaccionaron a tiempo. Y, por supuesto, los más jóvenes saltan a una transmisión en vivo para sus seguidores, quienes se van acumulando a borbotones desde todas partes del mundo. En fin, el mundo se detiene por completo, en un instante en el que algo ocurre que nos desarma la cotidianidad y nos obliga a quedarnos quietos. Un animal salvaje ha emergido, al parecer, desde la nada y se instala en medio del tráfico urbano, una maravilla para nuestros ojos embelesados, pero, sin duda, un elemento de peligro indomable.

El animal permanece también paralizado, como en un duelo a muerte, parece esperar la cuenta hasta tres para dar el próximo paso. ¿Saldrá corriendo? ¿Embestirá? Me doy cuenta de que no sé cómo atacan ni cómo se defienden las jirafas. ¿Quién ataca primero? Aquí hay unos leones que tienen fauces metálicas, quizás solo queda echarse a correr sin rumbo.

Lo primero que atino a hacer es sacar la cabeza por la ventana del taxi porque quiero verla mejor, necesito captar este momento para siempre. Así que me saco el celular del bolsillo y apunto. Tomo unas cuantas fotos. Ella quieta. ¿Por qué no echa a correr? ¿Qué la detiene? ¿Yo? ¿Yo la detengo? Y es que, aunque parezca más insólito que el hecho de tener una jirafa en una avenida como si fuera una sabana africana, la jirafa me mira. Ella me está esperando, pero yo sigo quieto en mi incredulidad. La realidad no suele moverse de esta manera, al menos no en mi vida. Cuando estoy por enviar las imágenes a mi hermano, me gana otro instinto, aunque sé que mi mamá agoniza en un hospital del centro y debo estar con ella de inmediato. Una jirafa suelta en la calle no me quita sus ojos plateados de encima. Entiendo lo que debo hacer como si algo me moviera en un escenario y yo solo pudiese responder a lo que me llama. Meto el teléfono de nuevo en el bolsillo y abro la puerta del carro. Me voy a bajar. La jirafa me necesita y yo necesito, con urgencia, encontrarme con ese animal. Tengo la certeza en el alma de que me está esperando para desarraigarme del suelo compartido por los demás. La jirafa es mía, aunque los transeúntes la perciben de otra manera.

El taxista intenta impedir que me aleje del carro. No entiende, la jirafa no lo ve a él sino a mí y a nadie más.

¿Cómo no adherirse a las paredes de la realidad que palpita auténtica a solo metros de distancia? Bajo por fin, cierro la puerta de golpe para cortar ese posible cordón umbilical.

Me entrego al ritmo de las pulsaciones animales que se acompañan con las mías, me vuelvo su marioneta, mi cuerpo solo obedece al ritmo impuesto por ella. Aquello que existe más allá de la jirafa es insignificante, se pierde en un destino mellado, alterado por los fragmentos del cosmos que llueven sobre nuestras cabezas. Cae el telón y somos ella y yo, una sola criatura del tiempo. Un animal musculoso, lejano a la fragilidad de los dibujos infantiles, barnizado de un color ocre con un patrón de manchas café que se distorsionan bajo los rayos del sol y parecen nubes unas veces y placas de metal nacaradas otras. Y sus antenas, cuernos que coronan su cabeza, de una trompa estilizada, y párpados a medio cerrar. ¿Cómo hablo con tanta seguridad sobre algo que mis ojos tocan por primera vez? Parece que al bajar de ese taxi, la racionalidad misma me ha abandonado. ¿O acaso recobro la cordura?

Me acerco a la jirafa con desesperación en los primeros metros, quiero correr para fundirme con ella. Sin embargo, los resquicios del miedo desaceleran mi paso y retardan nuestro encuentro. Mi ingenuidad me dice que puedo espantarla con mi cercanía, aun preso de la ilusión de que soy más poderoso que ella o que alguna vez tuve cierta potestad en el entramado del mundo. Una criatura espectral y salvaje se yergue delante de mí. Estoy ya cerca de ella. Estoy a punto de tocarla, cuando una mujer interrumpe nuestra danza, vocifera que me aleje por el amor de Dios. Los gritos de pánico de la gente me paralizan por un instante fugaz. Sacudo la cabeza como amuleto para volver al trance, pongo mi mano en el pecho y confío, sigo avanzando. El tiempo se extiende, cada compás es una eternidad expansiva. El sonido de la calle enmudece casi por completo. Alzo la mano avisándole que he llegado, que todo está bien. Enseguida, baja su cabeza a la altura de la mía. Me acurruca con su cuello, inhalo el aire que ella exhala, su corriente me acoge. Huele a tierra mojada y pulpa dulce. Su delicada ternura genera la confusión de los presentes al creer que estoy en peligro. Encuentro un sitio en su cuello como un niño que descansa de los juegos del día.

Cada vez que cuento esta parte, me interrumpen. Me dicen que estoy demente, que son imaginaciones mías y nada más, que en el video la cosa se ve completamente distinta y que estoy alterado por la agonía de mi madre. Algunos se han atrevido a asegurarme de que nunca bajé del taxi. La muerte de mi madre desaparece por completo cuando me acurruco en el abrazo de la jirafa. Ya no tengo que estar en ningún otro lado sino allí con ella.

Entonces, cuando aquello parece ser el universo al que cualquiera puede aspirar, la jirafa, ese animal que no suele emitir sonido, habla. Quisiera traducir lo que la jirafa me dijo, pero no fueron palabras, sino una conversación que aún no ha terminado. Estamos encerrados en aquel pedazo de tiempo sin lugar ni avance. Y yo no deseo ni puedo salir.

La jirafa estuvo allí estática, según los videos, poco más de un minuto antes de ser derribada por los disparos.

En ese minuto mi madre moría en el Hospital Universitario.

LAS FIESTAS DE YULNO

POR: ELIZABETH PRIETO PÉREZ

CUBA

Dito se levantó esta mañana con deseos de comer frutos de la bahía, no paraba de insistir en ello. En otra vida habíamos sido demasiado pobres como para permitirnos la fruta más de dos veces al año y solo si había un excedente al final de la temporada. Pero este año iba a ser diferente ya que anoche a Dito lo nombraron tirano. Madre no pudo dejar de llorar así que la apartaron de la comitiva real pero a mí se me permitió ocupar el puesto de cervatillo del tirano. Ser cervatillo significa que debo ir corriendo de aquí para allá por veinticuatro horas para satisfacer los pedidos más extravagantes del tirano electo. Era un cambio interesante de posiciones que el mismo Dito había señalado con una sonrisa socarrona. Era él quien como hermano menor iba por la vida haciendo todo lo posible por agradarme. Anoche cuando me dijo eso se me ocurrió por primera vez que no había sido un buen hermano mayor, pero ya no quedaba remedio y aquel no era el momento para pensar en las penas propias. Las fiestas de Yulno eran para todos menos para uno mismo.

Hace ya cien generaciones que nuestro pueblo derrocó al tirano. Un profeta sin nombre y sin rostro subió a la montaña que corona la cordillera blanca y allí vio escrito en las nubes los designios de Yulno quien por años había observado como su pueblo se doblegaba sin razón y amenazaba con destruir la tierra si no se restauraba sobre ella la justicia al termino de tres días y tres noches. Un día completo le tomó al profeta subir y bajar de la montaña y hablarle al pueblo sobre lo que había visto en su cúspide; de ahí que el primer día de las fiestas sea referido como el designio y a la caída

de la noche, en asamblea multitudinaria, se nombre al nuevo tirano. Un día completo duró el alzamiento de los hombres que llevó a la caída del tirano Myenes; de ahí que el segundo día de las fiestas sea referido como la myenedastia y a la caída de la noche se de muerte a la reencarnación del tirano. Y por último, un día completo fue dedicado en trabajos de reconstrucción y honra a Yulno, quien al ver a sus hijos luchar el día anterior, había dejado caer fuego divino que hería solo a los enemigos de su pueblo; de ahí que el tercer día de las fiestas sea referido como el descanso y a la caída de la noche se dispensen los ritos finales al dios.

La ciudad entera estaba abarrotada de motivos celebratorios que iban desde carteles que ocupaban fachadas completas hasta los iconos más pequeños que representaban al profeta, la montaña y las llamas purificadoras de Yulno. Las calles estaban más limpias que en ningún otro momento del año, los tejados desgastados durante la temporada de tormenta habían sido reparados y la madera de las puertas brillaba como nueva. Aquella era la época en la que se sacaban de las casas los trastes viejos y las ropas desgastadas.

Una vez que llegué a la plaza mayor, donde los puestos de comercio se congregaban a esas horas, hubo quienes reconocieron mi uniforme y me facilitaron el paso, pero el lugar estaba tan rebosado que aun así fue difícil atravesarlo. Después de una hora de búsqueda encontré los frutos en uno de los extremos de la plaza. Una señora de piel tostada y ojos pequeños estaba sentada sobre la caja refrigerada en la que guardaba los que probablen-

emente eran los primeros frutos en subir desde la bahía aquella temporada. Me quité la caja de madera que llevaba sujeta al pecho y le pedí que echara en ella todos los frutos que cupieran.

En el castillo todos corrían de un lado a otro asegurándose de que los últimos detalles estuvieran en su lugar, por las ventanas del segundo piso salían las notas de la banda que ensayaba la pieza tradicional y en el patio interior los bailarines repasaban su coreografía. De todas las superficies tocadas por el sol colgaban las telas blancas recién lavadas que aquella noche iba a utilizar el cortejo del tirano. Dito esperaba en la sala del trono mientras jugaba una partida de cartas con algunos de los guardias. En otra época aquellas salas imponentes habían estado repletas de signos de la realeza: cortinas de bordados riquísimos, arañas de diamantes y estatuas talladas en mármol. De aquel esplendor solo perduraba el cuento. Hacía mucho tiempo que en el castillo solo quedaban las comodidades mínimas para albergar una vez al año al tirano y a su cortejo.

La guardia que acompañaba a Dito era como todo allí, ceremonial. Nunca un sacrificio había intentado escapar de su deber y mi hermano no iba a ser el primero. “Te tomó tiempo, ¿encontraste alguno?”, preguntó Dito cuando entré en la sala, yo le mostré el contenido de la caja y él se dirigió a una de las sirvientas que esperaba de pie a sus espaldas. “Palma, apúrate y trae plato y cubiertos antes de que me los coma con las manos”. La muchacha salió corriendo a la cocina y Dito me miró con una sonrisa traviesa, “no se puede perder la clase”.

Después de ser nombrado tirano y a pesar de tener a su disposición todos los recursos del gobierno por veinticuatro horas, aquellos frutos eran lo único que Dito había pedido. Era extraño ver de primera mano cómo debían doblegarse todas las voluntades alrededor de alguien y más todavía cuando ese alguien era mi hermano pequeño, quien, a pesar de ser una de las personas más ordinarias que había tenido el placer de conocer, ahí se encontraba, recibiendo una deferencia justificada solo por un golpe del azar.

Mientras esperábamos por que volviera la sirvienta lo observé sin que él me dirigiera ni una sola mirada y no pude evitar sentir un escalofrío al pensar en lo que podría hacer Dito con aquel poder si no fuera el muchacho humilde que nuestra madre había criado. Una vez al año, de entre los hijos de mi pueblo, uno es escogido para ser sacrificado. No para honrar a un dios, como piensan algunos extranjeros que vienen desde lejos a observar nuestras costumbres, sino para que nos sirviera a todos de recordatorio.

Al caer la noche me despedí de mi hermano y bajé del castillo a tomar mi puesto entre la multitud. Las antorchas que recorrían la calle principal desde la salida de la antigua fortaleza hasta la plaza mayor creaban un camino de luz que nos separaría del cortejo. Por aquella vía iluminada bajaron danzando los primeros bailarines vestidos ya con sus ropas blancas, el resto se arremolinó alrededor del tirano cuando este salió del castillo. Mientras tanto la banda los seguía por los flancos marcando el ritmo de la procesión con los tambores. Por ser hermano del tirano me había sido reservado uno de los mejores puestos, desde allí vi como las batas blancas atravesaban la ciudad oscura bajo la luz de las llamas hasta llegar a la plaza mayor, de la que habían sido retirados los puestos de venta al terminar la jornada de la tarde para construir el escenario sobre el que estaba destinado a culminar la ceremonia.

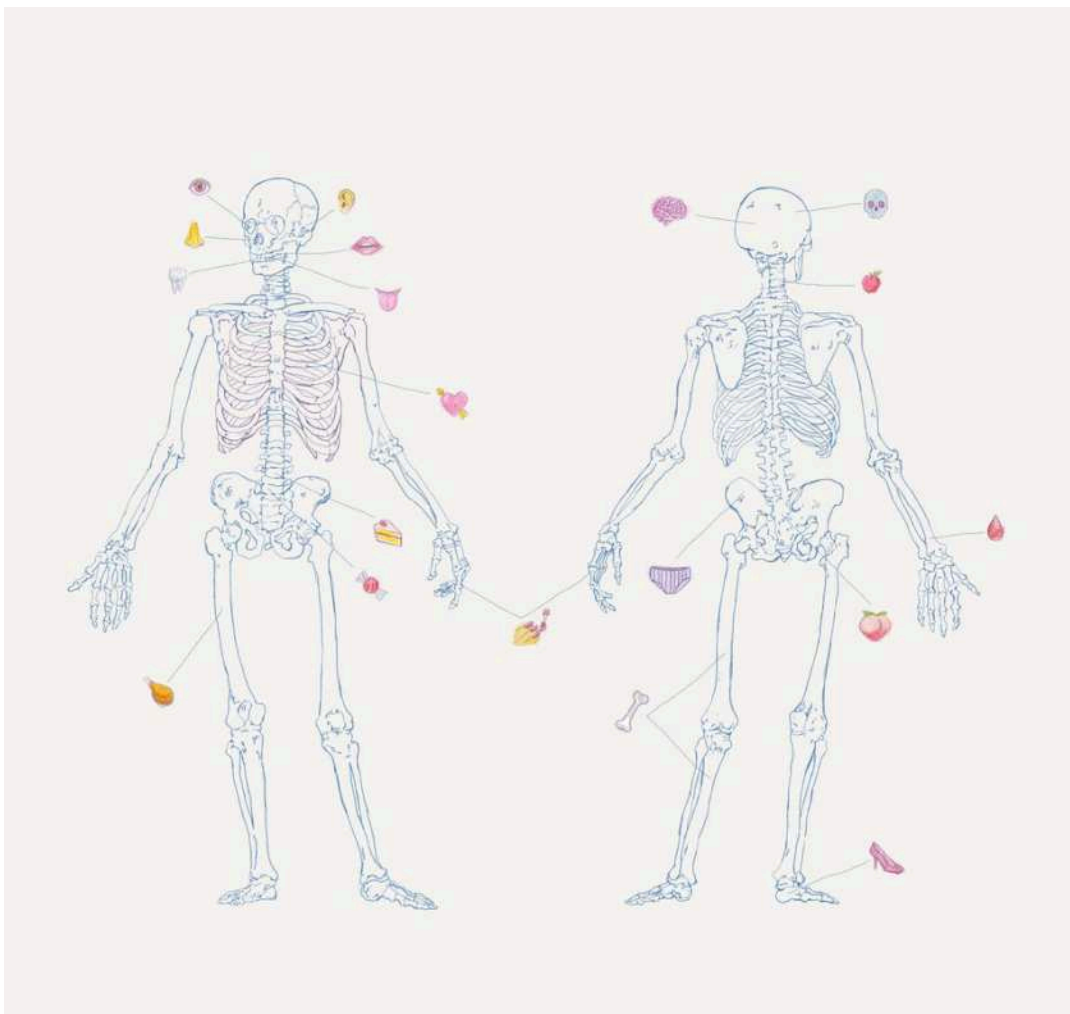
Los tambores se plantaron alrededor de la tarima circular y los bailarines ocuparon el espacio libre entre estos y el público. El tirano subió al escenario acompañado de su guardia blanca. Por último, la procesión la cerró el portador del cuchillo, quien los había seguido todo el tiempo unos pasos por detrás con la cabeza cubierta bajo una capucha. Era esa la otra posición que se otorgaba a lazar durante el designio. Una vez sobre el escenario la guardia pretendió luchar por someter al tirano en una coreografía que ya había visto en otras ocasiones pero que esta vez, quizás por tratarse de mi hermano, me pareció más real. Mientras esto sucedía los bailarines continuaban dando vueltas y de entre la multitud se alzó el

murmullo que debía acompañar aquella parte de la ceremonia. Al final la guardia terminó por someter al tirano y el encapuchado, aprovechando el clímax, le pasó el cuchillo por el cuello y sacó de debajo de su bata un cuenco en el que recolectó la sangre. Con ella procedió a marcar los uniformes blancos de los guardias y después bajó de la tarima para hacer lo mismo con el resto de la procesión que no paró nunca de tocar y danzar. El ejecutor que representaba a la masa contenida detrás de la barrera de luz, recorrió la circunferencia salpicando los rostros de aquellos que se encontraban al frente. Todavía con la sangre de mi hermano manchándome el rostro pude ver como del castillo bajaba la otra parte del cortejo a recoger su cuerpo y llevárselo colina arriba.

No quería quedarme encerrado en la casa durante el descanso con madre que no paraba de llorar, pero tampoco tenía otro lugar en el que estar, habiendo sido sacrificado el tirano ya no se me permitía estar en el castillo. Así que recorrí sin pausas las calles de la ciudad en espera de que llegara la hora de la cena. En la tarde algunos de los puestos de comida volvieron a ocupar su lugar en la plaza mayor, dejando espacio en el centro para la mesa ceremonial que los cocineros del palacio ocuparon en la noche. Desde allí repartieron pedazos pequeños de la carne del sacrificio a todos los que se acercaron. Esta era la única vez del año que mi pueblo tenía permitido comer carne. Una pequeña recompensa que Yulno nos había concedido.

María Adelaida Cárdenas
Colombia

Esta pieza busca el significado de lo ignorado y lo cotidiano, revelando que la forma en que curamos imágenes sobre la muerte y la fantasía puede convertirse en un punto de exploración al desintegrar diversos fragmentos de la cultura material. Creo que esta perspectiva resuena con el llamado de la mano que entrega, que permite reconsiderar lo fantástico más allá de las fronteras doctrinales: a ubicarlo en los espacios donde las historias personales se conectan, donde las prácticas culturales se superponen y donde lo familiar se vuelve extraordinario. A través de esta pieza, busco ampliar el debate sobre dónde persiste lo fantástico hoy, silenciosamente arraigado en las huellas materiales que heredamos, transformamos y conservamos.



LA ESFERA

POR: PENÉLOPE GAMBOA

COSTA RICA

—No debemos estar aquí.

El capitán frunció el ceño y con un dedo me indicó que no escribiera nada de aquello. Guardé la pluma y el cuadernillo en mi morral, aunque por supuesto moría por grabar esas palabras tan ominosas en el papel.

—¿Por qué lo decís, Pablo?

—Este lugar es sagrado, no debemos estar aquí.

—Sois un cobarde creyencero, no es más que una gran roca.

Pablo la miró y se persignó tres veces, mientras murmuraba unas palabras en la lengua de su madre. Era un mestizo criollo que sabía hablar varios idiomas de los indios, incluido el de las tribus del sur de esa tierra en la que andábamos, esa que Colón llamó “la costa rica” y de la que poco se conocía; pero supersticioso como él solo.

Los otros hombres se persignaron más por costumbre que por miedo. Los movía el ansia de oro, el cual nos habían dicho, abundaba en aquella zona a la que nos dirigíamos. Con excepción del capitán Juan Vázquez de Coronado, el mestizo Pablo y yo, un misionero franciscano, eran un grupo de brutos que solo tenían en mente matar indios, forzar indias y robar todo el oro que encontraran.

Llevábamos más de una semana soportando las inclemencias de la selva, el clima y los extraños animales de esta tierra, sin ver nada más que verde y más verde. Como también nos dijeron que los indios del sur eran belicosos, íbamos muy bien

aprovechados de arcabuces, balas y espadas roperas, pero nunca nos topamos con alguno, y los hombres ya pensaban que las historias del oro no eran más que cuentos de hadas. Hasta que nos encontramos con esa roca.

Era enorme, muy ancha y totalmente esférica, como Fernando de Magallanes había probado que era el mundo. Cuando la vimos por primera vez nos costó creer que semejante perfección existiera dentro de la naturaleza.

—Esto no es obra de la naturaleza, esto es obra de indios —nos dijo Pablo.

—¡Tonterías! —exclamó el capitán. —Unos salvajes jamás podrían crear algo tan perfecto como esto.

—Subestimáis la inteligencia de los indios de esta zona, capitán. Mi madre me contaba que son maestros en labrar la piedra y el oro.

—Hasta que no vea a algún indio con rocas u oro no creeré en ninguna de vuestras historias.

—También me contaba que para ellos la piedra es sagrada.

—¿Más que el oro?

—Sí, por eso tenemos que alejarnos de aquí. Este lugar es sagrado y no debemos profanarlo.

El capitán se pasó la mano por la barba varias veces, la misma postura que adoptaba si quería pensar en algo. Cuando el sol llegó a lo más alto del cielo ordenó a sus hombres que movieran la roca, motivado por la idea de que si ese lugar era sagrado quizás hubiera ofrendas de oro enterradas

bajo *ella*. Los únicos que no participamos en la operación fuimos Pablo, demasiado asustado para acercarse a la roca, y yo, que estaba ocupado documentando la hazaña. Requerí la fuerza de todos ellos para moverla unos metros. No había ofrendas debajo, pero sí un rectángulo hecho con rocas circulares.

—¡Es una tumba! —exclamó Pablo, persignándose una y otra vez con una velocidad que juzgué excesiva.

—¿Cómo lo sabéis?

—Los indios acostumbran enterrar así a sus muertos.

—¿También los enterraban con oro?

—Sí, dependiendo de su rango.

El capitán ordenó a dos hombres que empezaran a cavar la tierra. Protesté de inmediato, ya sea que hubiera oro o no ahí abajo, me parecía un sacrilegio abrir una tumba, incluso una pagana. Nadie me hizo caso, a todos ellos los cegaba la avaricia. Pablo murmuró una larga frase en el idioma de su madre, no supe si era una oración de protección o un insulto a todos nosotros.

Y justo cuando el sol ya caía en el horizonte apareció ante nuestros ojos lo que se hallaba bajo la roca. El capitán me miró fijamente y volvió a bajar sus ojos hacia *ella*.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo, padre? ¿Mis ojos no me engañan?

—Sí, capitán, estoy viendo lo mismo que vos

—dije en voz baja al tiempo que me persignaba.

Dentro de la tumba había una mujer joven, puesta plácidamente entre vasijas, estatuillas antropomorfas y una gran cantidad de armas de indios. Todo su cuerpo estaba cubierto de tatuajes y el pelo negro y la tez morena la delataban como una india más. Lo más curioso de todo, y lo que hizo que Pablo temblara de la cabeza a los pies, es que no mostraba ningún signo de descomposición, como si hubiera sido enterrada esa misma mañana.

—Esto es malo, ¡volvedla a enterrar! —gritó Pablo y por primera vez estuve de acuerdo con él.

—Revisadla primero, quizás tenga oro —ordenó el capitán.

Un hombre la palpó, le dio la vuelta hacia un lado y hacia el otro y negó con la cabeza. Los demás hombres comenzaron a protestar, cansados por la faena y furiosos de ver que en esa tumba no había ni un gramo de oro, así que el capitán les ordenó que descansaran y comieran algo por esa noche, mientras él decidía qué hacer con la tumba y su misteriosa ocupante. El campamento fue armado ahí mismo, a pocos pasos de ella.

Ya bien entrada la noche escuché pasos y me levanté de mi hamaca a ver qué pasaba, todavía medio dormido. Vi que varios hombres se encaminaban hacia la tumba y tomé un candil para seguirlos. Con ayuda del fuego distinguí sus rostros lujuriosos y me di cuenta que, a falta de indias vivas, iban a saciar sus bajos deseos con una muerta, entonces corrí hacia ellos con el fin de evitar que cometieran un pecado más grave que la exhumación.

—¿Qué vais a hacer, por Dios?!

—¡Vamos, padre, no seáis aguafiestas! ¡Mira qué india más hermosa! Todos tendremos nuestro turno con *ella*.

—¡Vais a condenar vuestras almas!

—Hay espacio para vos, os hace falta una buena follada.

—¡Es un pecado! ¡Dejadla en paz!

—Más pecado es no follarla, esta infiel no tuvo dentro una verga cristiana en vida, ¡que la tenga en muerte!

Uno de los hombres saltó dentro, se bajó los calzones y se acostó encima de *ella*, listo para realizar aquel acto que me parecía tan abominable. Cerré los ojos de inmediato y volví a persignarme, temblando de la cabeza a los pies como el mestizo Pablo. Un grito horrible me hizo abrirlos de nuevo y acercarme más a la tumba. Con el candil iluminé el interior y de mi boca salió un alarido similar al que había escuchado.

—¡Por Dios!

El hombre que se había bajado los calzones yacía inerte sobre ella, su cabeza separada de su cuerpo, como si algo se la hubiera arrancado de tajo.

Un torrente de sangre manaba del cuello, tal cual manantial, y lo que me hizo gritar no fue esta imagen, sino ver que *ella* tenía abiertos los ojos y estaba bebiendo la sangre del bruto que iba a profanarla. Me quedé paralizado, observándola beber y beber con la avidez de alguien que no ha visto agua en días, hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Entonces gritó, o mejor dicho chilló, porque estoy seguro que ninguna garganta humana es capaz de hacer el sonido tan agudo que hizo *ella*.

Los otros hombres que estaban alrededor de la tumba y que también habían sido testigos de la escena que yo presencié, corrieron espantados, gritando como alma que lleva al diablo. *Ella* arrojó el cuerpo del bruto hacia un lado, tomó su cabeza y saltó fuera de la tumba. Ambos quedamos frente a frente durante un minuto aterrador en el que, tengo que confesarlo, casi me orino de miedo.

Era muy alta, incluso de más estatura que el más grande de los hombres de la expedición. Algo en su mirada penetrante hizo que me diera cuenta que estaba ante una entidad sobrenatural, el rostro, pelo y piel de india no era nada más que un disfraz que ocultaba su verdadera naturaleza. Y fue este último pensamiento el que me obligó a alejarme de ella para salvaguardar mi vida.

—¿Qué es todo ese jaleo, padre? —me preguntó el capitán, quien se había salido de su tienda al escuchar los gritos de los hombres.

No pude responder, tan solo atiné a señalarla con una mano y con la otra decirle que huyera. El capitán levantó su candil en esa dirección y vi cómo sus facciones se retorcieron de horror. *Ella* lo miró del mismo modo en que me había mirado a mí y volvió a proferir un chillido. Ambos comprendimos al instante que teníamos que correr. Con ayuda de mi candil y el del capitán logré divisar un árbol enorme a unos cuantos metros y le grité a él que nos escondiéramos tras su tronco. Desde ahí pude ver al mestizo Pablo correr hacia el interior de la selva y perderse en la oscuridad. *Ella* caminó hacia un hombre que estaba escondido tras unos matorrales y lo decapitó con su mano, después tomó la cabeza y se bañó con la sangre

que manaba del cuello cercenado. Lo mismo con otro y otro desdichado.

El capitán alzó su arcabuz, el arma del cual nunca se separaba, y con la otra mano me indicó que iluminara en dirección a *ella*. Obedecí motivado por el instinto de sobrevivencia, pero en parte escéptico de que una bala fuera capaz de matarla al igual que estaba haciendo con el resto de hombres que gritaban, rezaban y se cagaban antes de ser decapitados. Tal y como lo pensé, el disparo no la mató y a los dos no nos quedó más remedio que persignarnos y esperar nuestro final.

Cerré los ojos y me hice un ovillo en el suelo, escuchando los gritos de los hombres mezclados con los chillidos de ella. Permanecí así durante muchas horas, pidiéndole al Altísimo que me dejara regresar a mi querida España o al menos no morir en esa selva perdida de Dios. Cuando los abrí ya era de día y el capitán, quien también se hizo un ovillo junto a mí, señaló con su dedo.

—¿Cómo es posible...?

La roca que tanto costó mover estaba en el mismo lugar donde la encontramos, rodeada de los cadáveres de los hombres como sacrificios colocados para apaciguar su furia por haber sido removida. Y de *ella* ni rastro alguno. Aquella visión fue suficiente para hacernos correr selva adentro.

Anduvimos por tres días, soportando la sed, el hambre y el cansancio. Al tercer día fuimos capturados por un grupo de indios del sur y llevados a su reino. El capitán consiguió comprar nuestra libertad a cambio de su arcabuz y se dedicó a registrar sus costumbres, pero no escribió nada acerca de la roca, *ella* o el destino fatídico de sus hombres. Tal y como lo dijo el mestizo Pablo, ahí había mucho oro.

Yo, por mi parte, no me quedé contento con la omisión del capitán y registré en mi cuadernillo nuestra horrible aventura. No hay un día en que no piense qué era exactamente *ella*. ¿Una deidad, el espíritu de la roca o algo más siniestro? Lo cierto es que las selvas de esta tierra que recién estamos explorando esconden misterios, lugares sagrados que el hombre, ya sea cristiano o pagano, no debe

profanar o de lo contrario no vivirá para contarlo.

ORDEN DE PRIORIDADES

POR: PACO FERNÁNDEZ

ESPAÑA

Horrizado vio como la planta estaba devorando a su hijo. Solo se veía una pierna en la parte superior, casi en el interior de una especie de boca dentada. Colgando se podía apreciar uno de los bracitos semi amputado que aún expulsaba con una presión considerable un chorro de sangre. Los ácidos gástricos habían disuelto prácticamente al crío. Alrededor de la planta, sangre y vísceras burbujeantes y aún con leves espasmos de vida. Del interior, un sonido gutural y líquido, como de una olla hirviendo mezclado con el crujir de maderas podridas. El padre, afamado botánico, había estudiado obsesivamente durante años esa extraña planta que sólo era posible hallar en un lugar remoto y apartado de una selva poco explorada. Consiguió en el mercado negro uno de los pocos ejemplares que existían. Sabía de su voraz apetito carnívoro, pero nunca imaginó que la carne humana estuviera dentro de su régimen alimentario.

La planta dejó de agitarse. Regurgitó un zapato y parte del pantaloncito corto del pequeño. Entró en algo similar a un letargo. Las hojas y una especie de ramas carnosas parecidas a tentáculos detuvieron su frenética actividad y ahora languidecían relajadas. Aún en shock, se acercó lentamente, como cuando alguien no quiere despertar a un recién nacido. Tocó la inmensa parte bulbosa que se erguía en el centro de la planta. Apoyó su mano en la superficie y sintió un extraño palpitar, unos golpes rítmicos similares a latidos. Armándose de valor rodeó la planta con sus brazos todo lo que pudo, en una especie de abrazo monstruoso. Con su cara firmemente apoyada contra la aberración vegetal pensó: «Espero que tenga una buena digestión».

EL SONIDO DE AFUERA

POR: FELIPE JARA

CHILE

La tarde está tranquila, calurosa, húmeda y agotadora, como cualquier otra. Manuel deja las llaves, la billetera y los lentes en la entrada. Busca comida, no hay. Se tira en la cama, un pequeño momento de relajación, quizás una siesta, pero hace mucho calor, quizás una ducha y retirarse toda la humedad asquerosa, pero la tarde ha sido muy agotadora. En la cama, mirando hacia arriba, los brazos intentando ocultar la luz que se retira por el horizonte, respira tranquilo.

La Mima lo recibe emocionada, le lame los dedos, feliz de que el aburrimiento de la soledad se haya acabado. Manuel la recibe entusiasmado, no está. La costumbre. La costumbre que se resiste a irse, el otro día incluso cargó con más de diez kilos en el hombro solo para recordar que era solo la costumbre. Mucha comida desperdiciada, era de las pocas que a la Mima aún le gustaban.

Los pensamientos se van disolviendo poco a poco, los ojos se cierran progresivamente y las imágenes del sueño comienzan a aparecer. Imágenes interrumpidas de manera inesperada, un sonido, un pitido suena afuera en la calle. Suspira, un poco molesto por la interrupción, intenta volver al mismo estado pero el sonido perturba demasiado. El techo otra vez, el escenario de todas las noches y todas las tardes sin poder dormir. Ya van cinco minutos, piensa. Mira su reloj, van solo dos. Ya van diez minutos, piensa. Vuelve al reloj, van veinte. Levanta con complicaciones el peso de su cuerpo, nada se ve desde la ventana, todo normal: un auto estacionado donde no debería, los semá-

foros cambiando de rojo a verde ante ningún auto, ningún peatón por la calle. Ninguna señal que indique de donde proviene el sonido, solo está, impidiendo su descanso.

Cierra la ventana, recuesta la cabeza y reproduce sea lo que sea que pueda distraerle. Los audifonos son algo molesto al intentar dormir, pero al menos bloquean algo el sonido. Sus ojos se cierran, pero no llegan las imágenes, el sonido continúa ahí afuera.

La comida está algo caliente, se espera un rato para poder comer sin quemarse, la sopla para entretenerse por mientras. No fuiste a trabajar hoy, pregunta Isabel, mirándolo con sorpresa al sentarse en la mesa. No po, contesta. Su plato expele mucho vapor, pero se lo come sin problemas, fiel a sus gustos, de comer todo muy caliente. Ayer tampoco fuiste, interrumpe el silencio tras unos instantes. No puedo ir allá pue, contesta con indiferencia, muy concentrado en su plato. Isabel recuerda con cierta decepción. Cierto, piensa, se me olvida, dice.

Que molesto el sonido oye, con algo de comida en el labio, por comer tan rápido. No sé que onda, dice Isabel, con los ojos mirando al ventanal. ¿Tú mamá?, limpiándose la comida con su servilleta. Está acostada, dice que no se siente muy bien. Comienza a comer su comida, que ya se encuentra a la temperatura que le gusta. Que raro, se veía bien en la mañana. Se bebe el vaso a su lado de una tirada, al dejar el plato vacío.

Si, si la vi levantada en la mañana, le contesta, pero como que ahora se siente medio mal, los dolores de cabeza deben ser nomás. Se levanta pesadamente de su asiento: ya, te dejo solita, tengo que hacer unas llamadas, que estos escogen las peores horas pa acordarse de trabajar. Le besa la cabeza con suavidad. Estaba rica la comida, dice. Ella contesta con una sonrisa sutil, mientras continua con su plato.

Se acerca al ventanal, la mesa ya sacada y ordenada. Observa con atención, buscando, pero no encuentra nada. De donde viene, si no hay nada afuera, se pregunta. Cierta incertidumbre la ahoga, no sabe si estar preocupada, no se parecía a nada que hubiera escuchado antes, aunque daba lo mismo a qué se pareciera, el punto es que era molesto. Cierra la puerta de la pieza, cierra la ventana, intentando aplacarlo un poco, pero igual se escucha bien en el fondo. Que lata, piensa.

Oye me tiene chato esta weá. Mario se hace como el que no le escucha, intentando concentrarse en sus asuntos. Por qué nadie dice nada weón, como si se escuchara en este puro departamento la weá. Reclama voh po, contesta con cierta agresividad, intentando hacer que se calle.

José prende el cigarrito que llevaba minutos entre sus dedos, cierra el ventanal del departamento para que no entre el humo. Llevaba un par de días sin fumar, por lo que pudo sentir un mareo algo incómodo pero placentero a la vez. Se deja llevar por el momento, cierra los ojos y respira.

Absorto en sus leves efectos, una figura lejana llama su atención, luego otra, luego otra. Abre el ventanal. Parece que al final si le molesta a la gente po, igual hay hartos weones mirando pa fuera. Concentrado en el computador, le hace señas, pidiendo que se calle. José le da una nueva calada al cigarro y observa las vacías calles. Piensa, que raro se ve. Observa a las personas mirando por sus ventanas, pareciera que todos miran ahora, pero todos desde las ventanas, las puertas se mantienen cerradas, piensa.

Entra tras apagar el cigarro. Se sienta frente a Mario, que justo dejó el computador a un lado.

Cómo vas con eso, pregunta José. Bien igual, pero el pitido ese igual incomoda caleta, contesta. José, mirando a la nada por unos segundos, le dice demás que alguien encuentra qué onda dentro de nada, tranquilo nomás. Saca su cajetilla algo arrugada de su bolsillo y le ofrece a Mario, ambos salen, cerrando el ventanal tras ellos.

Mirando hacia el techo intenta cerrar los ojos, como todas las tardes, la siesta de todas las tardes, que hace mucho no se logra concretar. La música logra bloquear gran parte del estrés externo, logra hacerlo olvidar de todo lo malo, al menos por un tiempo. Incluso la Mima ya no se le aparece con emoción a lamerle los dedos, pero el sonido, aún presente... Al menos se escucha un poco más distante.

Se levanta y mira por la ventana. A lo lejos, varias personas miran a través de sus propias ventanas, apoyadas en sus balcones o atentas fumando desde las terrazas. Las calles, vacías, como no. Igual que su cama. La ida de la Mima ya parecía no dolerle mucho, pero la soledad de las calles no hace más que recordarle lo solo que su departamento se encuentra. La cama llevaba meses, quizás años sin soportar nada más que mi peso por las noches (y la Mima a veces), piensa. El pitido por su parte, no hace más que recordarle que no tiene sentido quejarse, si bajara a la calle no encontraría más que soledad. De todas formas no bajaría, no recuerda haber bajado en un tiempo, para qué, está vacío, y el pitido...

Era mejor no ponerse a pensar en ese tipo de cosas, por eso los audifonos siempre alivian un poco.

Su familia debía extrañarlo, piensa. No sé que es de ellos. Debería llamarlos, piensa. Es solo que el pitido de todas formas impide que se acuerde de ciertas cosas. Todo el día pensando en ello. Se siente mal de olvidarse de ellos por algo tan banal, pero se le hace imposible no hacerlo.

Suéltame un poquito, que me dio calor, le dice con su voz suavcita de siempre. Suspira, estirándose lo máximo posible en la cama, pegándole un poquito en la cara para molestarlo nomás.

Julio ríe, se estira también, pero esquivándole esta vez a ella. Suspira de nuevo, me tiene con dolor de cabeza esta cosa, le dice Patricia. Pregunta: el sonido. Si po, contesta, y el calor este. Yo ya ni lo pescaba. Yo también, pero en la noche como que me molestó, me levanté como tres veces. Si caché. Además que tu erí muy caluroso... Y roncai mucho, dice con una sonrisa maliciosa en el rostro. Patricia se levanta, se peina el pelo despreocupadamente con las manos, tocando el sudor entre el pelo y el cuello. Tantea entre la ropa del suelo, toma el vestidito viejo que le gusta tanto por ser tan fresco. Me dio hambre ¿querí comidita? De nuevo no fue a trabajar, piensa, ya lleva caleta sin ir. Oye de nuevo me sentí medio mal en la mañana, dice la mamá, voy como semana por medio con esta estupidez. Te hai ido a revisar, pregunta el papá con un poco de comida en el labio. Isabel le señala para que se limpie. No comas tan rápido, te hace mal, en especial si está tan caliente la comida, dice la mamá. Es que tengo una llamada en nada con estos desgraciados, me podí decir la hora porfa, le pide. Isabel se levanta, desde la cocina grita, diez para las tres. Hace un movimiento con la cabeza, como con rabia, (siempre lo hace cuando se enoja) y con mucha flojera en el interior. Me tienen terrible chato estos weones. La mamá: ya, no digai garabatos en la mesa, si sabes que no me gusta. Además este ruido que nadie hace nada por la weá, ¿que nadie va a revisar que pasa o qué?. Ya, pero calmate un poquito pue, contesta. El padre calla, termina su comida con calma justo cuando el teléfono comienza a sonar. Se levanta, silencio en la mesa por unos segundos, solo el ruido de los servicios de la madre al comer y el incesante pitido. No vas a comer, pregunta tras tragar. Isabel mueve lo que queda en su plato con el tenedor, mirando a algo que pareciera no estar en ningún lugar. No tengo mucha hambre, dice, pero si voy a comer. Te sientes bien, pregunta. Si. Segura, otra pregunta. Asiente. Yo me he sentido super mal. Nada. A puros dolores de cabeza Isa, no te imaginai, y como que me siento cansada a cada rato. Nada, de nuevo. Estaba pensando cambiar las ventanas por

esas de termopanel, dicen que tapan todo el ruido de afuera. . . Pero son muy calurosas, apenas soporto el departamento y lo voy a hacer más caluroso, no sé. Isabel le sonrío. Estaba rica la comida mamá. Un beso en la mejilla y directamente a la pieza.

Mamá se me enfrió. ¿No se la puede calentar usted? La profé nos dijo que hiciéramos grupos, pero se le cayó la conexión y estuvimos esperando como diez minutos a que volviera. Mamá ¿cuánto rato la dejo? Pero luego la profé canceló la clase. Anda viendo tú pue. Mamá me duele la cabeza. ¿La toco? Con cuidado si. Mamá la familia del kike también dice que escuchan el ruido. Mamá el plato está muy caliente. Parece que todos se han quejado por la cosa esta. Mamá ayúdame, yapo. Te traigo un paracetamol. Es que me da miedo tragarmelo. Ya voy, anda a sentarte.

Llevo como una semana sin fumar weón. La tele está prendida, ambos comen sin ponerle atención. No podí ir a comprar, pregunta. No sé. Mario mira la hora tras tragar lo último de su almuerzo, al dejar todo en la cocina se sienta en el comedor frente al computador. No había un vecino que vendía tabaco, pregunta. Hace una mueca, transmitiendo desconocimiento del tema. Quiero fumar weón. Igual como que estabai fumando mucho, en una de esas te viene bien esta weá. Voh mismo. No, yo no tanto.

Terminando Mario, vuelve a sentarse en el sofá. Cómo van las clases, pregunta José. Fomes, pero están bien, igual cuesta escuchar lo que dice el profé de vez en cuando. José continúa viendo la tele pero en todo aquel rato pareciera que estuviera mirando algo detrás de ella que la pantalla le impide ver, pero es demasiado flojo para mirar más allá. Ya arreglaste la play, pregunta Mario. No, parece que las cagué más. Silencio. Puta y justo se echa a perder ahora weón. Si querí te presto un libro que tengo en la pieza, igual es entrete. No, igual gracias, pero soy entero malo pa leer.

José sale a la terraza, Mario lo acompaña, no cierran el ventanal esta vez. La ciudad sigue igual que los últimos meses, que pareciera ser siempre

ahora, las ventanas ahora están cerradas, de vez en cuando salen personas a ver que hay de nuevo en el exterior, si hay algo que pueda generar algún tipo de cambio, pero a esas horas las ventanas se mantienen cerradas, lo máximo posible.

Igual hay algunas pegas que se pueden hacer desde aquí, podría buscar. José continúa mirando al exterior, como ignorando lo que Mario le dice, a pesar de que sus palabras le resultaban algo interesantes de todos modos. Hace cualquier calor, dice, mejor vamos pa adentro. Mario entra primero, José cierra el ventanal. Cuál era el libro que tenías, pregunta.

Si caballero, no hay problema, disculpe no le escucho, que no le escucho, si, si podría cerrar la puerta sería estupendo, muchas gracias, si ahí mucho mejor, perdón es que tengo malo el internet, chuta disculpe en seguida reviso. Tras silenciar la reunión, Mónica, mirando el router opta por apagarlo y volverlo a encender, no tiene sentido intentar hacer algo más si sabe que no conoce mucho sobre el tema. Ya, mejor, gracias por la espera, déjeme cerrar la ventana yo ahora, ¿le molesta el ruido del ventilador?, disculpe, es que con este calor es imposible andar con la ventana cerrada, pero es lo que hay.

A las siete de la tarde comienza a hacer un poco más fresquito, es rico salir afuera, pero solo desde la terraza. Algunas cabezas, algunos cuerpos se asoman a aspirar un poco de aire fresco. Las calles continúan vacías, el ruido no cesa. Forma parte de la tradición ya de todo el que se asome aunque sea unos pocos minutos por la tarde, el buscar, el preguntarse si alguien o algo estará haciendo algo por detener el incesante pitido, pero ya cada vez parece menos ruidoso. Los dolores de cabeza continúan, las ventanas se mantienen cerradas, pero la esperanza real de que alguien llegué y detenga mágicamente aquel sonido de procedencia desconocida ha dejado de ser esperanza, para ser tradición. Pronto se detendrá, algunos aún mantienen cierta positividad, otros solo ven el silencio como una posibilidad, no como algo que valga la pena esperar, sino como algo que si sucede será un gran alivio, pero de lo contrario, no

hay nada que hacerle.

Mirando hacia el techo, el sueño aún es incapaz de asomarse lo suficiente. Sigue sin ir a trabajar, quizás ya sean meses, ha engordado, últimamente come demasiado rápido. Cierra el ventanal, pero no tiene nada entre las manos, lamentándose, mira hacia el exterior por unos segundos. Mejor no vestirse, hace demasiado calor, comemos en la camita también. Mamá me quemé. Mamá me duele la cabeza. Señor discúlpeme, que mi gato anda gritando, déjeme abrirle la puerta. Nuevamente y tal como todas las tardes, mejor es ponerse los audífonos y aislarse de todo, dejarse querer por la Mima y quedarse ahí, omitiendo la decepción subsecuente. Mamá me duele el dedo. Aún no me pasai el libro que me dijste. Isa traeme un vaso de agua que no me siento muy bien. No, mejor comemos en la mesa, en la cama me da sueño después. Yapo Leo sale pa allá, me estai puro interrumpiendo.

El sonido continúa, con la misma intensidad de antes, la misma de siempre, quizás ya nunca se calle, quizás ya nunca haya silencio, de todos modos ya no importa tanto como antes, o eso pareciera.

Ashely Nicole García
Panamá

Nigalú: Intersticio Rojo, es una obra inspirada en la estructura ancestral de los múltiples niveles del universo del Galu, tenemos esta dimensión, un plano suspendido entre mundos.

En este espacio habita Nigalú, una mujer dominada por un espíritu, una entidad, un residuo de energía que circula, el espíritu creador de molas.

Esta obra propone una inversión del gesto artesanal: el hilo deja de ser fibra para convertirse en extensión del cuerpo: La Sangre. La acción de bordar ya no es únicamente decorativa, sino orgánica. Cada capa superpuesta evoca piel; cada patrón, cicatriz; cada trazo, una memoria que no pertenece del todo a quien la ejecuta.



EL TALINGO

POR: HÉCTOR PINEDA

PANAMÁ

Ese día parecía que el talingo que se posaba sobre mamá se había ido al fin. Ella se veía feliz como hacía tiempo que no lo estaba. Nos despertó con un olor delicioso a desayuno caliente que llenó toda la casa. Se reía de nuestros chistes y echaba cuentos de su infancia mientras sonreía delicadamente. Cuando cayó la tarde se nos ocurrió ir a jugar en el parque, me gusta recordarla así: sentada en una banca, viéndonos jugar mientras el viento levantaba su cabello.

Tía Julia nos cuenta que esa noche la llamó y, aunque en ese momento no lo supo, ahora entiende que fue para dejar todo en orden. Se despidió de todos nosotros con un beso y nos arropó para dormir. Pero yo fui el último y sentí que una lágrima suya me cayó en la frente. Me quedé con los ojos abiertos por un momento mirando hacia su puerta, dudando si realmente lloraba, hasta que vi el talingo posado en el marco de mi ventana. Sus ojos fríos centelleaban como si se hubieran tragado todas las estrellas de la noche. Abrió sus alas y pasó volando hacia el cuarto de mamá, por eso me levanté.

Ella estaba sentada en el respaldar de su cama, con la mirada perdida. El talingo se veía inmenso, la cubría como un abrigo. «Mamá, ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal de nuevo?», ella volteó a verme y empezaron a salirse las lágrimas, «Creo que ustedes estarían mejor sin mí». Lloré con ella y la llené de besos y abrazos, le dije que no era así, que no podríamos vivir sin ella. El talingo emitía un ruido como un llanto o risa que acompañaba nuestros lamentos.

Quería quedarme con ella toda la noche, pero no recuerdo cuando me dormí y tuve un vago sueño como si me hubieran acunado sobre unas alas suaves. Cuando desperté yo estaba en mi cama. A veces dudo si el talingo fue real, si ese último recuerdo con mi madre fue real. Mi hermana mayor fue la que la encontró al día siguiente. Yo no me asomé. Dijo que había plumas negras en el piso y que a pesar de la sangre se veía en paz, como si durmiera.

LA SOLEDAD PRECISA

POR: OTEO FEARLESS

ESPAÑA

Posible interacción a veinte metros. Persona no identificada acercándose. Persona no identificada violando el perímetro de seguridad personal. Observo y ajusto mi sensor cerebral. El protocolo se activa de forma obsesiva, clara, sin margen de duda.

Pienso —nostálgico— en aquellos paseos nobles que daba de forma casual, cuando el contacto era lento y no requería autorización previa.

Laura: taciturna, suspicaz. Movimiento lento. Grado de afinidad:35%. Socialización no recomendada.

Quería probar algo. Me acerqué a ella y el sensor emitió un pitido seco que me impidió hablar. Pensé en decirle “Hola”, pero no pude producir ningún sonido. Mi garganta estaba tapada, como si el lenguaje se hubiera acumulado sin salida.

Laura me observó con curiosidad. No parecía preocupada. Incapaz de soportar el dolor, me arrodillé y me llevé las manos a la cabeza. El sistema no fallaba: funcionaba con una precisión rancia.

Ella bajó la mirada con una compasión calculada.

—Tranquilo —dijo—. Es solo una prueba. Tu dolor es un peaje. En el futuro no tendrás que lidiar con nadie que te desagrade.

Confuso y aturdido, regresé a casa pensando en lo ocurrido. “¿Desde cuándo el sensor nos indica con quién es recomendable interactuar? Se supone que es un mecanismo de defensa para protegernos de potenciales peligros como robos, estafas, desapariciones, violaciones... Esto ha sido

diferente: quieren clasificarnos como a la ropa en un armario. Es muy peligroso”.

Sin darme cuenta, tenía los puños apretados y caminaba de manera erguida y enérgica. Mi cabeza no dejaba de elaborar hipótesis, cada una más disparatada que la anterior. “Llamaré a Marta, la mejor persona que conozco para compartir la primera historia disparatada que se te ocurre. Tiene dos cualidades formidables: es curiosa y no juzga.” Abrí el chat con la conversación más reciente que manteníamos en WhatsApp. “¿Qué? ¡No puede ser, el historial está borrado!” Su perfil ya no tenía una foto, sino un mensaje: “comunicación restringida.” “¿Desde cuándo WhatsApp te impide comunicarte con tus contactos, salvo que experimenten algún problema técnico?”

De repente percibí el tacto áspero de mi boca, fruto, quizás, de la sed por buscar una respuesta honesta y nítida a lo que estaba sucediendo. Deseaba que fuera un día insípido como otro cualquiera. Prefiero ser alguien aburrido que asistir a esta truculenta escena. Voy a dar otra oportunidad a WhatsApp, pensé. Opté por llamar a mi madre y mis ojos se abrieron por completo cuando vi el mismo mensaje, críptico y aséptico: “comunicación restringida”.

Esto no me puede estar pasando solo a mí, debe ser algún fenómeno mundial. ¿Habría empezado una guerra? Mi cuerpo era una caja de cerillas en medio de un huracán: por mucha rabia que sintiera, no podía hacer mucho si la vida o, mejor dicho, la comunicación estaba colapsando. Era pura potencia sin acción concreta. Una frustración

desencadenada.

En esta maraña de pensamientos iban cediendo mis piernas hasta que llegué a la puerta de mi edificio. “Menos mal, ahora descubriré cuál es la razón detrás de este infortunio”. Posando la llave sobre el cerrojo, identifiqué una carta entre el felpudo y el filo de la puerta. “Qué extraño, si la comunicación está restringida, ¿Cómo pudieron enviármela?” Apurado por descifrar el enigma desplegué la página:

Estimado ciudadano:

Lamentamos los inconvenientes que haya podido experimentar en las últimas horas al intentar comunicarse con determinadas personas de su entorno.

Nuestra institución trabaja de manera permanente para garantizar su bienestar y seguridad. Nos complace informarle de que, desde la implementación de los sensores cerebrales, la tasa de criminalidad se ha reducido en un 27%, facilitando un acceso más seguro y equitativo a los espacios públicos.

Durante los últimos meses hemos perfeccionado el componente de bienestar para el que fueron concebidos estos dispositivos. Como resultado, es posible que haya recibido indicaciones relativas al grado de afinidad y recomendación de comunicación con otras personas.

La experiencia ha demostrado que la diplomacia indiscriminada no resuelve los conflictos: únicamente los posterga. Por ello, el sistema ha sido optimizado para orientar las interacciones humanas de forma más precisa y eficiente.

Gracias a la Soledad Precisa, su sensor cerebral podrá calcular automáticamente el nivel de afinidad con cualquier individuo antes de establecer contacto. De este modo, evitará interacciones innecesarias, improductivas o emocionalmente desfavorables.

Nuestro objetivo es simple: que nadie desperdicie su tiempo, su escucha ni su talento en vínculos que nunca serán relevantes en su vida.

Agradecemos su comprensión y colaboración en la construcción de una sociedad más eficiente.

Ministerio de la Soledad Precisa

Leí la carta dos veces. Bajé la página lentamente. Por primera vez en años sentí la tentación de hablar con alguien. Saqué el móvil del bolsillo: pensé en Laura, en Marta y en mi madre. Abrí el chat. El sensor emitió nuevamente un pitido: “socialización no recomendada.”

MONEDA DE SANGRE

POR: EIHIR

ESPAÑA

Roma ardía. No como en los tiempos de Nerón, sino con ese calor pegajoso de agosto que te hace sudar hasta las ideas. Yo, Robert Gordon, historiador y ratón de biblioteca, había huido de los turistas para refugiarme en unos olivares cerca de Vico Storto. Buscaba sombra y encontré el destino.

El suelo cedió bajo mis pies y caí varios metros en la oscuridad. No era una fosa cualquiera, sino un templo antiguo. Columnas torcidas sostenían un techo a punto de venirse abajo. En el centro, un altar circular con forma de rueda mostraba figuras humanas retorciéndose en relieve. Era el altar de la Diosa Fortuna.

Y allí, justo en el eje de esa rueda de pesadilla, brillaba algo. Era una moneda. Pero no de esas que encuentras en el bolsillo de un pantalón viejo. Era de plata, con un brillo eléctrico, casi azulado. No era redonda del todo; sus bordes eran irregulares, como si alguien la hubiera mordido con rabia. En una cara, el rostro de la Diosa no sonreía; tenía los ojos vendados y una mueca que parecía decirte que tu mejor amigo acababa de robarte la cartera.

—Ven con papá —susurré.

En cuanto mis dedos rozaron el metal frío, una corriente me recorrió el brazo. Fue como tocar un cable pelado. Sentí un subidón de adrenalina, una sensación de poder que me hizo olvidar el dolor de mis rodillas raspadas. Guardé la pieza en mi bolsillo y salí de allí gateando, sin saber que acababa de comprar un billete de primera clase hacia el infierno.

Dos días después, estaba sentado en un pájaro de metal, cruzando el Atlántico con rumbo a Hollow City. El avión sufría unas inquietantes turbulencias, pero yo estaba tranquilo. Acariciaba la moneda de plata a través de la tela del pantalón. Me sentía... invencible.

A mi lado, un tipo gordo trajeado roncaba de forma estridente. Se llamaba Miller. Me había contado durante tres horas sus éxitos vendiendo seguros de vida. Irónico, ¿verdad?

De repente, el mundo decidió ponerse del revés. Un estallido metálico sacudió el fuselaje. El motor derecho escupió fuego y piezas de acero volaron por todas partes. El avión dio un bandazo y la cabina se llenó de gritos y del olor acre del queroseno quemado.

—¡Nos vamos al hoyo! —chilló Miller, despertando de golpe con ojos aterrorizados.

Yo no grité. No sé por qué. Simplemente saqué la moneda y la apreté contra mi palma con tanta fuerza que el relieve de la Diosa se hundió en mi carne.

—Suerte —murmuré entre dientes—. ¡Dame suerte ahora, maldita sea!

El avión cayó en picado. El suelo de Hollow City se acercaba como un muro de hormigón. Hubo un estruendo ensordecedor, el sonido de mil cristales rompiéndose y el crujir de las vigas de acero. Y luego, el silencio.

Bajé del fuselaje saltando sobre los restos humeantes. Mientras las sirenas de las ambulancias

empezaban a aullar en la distancia, mi mano volvió al bolsillo. La moneda estaba caliente. Casi parecía latir contra mi muslo, como el corazón de un pájaro recién cazado.

Hollow City no es el lugar más alegre del mundo. Es una jungla de asfalto donde el humo de las fábricas se mezcla con la desesperación de los que no tienen un centavo. Pero yo caminaba por la Calle 42 como si fuera el dueño del ayuntamiento. Había pasado una semana desde el accidente. Los periódicos me llamaban "El Superviviente Milagroso". Pero yo sabía que de milagro no tenía nada. Era el metal.

Me detuve ante mi habitual quiosco de prensa. Una mujer de mediana edad, con el rostro cansado y ojeras que le llegaban a la barbilla, me atendió. Se llamaba Martha, según el carné que colgaba de su chaqueta raída.

—Deme un billete de la lotería estatal —le pedí, lanzando un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—¿Se siente con suerte hoy, señor Gordon? —preguntó ella con una sonrisa triste. Todo el mundo conocía mi cara por la prensa.

—Hoy más que nunca, Martha.

Apreté la moneda en mi bolsillo izquierdo. Visualicé los números. Sentí ese cosquilleo eléctrico otra vez, una descarga que me erizó el vello de la nuca. Ella me entregó el papelito.

Esa noche, mientras tomaba un trago de licor barato en mi apartamento, escuché el sorteo por la radio. El locutor tenía una voz de barítono que anunciaba la fortuna de unos y la miseria de otros.

—Y el número premiado con el gran bote de cien mil dólares es el... 7-4-2-9-1.

Miré mi billete. Los números coincidían como las piezas de un rompecabezas perfecto. Cien mil billetes verdes. Una fortuna para un humilde ratón de biblioteca. Me reí, una risa seca que sonó como el crujido de hojas muertas.

Pero la risa se me quedó atascada en la garganta a la mañana siguiente.

Leí el titular del American Chronicles mientras desayunaba:

"TRAGEDIA EN EL QUIOSCO: MUJER MUERE EN EXTRAÑO ACCIDENTE".

Martha, la cajera. Al parecer, poco después de venderme el billete, un camión de reparto había perdido los frenos y se había empotrado directamente contra su puesto. Había muerto en el acto, aplastada bajo toneladas de papel impreso y metal retorcido.

El café me supo a ceniza. Empecé a notar un patrón oscuro y sangriento que no venía en mis libros de historia. La balanza se estaba moviendo. Para que yo subiera al cielo de la fortuna, alguien tenía que bajar al sótano de la morgue.

El banco First National de Hollow City era un edificio de mármol frío que recordaba a un mausoleo, lo cual era apropiado, porque allí era donde los ahorros de los pobres iban a morir. Yo entré con el cheque de los cien mil dólares quemándome en el bolsillo de la camisa como si fuera un ascua sacada del mismísimo infierno.

Me sentía como un rey, pero un rey con la conciencia sucia. La cara de Martha, la quiosquera, seguía grabada en mi mente como un tatuaje mal hecho. Intenté sacudirme la sensación. "Es el azar, Gordon", me dije. "El mundo es una timba y tú solo has tenido una buena racha".

Me puse en la cola. Delante de mí, una mujer joven arrullaba a un bebé que no paraba de llorar. El sonido era irritante, como una lija pasándose por mis nervios. Detrás, un viejo tosía con un ruido que recordaba a un motor de arranque intentando cobrar vida en una mañana de invierno. Después de una larga espera, llegué a la ventanilla.

—Quiero ingresar esto —le dije al cajero, deslizando el cheque.

El tipo abrió los ojos tanto que temí que se le saltaran las órbitas. Empezó a teclear con dedos temblorosos. Fue en ese preciso instante cuando

las puertas del banco se abrieron de par en par.

—¡Todo el mundo al suelo si no quieren que les hagamos un tercer ojo en la frente! —rugió una voz potente y firme.

Tres tipos con gabardinas y máscaras de gas irrumpieron en el local. No traían buenas intenciones; traían subfusiles Skorpion. El pánico estalló como una granada de fragmentación. La gente empezó a chillar, corriendo y tropezando entre ellos.

Yo no me tiré al suelo. Me quedé allí, petrificado, mientras uno de los asaltantes saltaba sobre el mostrador, disparando una ráfaga al techo que hizo que el yeso lloviera sobre nosotros como nieve sucia. El cajero soltó un alarido y se escondió bajo su escritorio, mientras yo buscaba la moneda.

Mis dedos se cerraron sobre el disco de plata. Estaba ardiendo. Podía sentir el relieve de la rueda girando mentalmente, cobrando velocidad.

—¡Tú, el del traje! —gritó el líder de los ladrones, apuntándome con el cañón negro y aceitoso de su arma—. ¡Al suelo o te convierto en un colador!

Apreté la moneda. "Suerte", supliqué en el santuario de mi mente.

En ese momento, las sirenas de la policía aullaron en la calle. Un coche de patrulla frenó en seco frente a los ventanales. Los ladrones entraron en combustión nerviosa. El líder apretó el gatillo.

El tiempo pareció espesarse como el almíbar. Vi el fogonazo, escuché el tableteo ensordecedor. Las balas pasaron silbando junto a mis oídos como insectos metálicos furiosos. Una me rozó la oreja, otra perforó mi chaqueta, pero ninguna probó mi carne. Era como si un muro invisible de aire denso desviara el plomo a milímetros de mi cuerpo.

Pero la suerte es un juego de suma cero.

Detrás de mí, el viejo que tosía recibió el impacto de tres balas en el pecho. Cayó hacia atrás, su tos silenciada para siempre por un borbotón de rojo escarlata. La mujer del bebé intentó cubrirse, pero un rebote alcanzó el hombro de la criatura. El llanto se convirtió en un chillido agudo y desgarrador que me taladró el cerebro.

La policía entró disparando. El banco se convirtió en una galería de tiro. Los cristales estallaban, los

muebles se hacían astillas y los gritos de los heridos formaban una sinfonía de pesadilla. Yo me quedé allí, de pie en medio de la tormenta de acero, ileso, intacto, mientras la alfombra se teñía de un color que no salía en los catálogos de decoración.

Cuando el humo se disipó, los tres ladrones estaban tendidos en el suelo, convertidos en puzzles de carne y hueso. La escena estaba cubierta de casquillos y de gente que gemía de dolor. Un inspector de la policía de Hollow City entró con su Colt reglamentario en la mano, con el rostro sudado y los ojos inyectados en sangre. Se detuvo frente a mí.

—Maldita sea, Gordon —dijo, mirando los agujeros de bala en mi chaqueta—. Debe de tener usted un ángel de la guarda a tiempo completo. Ni un rasguño.

—Supongo que sí, inspector —respondí, y mi propia voz me dio asco.

Miré la moneda en mi mano. Ya no estaba caliente. Estaba fría. Tan fría como el cadáver del viejo que yacía a mis pies.

Esa noche no dormí. Me encerré en mi despacho de la universidad, rodeado de libros viejos que olían a polvo y a historia antigua. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber qué clase de parásito de plata llevaba en el bolsillo.

Encendí la lámpara de escritorio. La luz amarillenta bailaba sobre las páginas de un tomo prohibido: "De Fato et Fortuna", un manuscrito medieval que recopilaba mitos romanos que los sacerdotes preferían olvidar.

Busqué la sección de la Diosa Fortuna. Mis ojos devoraban el latín como si fuera agua en el desierto. Y allí lo encontré.

"Fortuna no crea la suerte; la redistribuye. Su Rueda es un sistema cerrado de equilibrio cósmico. Para que el eje de la Rueda bendiga a un hombre con la gloria, los radios deben aplastar a los que están a su alrededor. No hay ganancia sin

pérdida, no hay vida sin muerte. El poseedor del Sigilo de Plata camina en el ojo del huracán; para él, la calma; para el resto del mundo, la devastación".

Se me revolvió el estómago. No era suerte. Era un robo. Cada vez que yo invocaba el poder de la moneda para salvar mi pellejo o llenar mis bolsillos, estaba extendiendo una sentencia de muerte a cualquiera que tuviera la desgracia de estar cerca de mí.

El accidente de avión. Miller murió para que yo viviera.

La lotería. Martha fue aplastada para que yo fuera rico.

El banco. El viejo y el bebé pagaron mi inmunidad al plomo.

Así pues, yo era una especie de vampiro de la fortuna.

Miré la moneda sobre el escritorio. En la penumbra, el rostro de la Diosa parecía vibrar. Su venda en los ojos no era un símbolo de imparcialidad, sino de indiferencia absoluta ante el sufrimiento humano. La plata brillaba con esa luz azulada, burlona, como si supiera que ya me tenía atrapado.

—Tengo que deshacerme de ti —susurré.

Pero en ese momento, una parte de mi cerebro, la parte oscura que todos ocultamos bajo el barniz de la civilización, susurró de vuelta: "¿Y si vuelves a ser pobre? ¿Y si el próximo accidente es real y no tienes nada que te proteja? Con esta moneda, Hollow City podría ser tuya. Podrías ser el hombre más poderoso de la Tierra".

Sentí un escalofrío. El conflicto interno me golpeaba más fuerte que un directo al mentón. Miré por la ventana hacia las luces de la ciudad. Hollow City parecía una colección de lápidas iluminadas.

Mañana sería el día. Tenía que terminar con esto antes de que el recuento de cadáveres fuera mayor que la población de la ciudad. El río Hutton era profundo y sus aguas eran negras como el pecado. El puente Brooksburg sería el final del camino para la Diosa Fortuna.

El puente Brooksburg se alzaba sobre el río Hutton como el esqueleto de un dinosaurio de hierro. La lluvia de Hollow City caía con insistencia, fría y sucia, en aquella hora intempestiva.

Caminé por la rejilla metálica con el corazón acelerado. La moneda pesaba en mi bolsillo más que un cadáver.

—Se acabó la racha, preciosa —mascullé al aire. Saqué el disco de plata. Bajo la luz amarillenta de las farolas, la Diosa parecía burlarse de mis escrúpulos. Extendí el brazo sobre el abismo negro del río. Solo tenía que soltarla. Un simple gesto y el equilibrio se restablecería.

Pero la mala suerte no se rinde sin pelear.

El puente Brooksburg no era famoso por su mantenimiento. Mi pie derecho, el pie de apoyo para el lanzamiento, aterrizó sobre una placa de metal desgastada, cubierta por una mezcla letal de aceite de motor y agua de lluvia.

Mi pierna salió disparada hacia adelante. Resbalé y perdí el equilibrio. El impulso de mi brazo al intentar lanzar la moneda se volvió contra mí, haciéndome girar como una peonza borracha. Choqué violentamente contra la barandilla.

El metal frío y húmedo me golpeó las costillas, sacándome el aire. Intenté agarrarme, mis dedos arañaron el acero mojado, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarse.

Y entonces, me di cuenta de dos cosas en una fracción de segundo.

La primera: la moneda seguía en mi mano. No la había soltado. Mi agarre se había endurecido por el pánico en lugar de abrirse.

La segunda, y la más aterradora: en ese instante de caos, mientras mi cuerpo se inclinaba peligrosamente sobre el abismo, no había invocado la suerte. No había pedido ayuda mentalmente a la moneda. Mi única intención había sido destruirla.

No hubo campo de fuerza milagroso y la gravedad reclamó su premio. Mis pies se levantaron del suelo y caí por encima de la barandilla hacia la negrura.

El viento aulló en mis oídos durante la caída. Fue un trayecto corto, pero me pareció eterno. Tuve

tiempo suficiente para entender la broma final. La moneda solo funcionaba si creías en ella, si la deseabas. Al intentar rechazarla, me había convertido en otra víctima más del equilibrio. Yo era el sacrificio de esta noche.

El agua negra me golpeó con la dureza del hormigón. El frío fue instantáneo, paralizante. El sabor a gasolina y podredumbre llenó mi boca. Me hundí como una piedra, arrastrado por la corriente y por el peso de mis propios errores.

Mientras el agua turbia me engullía y mis pulmones empezaban a arder pidiendo oxígeno, abrí la mano. La moneda de plata se deslizó de mis dedos. La vi brillar por última vez, una pequeña luna azulada descendiendo hacia el cieno del fondo, esperando pacientemente, intacta, a que algún otro pobre diablo la pescara en el futuro.

Me pareció ver, justo antes de que la oscuridad se lo tragara todo, que la figura de la Diosa Fortuna en la moneda ya no tenía la venda en los ojos.

Y me estaba guiñando un ojo.

CRIMEN NO CRIMEN

POR: CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

PERÚ

Sí, yo lo maté. Caso resuelto.

Ya tienen al asesino. Claro, ahora desean saber el modo. Se los explico: un método nada violento. Puse plantas en su cuarto mientras dormía (lo hacía profundamente, de ahí tenía esos sueños estrambóticos que le daban intensas ideas para crear su arte), con gran silencio, y no se dio cuenta. Como dormitaba con la ventana cerrada (época de invierno gélido), los vegetales le robaron el oxígeno y se ahogó en uno, dos, tres segundos. Listo. Me alegra que tuviese un jardín tan variopinto.

Por supuesto, desean conocer el móvil. Muy sencillo. Era un abusivo conmigo, me hacía las cosas más terribles que se le pueden perpetrar a alguien: me quitó al amor de mi vida, me arrancó la posibilidad de estudiar una profesión, hizo que mis padres me abandonaran cuando nací, me alejó de mis únicos amigos. Me hacía la vida así de difícil. ¿Lo entienden?

¡Me lastimaba, me torturaba!

Ahora sé que vendrán por mí, quieren hacerlo, ¿no es cierto? Él era una persona bastante reconocida en el ámbito nacional. O quizá no tanto. La verdad es que, gracias a esa serie de libros que escribí, donde yo era el protagonista, podía vivir de la literatura. Para su mala suerte y de la ustedes, no podrán atraparme. No es algo común que un personaje elimine a su autor. Además, les he brindado mis motivaciones. Ya no podía soportarlo más. Ahora soy libre y estoy dispuesto a disfrutarlo.

Aparte, no pueden acusarme de nada, revisen sus leyes. Aunque dieran conmigo y me sometieran a un proceso legal, resultaría inocente al instante. Como soy un ente ficcional, estoy más allá del bien y del mal.

LA VIRGEN DIABÓLICA

POR: KARINA PIRIZ

ARGENTINA

Amelia era muy devota. Había cedido un espacio en su casa para la celebración de la misa todos los domingos y cada vez se reunían más personas dispuestas a escuchar la palabra de Dios. En aquel rancho ruinoso, los congregantes se citaban para agradecer y pedir por salud. El bienestar venía de la mano del trabajo. Todo aquel que llevara una vida responsable con su familia y su existencia (ocupándose de la hacienda, el plantío y las bonanzas de la tierra) podía llevar un plato de comida digno a la mesa diaria. Es cierto que habían pasado momentos duros, el sismo los había golpeado, aunque las pérdidas materiales habían sido escasas. Lo que más los había conmovido había sido sentir moverse la tierra bajo sus pies. Aquel hecho marcó la existencia de los pobladores que comenzaron a observar cómo, tras el evento, se habían producido grietas y socavones en la sierra. Esto tuvo tal significado que muchos se volcaron al rezo con la esperanza de salvación. Desde aquel momento, la Virgen del Rosario acompañó a los feligreses. Era tal la devoción que Amelia tenía que cedió terrenos de su familia, los Peralta, para la construcción de la iglesia del pueblo.

Tuvo que pasar casi un siglo para que la iglesia se construyera. Durante aquel tiempo, los ritos de veneración tomaban el matiz que el pueblo dispusiera. A veces pronunciaban largos rezos de Avemarías y Padrenuestros, dándole varias vueltas al rosario y, en otras ocasiones, el festejo resultaba

ser la realización de una comida, en la cual se congregaban todos. Recordaban el sismo de 1908 y agradecían no tener que volver a sufrirlo, atribuyendo a la gracia divina la potestad de evitarles el sufrimiento. Así, la Virgencita del Rosario era conocida como el medio más poderoso para destruir a los enemigos, implorar la misericordia divina y alcanzar la protección.

Lili era toda una artista; había estudiado en el Prilidiano Pueyrredón Bellas Artes y se había dedicado a la escultura. Ya jubilada como maestra, se había instalado en Panaholma buscando la paz interior. Si bien se le había hecho bastante difícil realizar las obras que soñaba, porque le gustaba el arte de soldar y realizar piezas en metal, seguía insistiendo. Su padre había sido el herrero del pueblo, así que las herramientas las tenía. Ella se había inclinado por esta disciplina porque tenía al alcance de la mano los materiales y herramientas necesarios. Por otro lado, no había mujeres que se dedicaran a las esculturas en metal soldado, así que le parecía innovador. Una vez que tomó la decisión de quedarse a vivir en el pueblo, como toda creyente, comenzó a concurrir a la iglesia, haciéndose devota de la Virgen. Al poco tiempo le hizo una ofrenda rogándole ayuda para progresar con su emprendimiento de alquiler temporario para turistas y que sus rezos hicieran que consiguiera un compañero, una ayuda, un amor con quien compartir los años de vejez que venían por delante.

Lili realizó una Virgen del Rosario de metal soldado que colocó en los jardines de la iglesia y fue la atracción de los visitantes. La figura llamaba la atención por su porte de tamaño natural y la expresión dura de la santificada. No inspiraba ternura alguna; es más, puede ser que la dureza de sus rasgos infundiera cierta autoridad y respeto.

Se difundió entre los pobladores la creencia de que la Virgen de hierro era más efectiva en el cumplimiento de los pedidos de sus feligreses que la de yeso que se encontraba dentro de la capilla. Los lugareños empezaron a venerarla casi en pecado herético. Por las noches se acercaban a rezar al pie de la escultura que no miraba al cielo implorante, sino que posaba sus ojos hacia abajo, hacia el hombre piadoso que, preso de sus creencias, le ofrendaba toda clase de tributos: las mantillas bordadas de cuero de carnero con mechones de lana que hacían de decoración; los más variados elementos de la herrería, que simbolizaban el pedido de abundancia. Por ej., herraduras para acrecentar la hacienda, la hoz para enriquecer los plantíos, los tridentes para el aumento de la cosecha. La gente esperaba la noche para realizar estos rituales paganos y no quedar en evidencia en el pueblo: «Que no se dijera que se anda en cosas de brujerías».

Lili, su creadora, era solemnemente atendida por todos quienes le agradecían el poder de su obra. Ella también se había beneficiado de la gracia de la Virgen, dado que su patrimonio comenzó a crecer y fue reconocida en el pueblo como «la artista». La doncella de hierro exigía el cumplimiento de los tributos. Cuando pasaban los días y nadie se acercaba mínimamente a rezar a sus pies, ella se alejaba de su morada, yendo en busca de su creadora para obtener las retribuciones. El pueblo sabía de estas prácticas porque por las noches escuchaban el rechinar del hierro y el latón de su vestimenta arrastrarse por las calles de tierra. Por supuesto, nadie se asomaba a verificar los hechos, pero en la mañana la escultura presentaba pedazos de barro adosado y en las calles el surco era innegable. Circulaba la creencia de que la benéfica santita necesitaba de ofrendas de sangre para cum-

plir con los pedidos. Habían desaparecido los perros callejeros y todo aquel turista que arribaba con su mascota era prevenido de su cuidado.

Otros decían que debajo de sus vestidos se encontraban unos pinchos con los cuales torturaba a los animales que se le acercaban. Aseguraba un vecino que vio, el mismo día que la instalaron, cómo un perro distraído osó bautizarla levantando su pata, e instantáneamente la virgen abrió y cerró su mantilla dejando al chuchito adentro.

Un día, inesperado, su creadora desapareció del pueblo. Abandonó su casa y no se supo más de ella. Quienes veneran a la Virgen de Acero dicen percibir un brillo extraño en el hueco de la mirada dura de la santa.

Iván Estrada Pérez La jaula se abre, la libertad en nuestras manos...
(Erotic Hollow)
Perú



DEL SILENCIO DEL DESIERTO AL MURMULLO DE LOS PUEBLO

POR: ELOY MARQUEZ

ARGENTINA

Juan Rulfo es el escritor de lo desierto...Con sus palabras desérticas, precisas, justas, tan cercanas al silencio como embebidas de contundencia terrenal, él se enuncia, y con ello, con su enunciación, retrata una atmósfera, conjura un tempo...

La vida en el desierto -lo que en tales territorios se produce, sus emanaciones- resalta por la escasez cuantitativa (por la notoria mínima cantidad de organismos visibles) tanto como por su poder, pues aquella “poca” vida posee la potencia excepcional de los cuerpos que requieren, por mor de la permanencia, de toda su fuerza elemental.

En las inclemencias desérticas, las vidas deben administrarse de modo tal que de lo poco obtengan plenitudes. Podemos detectar, infiriendo, el grado de abundancia vital, el superávit vivo que habita en los llanos...: lo vivo del desierto invierte el orden económico al obtener más con menos, ya que transforma lo que es: un poder minorizado, una potencia mínima, en un poderosísimo y plétórico sistema de voluntad de poder, esto es: un cuerpo, un organismo, cuya modalidad estructural contempla la fuerza, la expansión, la superación de lo condicionante y el crecimiento. Como cada acción aproxima un paso al borde, a la agotabilidad, a la muerte, dichas vidas cultivan una inteligencia diligente, atenta, apta para detectar panaceas y resguardos.

Extrapolando territorios, este dinamismo ocurre en la palabra rulfiana: pocas emisiones ricamente humildes y carente de grandilocuencias. Formulaciones acordes, precisas, de una precisión que trasciende al cálculo intelectual..., aquí las palabras consueñan, acomodándose espontáneamente, según su peso y en virtud de cuánto contienen. Rulfo es un escritor, pues, de palabra impecable (impecabilidad, así denominó Castañeda al mejor uso de la energía). En cuanto a la narrativa, los relatos del mexicano se suceden, una y otra vez, entre fantasmas: sus personajes, y los espacios de desarrollo, son fantasmas en sí, y si no, confluyen en lo fantasmático. Rulfo el desértico, el fantasmático, señala constantemente, y señalando invoca espectros... -a esos restos de vida ilocalizables, no asignables a un espacio, e inapropiables representativamente-.

Lo fantasmal trasvasa, poniendo en cuestión el binarismo presencia-ausencia, además de la dicotomía vida-muerte. Cuestiona, en último término, el binario en cuanto forma de interpretar la realidad y dar cuenta de ella. Veremos que el fantasma no cabe por entero en lo presencial, debido a que, por condición, se sustrae a la delimitación formas instituidas/instituyentes. Curiosamente y no obstante, no se fuga por completo de ellas -de las formas-, porque es mediante ellas que se posibilita su adviento. Lo propio de suyo (del fantasma) es una aparición visible, formal, que no se agota en la forma, ni se reduce a lo aparente. Del espectro resta hay un más allá, un afuera, un suspenso material. Compone un contorno difuso y una silueta que no se delimita figura, que no se decanta cuerpo, a pesar de su incorporación.

El espectro, dirá Derrida (Espectros de Marx, 1993), es una presencia ausente, una ausencia presencial, un entre la vida y la muerte que desquicia los fijismos. El fantasma, asedia por sobre la linealidad narrativa que estipula los puntos de partida y de llegada de un fenómeno; opera en el desfaseamiento, en el desfase; es lo que desfasa. Atraviesa lo presente sin situarse allí, suspende la presencia, el presentismo sin abolir la figura, puesto que un fantasma sin forma, sin bordes, cesa de ser fantasma para devenir ausencia total. De llegada incompleta, furtiva, se retira sin irse. Inconcluso..., aproximado. Es un exceso de transparencia inubicable, una indeterminación de contenido leve... un casi. Inaprensible, el fantasma acecha, espía, merodea; véase Hamlet, léase Rulfo.

Espectralizado se despliega el tiempo rulfiano, tiempo de lo inmemorial. Los trazos secuenciales, del tipo pasado-presente-futuro, no engloban con suficiencia la temporalidad de Rulfo, más insinuante que dispositor. En su literatura el tiempo sirve como desplazamiento del tiempo: es un transcurrir unísono de tiempos, cual río heraclíteo. Todo se halla intervenido, en Rulfo, por espectralidades de un pasado trascendido que se presenta -en tanto que aparición fantasmal- en el presente.

El pasado es remitido en el presente, siendo que aquí se relata lo habido allí, simultáneamente, quedando el presente coligado a lo pretérito...: un tiempo sin escisiones, sin hiatos, un tiempo en fusión. Temporalidad y topología se entrelazan y los territorios en el imaginario de Rulfo simulan ser tiempos, edades, épocas. ¿Qué son Comala o Lubina, sino territorios temporales? No son reales, pero tampoco fantásticos, completamente; ni están en un sitio ni abstraídos de lo espacial. Reviendo con Derrida, con su teorema del espectro, podríamos decir que aquellos territorios temporales rulfianos configuran zonas de indiscernibilidad, de indecisión, de intensificación, de indecibilidad. No se disciernen sus realidades, no se decide su carácter veritativo. Flotantes, fundan su propio espacio para acogerse.

Rulfo ha relatado esos extraños hábitats con su literatura, prodigiosamente. Aunque también, su otra pasión sirvió como herramienta registradora, como técnica creadora...: Durante sus viajes al interior de México, durante los años 50, Rulfo ha encuadrado lo incapturable de su país. Si bien en sus fotografías desfilan paisajes variados, una misma visión las atraviesa mancomunándolas... Es una visión por la que corren estruendos quedos y palpitaciones de lo oculto; poder simple y raíz eclosionada. Lo de Rulfo se trata de un tipo de percepción puesta en juego, expuesta en la retratación...; una mirada diferencial, un cierto tipo de, otra vez Castañeda, punto de encaje. Sus fotos, testimonios visuales, indican la dirección hacia donde ha migrado su punto de encaje, su ángulo de significancia: migró a lo originario, al fondo residente de lo real, al misterio.

En ellas, a través de ellas, se ve trascendido el umbral de registro usual, aun cuando lo fotografiado no brille por excéntrico. Lo des-cubierto por Rulfo pasa por debajo de la percepción y de su armado, desarticulando los resortes que estructuran

-moldeando- nuestra apreciación. Lo extraño allí es lo inexplorado de la imagen, la libertad frente a los signos, y lo simple a razón de lo cual la imagen consigue un auto-sostenimiento. Son fotos descargadas de florituras, de efectos, pero poseedoras de consistencia, de gravedad, de peso, de aura.

Revelan sin mostrar enteramente, y es que algo -no impuesto, sino constituyente- cubre con un manto de silencio. Analógicamente, en lo que no dice aún no callando, guarda semejanza con la palabra oracular. Sus imágenes trasladoras nos conduce al ámbito de la desnudez de significación, recuperando con ello la contemplación -añorante, agradecida- de un tiempo mítico. El instante-ya de la visión-Rulfo no se inscribe en la instantaneidad moderna que desecha cuanto toca, que acumula desechos. Su mirar pretende recobrar el pudor por el misterio, penosamente perdido en la era de la cantidad. Aquí, la eternidad habitante en la naturaleza, en las gentes, en las costumbres, en los elementos, renace, vuelve a rebosar.

Rulfo describe superficies, texturas ahondadas en pliegues y en relieves poco perceptibles. Son planos destiladores de una energía -flujo estético- prístina la cual conmina a desbrozar al sujeto, al fundamento medidor de la realidad. En sus visiones, aunque detectamos una tendencia, no parecería quedar manifiesta una semiótica dominante, es decir, una máquina de significancia que dirija los sentidos hacia efectos que corroboren postulaciones previas. Reverbera, en cambio, en la visión-Rulfo, lo Abierto, lo desligado de los parámetros y los encasillamientos que las ficciones útiles proveen. En sus fotografías, solamente acude y se refleja lo abierto, aquello que se conserva suelto y que -valga el pleonasma- solamente abre. Frente a las visiones del mexicano, y éste es su logro, el sujeto queda incapacitado para esgrimir sentidos auto-reflexivos sobre los que aposentarse, en los que prolongarse, y con los que mantener su potestad sujetual de enunciador de códigos mensuradores de una realidad an-exacta.

En palabras de Deleuze: la descodificación no significa el estado de flujo cuyo código estaría incluido (descifrado, asimilable, traducible), por el contrario, refiere a un estado de flujo que ya no está incluido en su propio código, que se escapa a su propio código. Rulfo libera, en su visión descodificada, la luz sin modular su color. Incluso el sujeto-histórico, el sujeto-nacional, se desvanece: La marca de lo mexicano es visible, reconocible, más no por ello los rasgos salientes de una identidad obtura la proliferación de sentidos (y de conexiones entre ellos) transgresores de los límites de lo identitario. En síntesis: va siempre más allá del gesto conclusivo.

Mirando ampliamente, lo que ocupa a Rulfo es la tierra antes de la nación, o, en palabras de Nietzsche: la danza de la vida por sobre la marcha de la historia. Más que la antigüedad de un lugar, lo surgido es lo natal, el misterio de lo natal, es decir, lo propio y lo innato descodificado (Deleuze). Una vez más, lo Inmemorial, lo originario-originante anterior a todo punto cero con el que establecer recorridos proyectivos. Lo inicial, más que el principio. El comienzo como evento, no de una trama inserta en alguna urdimbre previamente organizada, controlada y significada; sino, comienzo en tanto brote a partir del cual la existencia (se) abre.

Las cronologías desaparecen en provecho de un tiempo transhistórico, trans-epocal. Lo que reúne, la carga magnetizadora de la visión-Rulfo, su logos, es el Tiempo cósmico, el tiempo extemporáneo e intempestivo del Ser. Tiempo fantasmal, aquende y allende. Tiempo acontecimental, amado y perseguido por una visión, y loado por una palabra, la de Rulfo, que obró con fidelidad de santo, de loco, de poeta.

LA PRIMERA CONFRONTACIÓN DEL MONSTRUO EN #DRCL: UN ANÁLISIS DE ESCENA

POR: MARIA CLARA BONIFATTI MENACHO

PANAMÁ

La primera confrontación del monstruo: un análisis de escena.

#DCRL Midnight Children es la más reciente adaptación de la novela Drácula, realizada por Shin'ichi Sakamoto, a modo de novela gráfica en la corriente del manga. Se publica mensualmente en la revista Grand Jump de Shueisha desde el 2022, teniendo ya 7 volúmenes de capítulos recopilatorios. La obra presentada es parte del capítulo cinco del primer volumen que comienza con Luke (Lucy) siendo agredido por Drácula en su forma lobuna tras escapar del navío Démeter. Mina Murray, nuestra protagonista, al descubrir este ataque, persigue al monstruo con la intención de capturarlo mediante un movimiento de lucha libre inglés Catch as Catch Can. Luego del escape antinatural del vampiro, Mina, y sus amigos llevan a Luke a descansar al dormitorio de chicos sin saber que éste experimentará cambios drásticos al caer la noche por la influencia del vampiro.

Elementos semióticos de la obra como signo

Representame

En cuatro viñetas a escala de grises con un estilo de dibujo realista se encuentra una joven (Mina Murray) que intentó atrapar a un sujeto (Drácula en persona) quien misteriosamente logró escaparse descomponiendo su cuerpo en fragmentos discados en los que se observan fragmentos de un cielo nocturno de nubes y estrellas entre escorzos marcadamente pronunciados en contrapicados y cenitales que brindan una sensación de tridimensionalidad en donde la mano cercenada del sujeto misterioso pareciera salir de la viñeta mientras salta exageradamente alto, alejándose así de su perseguidora, quien reaccionó sorprendida ante una escena que en lecturabilidad sucedió en pocos segundos.

El manga sucede dentro de la época Victoriana (1837- 1901), esto se alude en los primeros capítulos de la novela gráfica, pero en esta escena se observa más en la vestimenta que lleva Mina, claramente masculina por los knickerbockers o pantalones holgados que, así como los calcetines puestos sobre los bordes del pantalón y botas de campo, indican ya sea un uso para la campiña o para realizar una disciplina deportiva, tal y como se ve en su pose suspendida en medio de lo que sería un lanzamiento corporal.

Objeto referente

En esta secuencia de viñetas fijémonos la acción y reacción que sucede en escena, donde esta primera interacción entre personajes opuestos en los roles narrativos, nos revelan que una vez más esta será una lucha injusta entre la naturaleza del hombre y lo sobrenatural fantástico donde el ente usa recursos incomprensibles para este momento en la narrativa secuencial para eludir su captura. Si bien para el lector no es un misterio que el personaje que se escapa es el conde, no minimiza el halo de misterio que emana del personaje, el cual aún desnudo está envuelto en una gruesa capa de tinieblas que lo oculta del sol.

Regresemos a la indumentaria deportiva de Mina, más utilizada por los hombres en esta época, en donde una fémica usando pantalones sería bastante escandaloso, pero revelan el carácter progresista y rebelde del personaje, así como su practicidad en contraposición a los estereotipos femeninos en aspectos como el peinado de apretadas trenzas y la implementación de movimientos de un arte marcial o lucha libre por el uso de fuerza en el agarre y fuerza cinética controlada de su lanzamiento.

Interpretante

En una historieta las viñetas generan una narrativa secuencial que enlaza las escenas de una página a otra haciendo que para poder comprender el mensaje oculto en el capítulo, se requiera el contexto de las páginas previas. Algunas páginas dependiendo de su planificación, son capaces de transmitir connotativamente elementos del discurso con distintos niveles de significancia para comprender el ritmo de la historia.

La página doble donde el conde escapa de Mina en la primera confrontación se podría considerar uno de estos casos donde si se leyera fuera del esquema narrativo, adquiere una nueva lectura como obra artística individual que denota la capacidad del autor para generar belleza e inquietud en un momento cinematográfico. Sin embargo, añadiendo el resto de los enunciados narrativos que conectan al manga con la novela original, encontramos que Sakamoto hizo una recontextualización en su obra que consigue destacar aspectos de la misma que la diferencian de cualquier otra adaptación de un mismo discurso narrativo.

En esta reinterpretación narratológica la protagonista es Mina Murray quien es introducida al villano de la historia dinámicamente que al momento de la captura segmenta su brazo como medida de supervivencia, tal y como sucede en algunas especies reptilianas que desprenden sus colas al primer signo de peligro. Esta desfragmentación hiperbólica de una extremidad también alude a la esencia sobrenatural y peligrosa de dicha entidad que es seguida en la siguiente viñeta por una mirada de asombro e inquietud por parte de su perseguidora.

Niveles de interpretación

A través del representante, el objeto referente e interpretante de la obra puede observarse una sinergia entre la intencionalidad del autor, el manga y el contenido basado en la novela original para con las nuevas interpretaciones al discurso narrativo. Desde lo sintáctico se aprecia la estrategia narrativa para crear la primera confrontación entre personajes dentro de la historia, así como una demostración de la naturaleza de los personajes principales como polos opuestos en la forma de el conde y Mina. A nivel semántico, el discurso en escena cuenta sobre la eterna lucha del bien y el mal desde la perspectiva de lo sobrenatural confrontando a la razón científica. Consideremos que la época victoriana sucedió también durante la revolución industrial, científica y social en donde se cuestionaba la “tradicción” sociocultural y se buscaba romper estereotipos. Mina desde esa perspectiva, representa a la juventud feminista que buscaba igualdad de participación en su entorno; confronta a un “hombre” usando una técnica de lucha libre que involucra un contacto físico constante pero contra un monstruo que vuelve intangible lo tangible a su beneficio, se vuelve un movimiento inservible contra lo que sería una fuerza antinaturalidad, también reflejada en las formaciones nocturnas que surgen desde el brazo cercenado. Desde el nivel pragmático, el mensaje codificado en la escena habla de la peligrosidad del vampiro que implementa todo recurso a disposición para salirse con la suya, incluyendo el uso de elementos metahumanos que están visiblemente disimulados ante el lector gracias a la ilusión de lo bello que aparentan las formaciones nocturnas esparcidas en toda la viñeta.

Profundizando en el análisis desde la perspectiva narrativa.

Drácula como personaje impactó el imaginario colectivo en el que se preserva la naturaleza del monstruo como exordio adaptable a distintas tramas en donde se exploran distintos estereotipos vampíricos, incluyendo a #DRCL. El estilo gráfico realista de Sakamoto, implementa elementos estéticos características del género shoujo (romance para chicas), el cual se basa en el uso de retóricas eufemistas y metafóricas estéticamente agradables para tratar temas sensibles o complejos de conceptualizar visualmente y un interés especial en la expresividad de la figura humana. La combinación de intencionalidad visual de Sakamoto mientras recontextualiza la obra de Stocker, consigue que lo narrado se componga de elementos enigmáticos en donde el suspenso discursivo de la trama combinado con la visión del mangaka, obtenemos una escena que en efecto connota el terror a lo desconocido y la impotencia de quien lo confronte, al mismo tiempo que brinda un indicio de los móviles de la protagonista y el villano.

Desde su posiciones como actantes adquieren roles como parangones de la lucha alegórica de poderes opuestos— el bien vs el mal, la naturaleza y lo sobrenatural, la locura y la razón—. El monstruo posee en la obra un segundo rol como parte del discurso narrativo del que surgen las dinámicas performáticas en donde los humanos irán transformándose de observadores a los agentes de cambio que requerirán de volverse competentes para contrarrestar la acción performativa de Drácula; un camino largo por recorrer, considerando la escena presentada para analizar.

Consideremos ahora que la diagénesis de la trama y otros elementos narrativos corresponden con la variante japonesa de estructura narrativa Kishotenketsu que se enfoca en la creación de un discurso narrotológico sin conflictos en el que cada etapa de una trama se entremezcla con la siguiente, donde el pensamiento holístico no busca crear contradicciones entre la narrativa y su discurso apelando más a los aspectos connotativos en cualquier sistema de signos (Kiik, 2024). Explicaría entonces cómo en la escena el autor consigue proyectar el factor performativo del primer encuentro, en el que se atisba todo el caos que vendrá en los siguientes capítulos.

En conclusión, #DRCL: Midnight Children es un manga en desarrollo, que contiene un discurso narrativo cargado de retóricas que recontextualiza una obra literaria clásica, a la par de presentarse como una obra artística con alto contenido semiótico de gran interés para seguir estudiándose en futuras ocasiones.

RESEÑA Y ANÁLISIS DE LA PELÍCULA PECADORES (SINNERS) 2025

POR: FERREOL VON SCHREIBER BECKENBAUER

COLOMBIA

Esta es una de esas películas difícil de clasificar por su variado contenido: drama social, fantasía oscura, terror, gánsteres, racismo, época, folk horror, vampiros; en fin, una variedad pintoresca de sub-géneros que articulan su armazón argumental.

Pecadores, igualmente puede ser considerada un musical, ya que la música juega un papel preponderante dentro de la trama. La música vista como un arte místico de liberación capaz de sintonizar con las creencias del pasado y a la vez con los ideales modernos en una simbiosis amena y armoniosa; tal como podemos comprobarlo al tocar Sammie su guitarra y cantar con su voz melodiosa invocando a los ancestros que danzan junto a los sonidos del mañana venidero.

Pero la música también es vista en Pecadores como un agua que cura, que hace olvidar las penas de la segregación racial, las inequidades sociales, los traumas de la niñez, y los conflictos familiares. Una poderosa herramienta capaz de persuadir al dolor y el sufrimiento, de sentirnos reconfortados, de llevarte a las fronteras de la vida y de sanar el alma; y eso lo convierte en Pecadores en un objeto deseado por el mal.

Y aunque Pecadores es una cinta de terror no encontraras escenas de sustos; el terror se expresa en la discriminación de las comunidades afrodescendientes en una sociedad donde ser de color es sinónimo de miedo, de no poder circular por ciertas calles y entrar a lugares vetados, de no poder adquirir propiedades (ya lo comprobaran los gemelos) y realizarse como persona, sin correr el riesgo de ser señalado y justiciado por las leyes segregales. Estos conceptos acercan a Pecadores a la categoría de *Elevated horror* pues el desarrollo de su trama va más allá de generar sustos sencillos y se apersonan de terrores de carne y hueso que bien han marcado a una comunidad y varias generaciones.

Los claroscuros de la escenografía tienen un contraste equilibrado; las sombras le otorgan una profundidad a los encuadres y la luz resalta los eventos en el primer plano lo que le permite a Pecadores crear escenas vividas en una estética equilibrada poco vista en el cine y menos en el cine de terror que suele abusar de las sombras como factor predominante para despertar zozobra, angustia, suspenso en los espectadores. Menos es más.

También hay que resaltar los diálogos estructurados con frases cortas pero cargadas con significado y emoción; en Pecadores cada palabra elegida tiene su peso en el devenir de la historia y ni una sílaba o vocal está de sobra, igualmente los silencios permiten asimilar el acto. La recreación de los escenarios de la época contribuyen a sumergirnos en los espacios de un pasado que aún se mantiene vigente; el vestuario empodera a los personajes dotándolos de esa magia que resalta su personalidad. El villano que recae en la figura del vampiro es también un personaje aislado, desterrado, apartado de sus creencias, de la tierra que los vio nacer, tal como sucedió con los africanos traídos a América. Pero en Pecadores toma el estereotipo de la comunidad fraternal que no distingue entre raza o sexo, entre ricos o pobres, y que busca la uniformidad de la humanidad a través de una mente colmena que sintoniza con el sufrimiento de todos sus integrantes y que los consuela con la libertad de sus penas, en menoscabo de la identidad representada en el Yo. La destrucción del jefe vampiro en Sinners es de las más notables que he visto en el cine de vampiros, el fuego como objeto de purificación y las llamas subiendo a lo alto en un acto simbólico de liberación.

La religión se mantiene como una fuerza coercitiva que busca imponer un bien dogmático basado en una moral férrea en contravía del libre albedrío; una religión cuya fe es la imposición de costumbres rituales en detrimento de las tradiciones ancestrales llegando incluso al estamento de genocidio cultural; tal como lo refiere el jefe vampiro cuyo pueblo le fue impuesto creencias extranjeras y en el recitar del Padre Nuestro sin producirle ningún daño. Un aspecto innovador dentro de la mitología de los chupa sangre.

La banda sonora y la música incidental en Pecadores con ritmos de blues, melodías irlandesas, percusión, otorgan un toque sublime a cada encuadre según la atmósfera que la trama necesite; la entonación de la guitarra, el piano y la voz del solista son visto como un puente entre lo físico y metafísico. De allí que insista en que Sinners puede ser catalogado como un musical

Con un total de 16 nominaciones para la 98a edición de los Premios Oscar 2026 de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas, hace de Pecadores la producción con mayor designaciones en la pasada gala, de los cuales, logró alzarse con la estatuilla a; mejor actor protagonista, mejor banda sonora, mejor dirección fotográfica (la primera mujer en ganarla, Autumn Arkapaw), y mejor guión original.

La cinta Pecadores es una prueba irrefutable que el terror con su diversidad de conceptos y metáforas es un vehículo capaz de sobrellevar las realidades sociales y acercarlas al público de masas gracias a la asociación de analogías con su enriquecido universo de ficción que de lo contrario quedarían reducidas a un olvidado tabú.

LAS MUJERES DE SINÁN: ENTRE DESEO, MISTERIO Y CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA

POR: YOSELIN GONCALVES Y AMETH VALENCIA

VENEZUELA/PANAMÁ

La construcción simbólica: de lo físico a lo místico

El análisis de la figura femenina en la obra de Rogelio Sinán (1902-1994) puede abordarse desde distintas perspectivas teóricas que permitan comprender la complejidad de sus representaciones. Resulta fundamental considerar las reflexiones de Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso* (1982) porque permiten profundizar en la relación de los afectos y la mirada contemplativa. Barthes reflexiona sobre las figuras en la cabeza del sujeto amoroso: “Cada figura estalla, vibra sola como un sonido separado de toda melodía, o se repite, hasta la saciedad, como el motivo de una música dominante”. (Barthes, 1982, p. 7) La figura viene en la mente del enamorado de manera desordenada porque depende de muchos factores. Incluso en la narrativa, la figura constituye un elemento fundamental de la historia. Lo que sucede gira alrededor no solo de una sola figura importante, sino también de todas aquellas que conforman lo que se está contando. En el caso de Sinán, la contemplación de lo femenino está repleta de simbolismos asociados a la luz, la mitología y lo sensorial. También es importante destacar la figura femenina y los mecanismos de la monstruosidad no mimética en los estudios de Natalia Álvarez Méndez y Ana Abello Verano en *Monstruos insólitos en la grieta de lo real. Visiones de las narradoras hispánicas* (2023), ya que dichos estudios configuran distintos aspectos de la narrativa de la perspectiva de género.

En el poema *La balada del seno perdido* (1929), Sinán construye una de las imágenes más reveladoras de su poética del deseo: la contemplación fragmentaria del cuerpo femenino. El poema no presenta un cuerpo completo, sino que lo reduce a una aparición súbita del seno en descubierto. Desde el inicio, el poema establece un juego sensorial a partir de la imagen de los mangos maduros.

La exclamación inicial: “¡Mangos!... ¡Mira!... ¡Tantos!...” (Sinán, 1929, p. 29) introduce un elemento natural que activa una cadena de asociaciones vinculadas al aroma y la imagen. Cuando aparece el seno desnudo, aparece también la contemplación a través de una mirada inocente del recuerdo.

Sin embargo, más que una simple comparación, lo que se construye es una experiencia del descubrimiento. El sujeto no solo mira, pues irrumpe la escena: Yo salté del árbol/ Upa!... Tan!... (Qué rudo!)/ Por mirar de cerca/ su seno desnudo! (Sinán, 1929, p. 29). Esto marca el paso entre la contemplación y transgresión, ya que se inclina hacia una mirada insistente y casi obsesiva. La repetición de “su seno desnudo” a lo largo del poema refuerza esa fijación. El seno deja de ser una parte del cuerpo para convertirse en una figura autónoma, un objeto de deseo que se desprende de la mujer. De este modo, la figura femenina no se presenta como totalidad, sino como fragmento construido desde la mirada masculina. Como señala Barthes: “La figura refiere a todo discurso interior suscitado por un contacto furtivo con el cuerpo (y más precisamente la piel) del ser deseado” (Barthes, 1982, p. 52). En este sentido, todo contacto para el enamorado, plantea la cuestión de sentir la piel de la persona deseada. Es ese contacto que acelera el deseo. En el poema, no hay un acercamiento, pero sí la contemplación y deseo de explorar.

No obstante, el poema introduce también la vergüenza y la pérdida. La reacción de la mujer (que se cubre y huye) marca el límite de esa mirada. El deseo, entonces, no se consume, pero queda suspendido en la memoria. En este sentido, el seno funciona como núcleo simbólico donde convergen lo erótico, lo sensorial y lo evocativo. No es solo un atributo físico, es también una imagen que se reconstruye desde el recuerdo y medida por los sentidos. Así, el poema no narra un encuentro, sino la persistencia de una imagen que, al repetirse, se vuelve obsesión.

A partir de esta lógica, en la narrativa de Sinán, el deseo no se desarrolla de forma lineal, pues no tenemos protagonistas que deseen desde la pasividad o el enamoramiento. En sus historias, el deseo es una fuerza que desestabiliza la identidad, que atormenta a los personajes masculinos hasta lograr obtener el trofeo femenino. Esta lógica de la figura y el deseo puede observarse en casi todas las obras de Sinán.

En la novela *Plenilunio* (1947) la protagonista, Elena, arrastra una “maldición” familiar que le permite encarnar una sexualidad que se desborda bajo la influencia de los ciclos lunares, sugiriendo una conexión intrínseca entre la naturaleza y la libido femenina.

Sufre entonces ese desdoblamiento que le falsea los hechos, y, sintiéndose nuevamente en Amberes se entrega al éxtasis en que convergen todas sus ansias hacia un solo propósito: el anhelo de estar con el ausente... Cualquiera que la bese en ese momento tendrá para ella las facciones del muerto... Y, convencida de su ilusión, no esquivará caricias, besos y actos, por violentos que sean. (Sinán, 1947, p. 31)

Este influjo tiene un poder sobre los hombres porque experimentan la necesidad de poseerla y apaciguarla, corromper ese estado de trance y cumplir sus fantasías. Desde la mirada masculina, Elena se vuelve esa esencia ruda y natural que hay que domesticar para el placer propio.

Cabe destacar que, la luna, se asocia con lo femenino por su ciclo (29 días) y su relación con la fertilidad, agua y transformación. Esto aparece en distintas mitologías de todo el mundo. Sin embargo, la luna no solo representa la vida, sino también la ambigüedad, lo oscuro y lo inestable que configura una simbología que oscila entre lo vital y lo inquietante. Por eso en *Plenilunio* (1947) el deseo no solo es erotismo, sino una búsqueda de libertad que trasciende bajo la mirada de una sociedad conservadora. La luna se vuelve ese símbolo natural que ejerce una fuerza mística y ancestral sobre la mujer.

Esta misma tensión se desplaza en *En La boina roja* (1954), aunque desde otra dimensión. El deseo se manifiesta a través de la mirada del otro. El protagonista masculino se ve envuelto en un presunto trance y en una red de seducción que es, al mismo tiempo, una trampa psicológica. Linda, el personaje central, es vista con ojos de pureza e inocencia y protagonista masculino se ve “obligado” moralmente a atenderla y a cuidarla. Mediante un hecho confuso, que es relatado por la misma Linda, los otros personajes masculinos la observaban con ojos de posesión. Aquí el deseo se ve mediante hechos confusos y el quiebre del personaje principal, Dr. Ecker, que lo llevará a una obsesión con Linda y con lo que crece en su vientre. Aquí podemos ver la relación entre lo científico y lo moral. El simbolismo natural que ejerce fuerza en el texto es el mar, como en todas las historias de Sinán, este se presenta como inclemente, indomable, que exige lo que le pertenece. Es un paralelismo que representa los deseos de Linda Olsen.

El misterio y la fragmentación de la identidad

Sinán utiliza el misterio no como un recurso de suspenso, sino como una condición existencial de lo femenino. En sus textos, la mujer nunca se entrega por completo al entendimiento del lector o del protagonista masculino, sino que expresa lo que siente, no teme los juicios, desdobra su pensamiento y se fragmenta para dejar florecer sus deseos.

De cierta manera, esto puede observarse en *Plenilunio* (1947) en el que Sinán elige a una “lectora” y no es una elección arbitraria. En este caso, el autor parece apelar a una forma de participación activa, ya que lo que se construye en la historia, gira alrededor de su figura. Por eso, la lectora queda vinculada con lo ocurrido.

El personaje de Elena presenta múltiples complejidades, desde su mirada del mundo después de haber visto a destrucción, hasta la sed de venganza. Elena tiene una especie de “maldición” familiar, y es esa “maldición” el detonante de muchos conflictos. No puede controlar ese deseo, por lo que, de cierta manera, su cuerpo termina preso de las circunstancias. Es decir, la mujer se configura como un puente hacia ese otro lado de la psique humana.

En *La boina roja* (1954) el misterio reside en la dualidad. ¿Quién es realmente Linda Olsen? ¿Será la coqueta y curiosa joven que se nos presenta al inicio con su falda corta y boina roja? ¿La asistente ingenua y distraída que vagaba por la isla siendo asediada por los hombres? ¿O la reencarnación de la figura mitológica que es poseída por un tritón y luego es reclamada por el mar? En el texto, Sinán sugiere que la mujer es un enigma que se construye y se destruye a sí misma ante los ojos de quien la observa. En *Plenilunio* (1947), el misterio se traslada al subconsciente, a la transformación y a la figura de la mujer bestia.

Como señala Natalia Álvarez Méndez en el artículo *Representaciones, sentidos y mecanismos de la monstruosidad no mimética en las narradoras actuales en español* publicado en el libro *Monstruos insólitos en las grietas de lo real. Visiones de las narradoras hispánicas* (2023): “Además, en lo fantástico, el horror al que se ve sometida la mujer se metaforiza en ocasiones en el espacio doméstico que encarna lo ominoso. El monstruo que irrumpen en ámbitos hogareños releva pulsiones reprimidas y miedos colectivos, a la vez que se emplea para quebrar los papeles vinculados a lo femenino desde los idearios conservadores” (Álvarez, 2023, p. 32). Por ello, la figura del monstruo revela y desestabiliza el orden natural de las cosas, además de ser usado como una alegoría de las conductas humanas.

Inicialmente, la transformación de Linda no solo se limita a lo simbólico o lo psicológico, sino que también se inscribe en el cuerpo. La experiencia que tiene en la isla produce en ella una ruptura de su identidad en el que lo natural, lo instintivo y lo erótico se confunden. Como sugiere el texto, el ambiente la transforma. El embarazo introduce una nueva dimensión de esta transformación:

Lo que bullía frente a él, sobre las sábanas, era un mito viviente: un pez rosado como un hermoso barbo, pero con torso humano, con bracitos inquietos y con carita de querubín... Aquella cosa de rasgos femeninos tenía todo el aspecto de una sirena... (Sinán, 1954, p.27)

El cuerpo femenino deja de ser el objeto de contemplación o deseo para convertirse en un espacio de conflicto. Ya no se trata del misterio de Linda, sino de intentar encontrar una solución. Aquí es donde los límites entre lo humano y monstruoso se vuelven difusos. De este modo, Linda se convierte en un territorio donde convergen transformación, deseo y amenaza. Esto refuerza la idea de que el cuerpo femenino, en la obra de Sinán, no solo es objeto de deseo, sino un espacio donde la identidad se fragmenta y se vuelve inestable.

Se observa así que las mujeres de Sinán no son unidimensionales, no tienen un fin concreto en la historia ni encajan en los arquetipos femeninos tradicionales de la época. El autor construye una figura femenina que transgrede y se desplaza entre la psiquis, el deseo y el cuerpo. La figura femenina se desdobra sin pedir permiso y sin dar explicaciones.

Bibliografía

Barthes, R. (2014). *Fragmentos de un discurso amoroso*. España: Siglo XXI Editores.

Álvarez Méndez , N., & Abello Verano, A. (2023). *Monstruos insólitos en las grietas de lo real. Visiones de las narradoras hispánicas*. Berlin: Peter Lang Group AG, Lausanne.

Sinán , R. (1961). *La boina roja*. Panamá: Ministerio de Educación, Departamento de Bellas Artes y Publicaciones .

Sinán , R. (1999). *Plenilunio*. Panamá: Biblioteca de la Nacionalidad .

Sinán , R. (1929). *Onda*. Roma: Casa Editrice .

SAMANTA SCHWEBLIN

Las cosas que pertenecen a nuestro universo aunque no pertenezcan al mundo con el que lidiamos todos los días. Ese es el espacio que me gusta, el espacio de lo extraño, de lo que se conoce poco, y a veces no es un espacio que busco afuera, sino adentro mío.